

Año I

Núm. 10

Atenea

~ Revista Mensual
de Ciencias, Letras y
Bellas Artes ~ ~

PUBLICADA POR LA UNIVERSIDAD DE CONCEPCION



SUMARIO: ENRIQUE MOLINA: *La religión*

según Guyau □ Dr. CARLOS CHARLIN: *La silueta de un*

maestro. El Dr. D. García Guerrero □ PABLO NERUDA:

Poesía del volatín □ SALVADOR REYES: *Expedición* □

ROBINSON HERMANSEN: *El progreso según Spencer, y la asociación*

profesional □ HENRI HOPPENOT: *Paul Claudel. Marcel Proust y*

Paul Valéry □ Hombres, Ideas y Libros: EUGE-

NIO LABARCA: *Literatura femenina chilena* □ E. M.: *Egipto*

y Gran Bretaña □ Dr. CARLOS KELLER: *Historia de las*

doctrinas económicas en América y en especial en Chile, por Guill-

ermo Subercaseaux □ ALVARO OBREGON: *Discurso*

pronunciado por el Presidente de los Estados Unidos mexicanos

ante la Misión Industrial Americana, el 19 de Septiembre de

1924 □ ANTONIO CASO: *Los Estados Unidos,*

El Extremo Oriente y las Repúblicas Hispano-America-

nas □ LUIS D. CRUZ OCAMPO: *Bibliotera-*

pia.—Rocesin □ Atenea □ *Indice de Autores*

y Materias de Atenea □ □ □

Universidad de Concepción. Chile

Precio: \$ 3.00 ~ Diciembre 31, 1924

Atenea

Revista publicada por la Universidad de Concepción

COMISIÓN DIRECTORA:

Enrique Molina, Samuel Zenteno A., Luis D. Cruz Ocampo,
Salvador Gálvez y Abraham Valenzuela C. (Secretario).

EDITOR Y AGENTE GENERAL: CARLOS JORGE NASCIMENTO

AÑO I

DICIEMBRE 31 DE 1924

NÚM. 10

Enrique Molina

La religión según Guyau



A obra dedicada por Guyau al estudio del problema religioso se halla animada de una tendencia práctica. Quiere probar que la disolución de las religiones positivas, ya iniciada desde el siglo XVIII, se consumaría en un futuro próximo. Esa tendencia se indica desde el título del libro: «La Irreligión del Porvenir».

Sin embargo la primera parte está consagrada a teorías generales, al estudio del origen de las religiones en las sociedades primitivas.

«La idea de un lazo social entre el hombre y potencias superiores más o menos semejantes a él es para Guyau precisamente lo que hace la unidad de todas las concepciones religiosas».

La religión es un sociomorfismo universal; es una explicación física, metafísica y moral de todas las cosas por analogía con la sociedad humana bajo una forma imaginativa y simbólica. Por otra parte, en la religión se expresa la conciencia de nuestra dependencia ante poderes desconocidos y también nuestra necesidad de afección, de ternera, de amor.

Adelantando algo sobre las conclusiones de la obra podemos decir, desde luego, que, para nuestro filósofo, ser irreligioso o arreligioso no es lo mismo que antirreligioso. La irreligión del porvenir podrá conservar del sentimiento religioso lo que haya en él de más puro, como ser, por un lado, la admiración del cosmos y de las potencias infinitas que se han desplegado en él, y, por otro, la busca de un ideal no sólo individual sino social, y aún cósmico, que sobrepase a la realidad actual.

La irreligión de que hablamos debe ser considerada como un grado supe-

rior de la civilización y de la religión misma. El desarrollo de la religión ha sido solidario con el de la civilización; esta ha comunicado a aquella mayor independencia de espíritu al frente del dogmatismo; la ha libertado de lo literal y estrecho y la ha hecho aceptar especulaciones más amplias.

En el proceso religioso la independencia del juicio individual ha sido la fuerza que ha socavado y minado los cimientos de las religiones. Ha sido la potencia que ha servido para levantar en el decurso histórico nuevas religiones en lugar de las anteriores que se derrumbaran una vez agotado su vigor espiritual. Esta misma fuerza traerá, según Guyau, la descomposición gradual de todo sistema de creencias dogmáticas.

Algunos profesan, sin embargo, la idea de unificación efectuada en la que llaman «religión del porvenir», sea judaísmo perfeccionado, sea cristianismo perfeccionado, sea budismo perfeccionado. Antes que en esta «unidad religiosa», del porvenir nosotros creemos más bien, dice Guyau, en la pluralidad futura de las creencias, en la anomia religiosa. «La anomia la consideramos el ideal humano y ella no excluye de ninguna manera las asociaciones progresivas y libres de los espíritus dentro de las hipótesis más generales, como tampoco excluye la conservación de lo mejor de la vida religiosa, de lo que hay en ella de intensidad sentimental y de amplitud espiritual.

Guyau analiza el argumento tan recorrido en favor de las creencias religiosas de que el pueblo, el niño y la mujer no pueden, sin peligro prescindir de ellas.

Con qué fina ironía se burla nuestro filósofo de los sabios que afirman que la religión es imprescindible al pueblo, sin perjuicio de que la consideren absurda para ellos mismos. Profesan hacia el pueblo esta caridad un poco despreciativa de querer dejarlo tranquilo en sus falsas creencias, hundido en sus prejuicios como en el solo medio en que le convenga vivir. Según ellos, ciertos espíritus superiores pueden, sin inconvenientes, independizarse de la religión; la masa no lo puede. Sería menester reservar para una *elite* el libre examen y el libre pensamiento; la aristocracia del espíritu debe mantenerse en un campo cerrado. Así como «pan y circo» eran indispensables al pueblo romano, los pueblos modernos necesitan templos y es esta a veces la única manera de hacerles olvidar que no tienen bastante pan.

No cree Guyau tampoco que sea indispensable la religión ni para la educación del niño ni para la vida de la mujer. La considera aún peligrosa.

«La educación religiosa dada a los niños por el sacerdote, dice, tiene defectos y aún peligros que importa señalar y que explican el debilitamiento gradual que va sufriendo. Una opinión divinizada es condenable tanto desde el punto de vista pedagógico como del científico. La gran oposición que existe entre la religión y la filosofía, a pesar de sus semejanzas exteriores, es que la una busca y la otra declara haber encontrado; mientras una presta el oído, la otra ha escuchado ya; mientras una ensaya pruebas, la otra formula afirmaciones y condenaciones; mientras una cree de su deber ponerse objeciones y responder a ellas, la otra se siente obligada a no detener su espíritu en las objeciones y a cerrar los ojos a las dificultades. De aquí se siguen profundas diferencias en los métodos

de enseñanza. El filósofo pretende obrar sobre los espíritus por medio de la convicción; el sacerdote por la inculcación; uno enseña, el otro revela; uno trata de dirigir el razonamiento, el otro no quiere sino suprimirlo, o por lo menos apartarlo de los dogmas primitivos y fundamentales; uno derpierta la inteligencia, el otro tiende a adormecerla más o menos. ¿Cómo no ha de oponerse la revelación a la espontaneidad y libertad del espíritu? Cuando Dios ha hablado el hombre debe callarse y con mayor razón el niño. De esta suerte, los errores a menudo inofensivos si los enseña un filósofo, se tornan graves y peligrosos si es un sacerdote hablando en nombre de Dios quien los introduce en el espíritu. Con el primero siempre se encuentra el remedio al lado del mal; lo que un razonamiento más o menos bueno os ha hecho admitir otro mejor puede haceros rechazarlo: teneis en vuestras manos los pesos y las medidas. No es siempre fácil demostrar y enseñar el error por medio de razones y razonamientos; tratar de fundar en la razón un prejuicio es un medio seguro para hacer estallar su falsedad. Siempre que la humanidad ha querido probarse a sí misma sus creencias ha empezado a disolverlas: quien desea verificar un dogma se halla muy cerca de contradecirlo. Así el sacerdote, para quien la contradicción es una falta de fe, se ve siempre obligado por la fuerza misma de las cosas a evitar la verificación, a prohibir un cierto número de cuestiones, a fortificarse en el misterio.

«Entorpecimiento de la libertad, ahogamiento del pensar, espíritu de rutina, de tradición ciega, de obediencia pasiva, en una palabra todo lo que es contrario al espíritu mismo de la ciencia moderna, tales son los resultados de una educación demasiado exclusivamente clerical».

¿Y qué cabe decir de la mujer sobre el particular?

Las mujeres, se afirma, tienen el espíritu menos apto para la abstracción que los hombres: más gusto por lo que deslumbra los sentidos y la imaginación, por lo vistoso y coloreado: de aquí su necesidad de los mitos, de los símbolos, del culto, de los ritos que hablan a los ojos. Nosotros dudamos de que estas inclinaciones denoten caracteres femeninos fundamentales. ¿No se contentan las mujeres protestantes con un culto sobrio que no habla a los sentidos? Por otra parte un espíritu imaginativo no es forzosamente un espíritu supersticioso. He conocido, dice Guyau, muchas mujeres que no tenían ni una sola superstición y que eran incapaces de adquirirlas. En este respecto nada distinguía a su inteligencia de la inteligencia viril.

Se insiste en un segundo razgo de la inteligencia femenina, cual sería su necesidad de creer, que la inclinaría fácilmente a la fe religiosa.

Ciertamente es esta una necesidad que se observa más ostensiblemente en la mujer que en el hombre; pero ¿será ello el resultado de una condición esencial de la naturaleza femenina o simplemente de la educación que, por lo general, se ha dado hasta ahora a la mujer? Por lo demás, esta necesidad de creer que se supone en el sexo débil no es superior a las leyes según las cuales se moldean las creencias de los seres humanos. Lo que se crea o no se crea depende en definitiva de la acción de la familia, de la educación y de las sugerencias de las personas queridas y del ambiente en que se crece.

Preguntaba, dice nuestro filósofo, a una criada que había permanecido treinta años en una misma casa, cuáles eran sus creencias. —Las de mi señorito, respondió.—Su señorito era ateo. Se le hizo la misma pregunta a la señora de un miembro del Instituto. —Al casarme yo era católica, repuso, pero pronto pude apreciar la superioridad de espíritu de mi marido, ví que no creía en la religión y dejé yo misma de creer.

Un tercer razgo del espíritu femenino sería su espíritu conservador.

«El espíritu conservador, dice Guyau, puede aplicarse tanto a la verdad como al error, todo dependerá de lo que se le dé a conservar. Si se la instruye en conocimientos ciertos en el orden filosófico, científico, moral y práctico, su alma se alzaré sobre una base de certidumbres y conservará certidumbres. Si se la instruye en supersticiones, conservará supersticiones. Es más o menos lo mismo que con otros términos acabamos de decir sobre el poder de la educación y de la sugestión.

Se hace también mucho caudal del poder del sentimiento en la mujer para valorizar sus predilecciones religiosas, como si se tratara por este motivo de esferas difíciles de comprender para el hombre. Pero en verdad no constituye un privilegio de las religiones el cultivo de los sentimientos ni es una recomendación para ellas que obren sobre los creyentes principalmente moviendo las cuerdas de la sensibilidad y no proyectando la luz de conceptos claros y coherentes. Se afirmaría en realidad con lo dicho el predominio en la mujer de una actividad o receptividad emotiva sobre la actividad intelectual.

Por otra parte ¿cómo desconocer el lugar que el sentimiento ocupa en el hombre? ¿o será menester dejar sometida su capacidad de sentir a la condición de su religiosidad? ¿No hay entre los hombres indiferentes o arreligiosos muchos de nobles y puros sentimientos? Los más grandes místicos, dice Guyau, no han sido mujeres. Las Santas Teresas han sido menos numerosas que los Plotinos, los Jámblicos, los Dionisios Areopagitas, los Gerson, los Tauler y tantos otros.

Ha sido sin duda pobre defensa y pobre destino señalado a la religión considerarla indispensable sólo para los niños, para el pueblo í para las mujeres. Los hombres superiores podrían prescindir de ella, pero no los espiritualmente débiles. Presentada así sería una cosa buena, una engañifa necesaria para los intelectualmente inferiores, para retrasados mentales. Fuera del escaso favor que con esto se hace a las mujeres y al pueblo, en esta forma la religión distaría mucho de inspirarnos respeto. Es respetable sólo hecha fe viva en el pecho del creyente sincero que la abraiga como un valor absoluto y primordial para todos los humanos sin distingos oportunistas de político esceptico.

En el estudio del problema religioso observamos en Guyau algo semejante a lo que hemos podido notar en sus especulaciones sobre la moral. Claro y decidido en la crítica de las ideas que estima inaceptables se torna flotante y confuso al ensayar la exposición de sus convicciones propias.

Completando lo que ya hemos indicado al empezar estas páginas vuelve nuestro filósofo al final de su obra sobre la cuestión de si será posible que al período por que atravesamos de disolución de las religiones se siga una renova-

ción religiosa o de si alguna doctrina filosófica se muestre capaz de sustituir a las religiones. Ya sabemos que no se presenta como concebible que se refundan en una sola las religiones existentes, verbi-gracia, el catolicismo y el budismo, ni tampoco se divisa qué religión nueva pudiera arrastrar a la humanidad unida tras la consecución de un nuevo ideal. Parecen haber pasado los tiempos de los mesías y de los profetas. La religión positivista no merece para Guyau los honores de una religión. La considera tan sólo como una estrecha idolatría fetiquista. Un tiempo se pensó que el socialismo pudiera llegar a ser la esperada religión universal; pero sus aspiraciones de carácter primordialmente económico le niegan toda posibilidad de convertirse en una verdadera religión del porvenir.

No se divisaría, pues, por delante nada más que el individualismo religioso, *la anomia religiosa*, una libre diversidad en materia de creencias, situación en que, en lugar de aceptar dogmas enteramente hechos, debemos ser nosotros mismos los obreros de nuestras representaciones del más allá.

No obstante lo anterior, hace largas digresiones Guyau sobre qué hipótesis metafísicas podrían reemplazar a los dogmas, lo que equivale a ponerle término a la anomia recientemente anunciada como inevitable.

De dichas hipótesis examina Guyau primeramente el deísmo en su aspecto más característico: la existencia de un dios creador y de una providencia. ¿La creación? Es una idea que se deriva de premisas falsas. La creación supone un principio sin movimiento y sin nada. Esto es el no ser y el no ser es más inconcebible que el ser. Por otra parte un dios creador que ha tenido a su disposición la eternidad para hacer el mundo y lo ha hecho tal como lo vemos revelaría ser un dios muy incapaz: la existencia del mal en la tierra es incompatible con la suposición de un dios creador omnipotente.

Tampoco es aceptable la idea de una providencia que haga irrupción contra las leyes naturales. Guyau no admite otra providencia que la de la acción humana guiada por la ciencia.

En seguida le toca su turno al panteísmo que Guyau lo divide en panteísmo optimista y pesimista. Llama panteísmo optimista a la doctrina de Spinoza. Nuestro filósofo la analiza con complacencia; pero no la halla libre de reparos sin los cuales pudiera llegar a ser la religión del porvenir.

Se explica también nuestro filósofo el pesimismo sustentado por Schopenhauer y Hartmann; pero no lo justifica. Es tan contrario a su temperamento. Rastrea sus causas y va a buscar en ellas mismas el remedio del mal.

El pesimismo habría provenido sobretudo de una especie de fatiga intelectual de las generaciones de la pasada centuria. «El saber humano que abruma actualmente el cerebro, dice Guyau, puede, organizándose mejor, tal como ya se encuentra en algunas cabezas bien equilibradas, producir algún día un sentimiento de bienestar y de vida más amplia. Hay que crear una ciencia nueva, la de la higiene intelectual para los pueblos y la de la terapéutica intelectual para los individuos».

«En cuanto a la reflexión de la conciencia sobre sí misma en que los pesimistas ven una fuerza disolvente de todas nuestras alegrías, ella no disuelve

en verdad nada más que las alegrías irracionales, y por compensación, disuelve además las penas irracionales... El gran remedio contra el análisis llevado al extremo, según lo han practicado algunos espíritus del género de Amiel, siempre en contemplación de sí mismo, consiste en olvidarse un poco de la propia personalidad, en ensanchar su horizonte, sobre todo en obrar. La acción es por su naturaleza una síntesis realizada, una decisión que resuelve un conjunto de puntos. Los resuelve sin duda provisoriamente; pero el hombre debe acordarse de que vive en lo provisorio, no en lo eterno; que, por lo demás, lo que hay de más eterno en este universo es tal vez la acción misma, el movimiento, la vibración del átomo y la ondulación que atraviesa al gran Todo. El que obra no tiene tiempo para compadecerse de su caro yo ni para disecar sus sentimientos. El remedio a todos los sufrimientos del cerebro moderno se encuentra en henchir el corazón.

Es falso también, como afirman los pesimistas, que las cosas se repitan y no ofrezcan más perspectiva que la de una monotonía desconsoladora. La vida es como una ascensión perpetua en que es muy difícil exclamar «Yo lo he visto todo porque he trepado a la primera cima». De la infancia a la ancianidad el horizonte puede siempre renovarse. La naturaleza no parece copiarse sino para las miradas superficiales. Cada una de sus obras es original como las del genio. Tanto del punto de vista estético como del intelectual el desaliento es, pues, una ceguera...

En conclusión tampoco le parece a Guyau que el panteísmo pesimista pueda ser la religión del porvenir.

Pasa después a estudiar el naturalismo materialista y el naturalismo idealista, que rechaza igualmente. En cambio el naturalismo monista cuenta con toda su adhesión.

«El verdadero monismo, dice, no es ni trascendente ni místico, es immanente y naturalista. El mundo es un solo y mismo devenir; no hay dos naturalezas de existencia, ni dos evoluciones, sino una sola, cuya historia es la historia misma del universo.

En lugar de tratar de refundir la materia en el espíritu o el espíritu en la materia, tomamos a los dos reunidos en esta síntesis que la ciencia misma, extraña a todo prejuicio moral o religioso, se ve obligada a reconocer: la vida. La vida por su evolución misma tiende a engendrar la conciencia; el progreso de la vida se confunde con el progreso de la conciencia y es posible que haya asomos de conciencia hasta en el más rudimentario de los seres.

Al propio tiempo que la vida tiende a tomar posesión de sí misma por la conciencia, trata de difundirse por la acción, por una acción cada vez más invasora. La vida es no sólo nutrición sino fecundidad y producción. Así el egoísmo puro, en lugar de ser un engrandecimiento, significaría disminución y mutilación de sí mismo. De esta suerte, la individualidad, por su expansión, tiende a devenir sociabilidad y moralidad. Esta sociabilidad es la que, después de haber conformado el fondo del instinto moral, crea el instinto religioso o metafísico en lo que

tiene de más profundo y más durable. La especulación metafísica, como la acción moral, queda ligada de esta suerte a la fuente misma de la vida.

Dentro de esta doctrina no cabría hablar de una evolución que tuviera una finalidad, que fuera providencial en una palabra; pero nos es dado en cambio concebirla como llegando a la producción de seres capaces de darse ellos un objeto a sí mismos y de llegar hacia él arrastrando a su zaga a las fuerzas de la naturaleza. La selección natural se cambiaría así finalmente en una selección moral, y, en cierto sentido divina. Es esta sin duda, dice Guyau, una hipótesis bastante atrevida, pero que se haya sin embargo en la dirección de las hipótesis científicas. Nada la contradice formalmente en el estado actual de los conocimientos humanos. La evolución, en efecto, ha podido y debido producir especies, tipos superiores a nuestra humanidad: no es probable que nosotros seamos el último peldaño de la vida, del pensamiento y del amor. ¿Quién sabe si la evolución no podrá o no ha podido hacer ya lo que los antiguos llamaban «dioses»?

De esta manera puede ser conservado el fondo más puro del sentimiento religioso: la sociabilidad no sólo con todos los seres vivos y conocidos por la experiencia sino aún con los seres pensados y con los poderes superiores de que suponemos poblado el universo.

Así formulado el sentimiento religioso debe ser llamado ultra-científico, pero nó anti-científico. Supone mucho sin duda al admitir una dirección posible de la evolución por seres llegados al grado superior; pero después de todo, como no podemos afirmar con certidumbre que esta dirección no exista o no haya de existir nunca, el sentimiento moral y social nos excita a obrar en nuestra esfera a fin de dar lugar, en cuanto dependa de nosotros, a esta dirección superior de la evolución universal.

Preocupa hondamente a Guyau el destino de la evolución de tener como término la disolución, y, en relación con este asunto, el problema de la inmortalidad del alma humana. Llega a tomar esta preocupación en nuestro filósofo proporciones angustiosas para caer después en la resignación estoica.

¿Cuál será el destino de ultra-tumba del hombre? se pregunta. La inmortalidad no está probada; pero tampoco está probado que no exista.

La creencia en una inmortalidad trascendente no puede entonces, según las expresiones de Fiske «definirse más que de un modo negativo, como la resistencia a creer que este mundo sea todo. El materialismo sostiene que cuando hemos descrito el universo entero de los fenómenos, de que podemos tener conocimiento en las condiciones de la vida actual, todo se halla dicho. Me parece al contrario que todo no está dicho». Al menos agrega Guyau, es posible que todo no esté dicho. Pero para pasar de lo posible a lo probable serán menester siempre razones más positivas, sean de orden moral o de orden psicológico. Las especulaciones metafísicas por sí solas dejarán siempre al espíritu ante un simple problema.

En general, siendo la idea de vida eterna por completo trascendente, no cabe formar sobre ella sino sueños más o menos místicos. Dejemos, pues, a un lado esta manera de buscar y acerquémonos a la naturaleza y a la experiencia.

En lugar de hablar de eternidad hablemos de supervivencia y de una inmortalidad condicionada de hecho por las leyes mismas de la materia o del espíritu y a la cual, por lo demás todos pudiéramos llegar un día.

En este terreno podemos encontrar en primer lugar una especie de inmortalidad en lo que sobreviva de nuestras acciones buenas y de nuestros pensamientos. Es una manera de seguir viviendo en el corazón de los demás por el amor y el desinterés.

Pero una supervivencia de esta clase no es la vida personal de ultratumba con que sueñan los más de los hombres. La verdad que unos pocos sabios dirán que querer eternizar el individuo no es más que un resto de egoísmo; pero no es fácil conformarse con la extinción total de la vida y en sus esfuerzos desesperados por salvar de alguna manera la inmortalidad dice Guyau:

«No está probado que la inestabilidad sea el carácter definitivo y perpetuo de las funciones más elevadas de la conciencia. La esperanza filosófica (?) de la inmortalidad está fundada en la creencia opuesta, según la cual en el último grado de la evolución la lucha por la vida sería una lucha por la inmortalidad... La naturaleza vendría entonces, no a fuerza de simplicidad sino de complejidad sabia, a realizar una especie de inmortalidad progresiva, último producto de la selección».

Esto si queréis es hermoso; pero ¿no es pura fantasía?

Ya hemos dicho que el proceso de la evolución lleva implicado consigo el de una disolución consiguiente. De esta suerte lo han pensado todos los filósofos desde Heráclito hasta Spencer. ¿Pero ha de ser fatalmente siempre así? se pregunta Guyau. ¿No podríamos concebir el advenimiento de seres dotados de una inteligencia superior, capaces de hallar los medios que impedirían la disolución?

Aquí vamos a encontrar a nuestro filósofo lanzado por último en una hermosa lucubración sobre una forma de la vida superior perdurable.

Además de la infinidad de los números y de la eternidad de los tiempos (con que podamos contar para concebir la aparición de una inteligencia como la indicada en el párrafo anterior) una nueva razón de esperanza es para Guyau la inmensidad misma de los espacios, que no nos permite juzgar el estado futuro del mundo únicamente por lo que pasa en nuestro sistema solar y aún estelar. ¿Somos nosotros acaso los únicos seres pensantes en el universo? Sin sobrepasar con mucho los datos ciertos de la ciencia se puede desde luego decir que no. Hay probablemente una infinidad de astros extinguidos y que han llegado poco más o menos al mismo punto de evolución que nuestra tierra; cada uno de estos astros ofrece una composición física y química sensiblemente análoga a la de nuestro planeta... La vida orgánica y consciente, teniendo condiciones aún más determinadas que las de la vida inorgánica, ha debido ser arrastrada en una evolución que, a pesar de toda la diferencia de los medios, habrá ofrecido sin duda muchas analogías con la de las especies animales y humanas en nuestra tierra.

Se puede, pues, sin que parezca demasiado inverosímil, admitir que existan una infinidad de humanidades análogas a la nuestra en sus facultades esenciales.

Son nuestros hermanos planetarios. Tal vez algunos de ellos son como dioses respecto de nosotros. Es lo que quedaría de verdadero de las antiguas concepciones que poblaban los cielos con seres divinos. Y de aquí, así como un día por la comunicación más estrecha de las conciencias individuales podría establecerse en nuestra propia tierra una especie de conciencia humana, de igual manera se podría, sin que haya en ello nada de absurdo, soñar con que en lo infinito de las edades se realice una conciencia intercósmica... Dios es paciente porque es eterno, dicen los teólogos. La fuerza psíquica, ser pensante, el hombre, puede ser paciente porque en cuanto energía de la naturaleza es también eterna.

De esta perspectiva que abre el filósofo ante nosotros no tenemos que decir sino que la hallamos bella y grandiosa; y, mas aún, por fantástica que parezca, la hallamos también plausible.

La vida perdurable formulada en las líneas anteriores no salva sin embargo las individualidades. Si todos estos consuelos se muestran ineficaces, no queda, dice Guyau, por último, nada más que afrontar la muerte estoicamente y «no ser cobarde».

* * *

La actitud de Guyau ante el problema religioso en lo que tiene de incierta, de inquieta y casi de angustiosa, no es una novedad en nuestro tiempo. Ha sido la de muchas inteligencias superiores después del Renacimiento y sobre todo a contar desde el siglo XVIII. Han visto minados los dogmas del cristianismo por los progresos de la filosofía y de la ciencia, ellos mismos los han atacado con las armas aguzadas de la razón; pero no han podido dejar de ver también que un sentido absoluto de la vida rebalsa los límites de la ciencia, no han podido dejar de ver que ese sentido absoluto tiene que ser obra de alguna forma de fe. O la vida se queda sin sentido.

Se halla en lo cierto Guyau al pensar que en esta trágica emergencia, deshechos los dogmas que se han ofrecido como interpretación infalible a la dócil mentalidad humana, los individuos deben ser los obreros de sus propias creencias, deben representarse a su manera el eterno enigma. Es lo que ha denominado nuestro filósofo la *anomia religiosa*, o sea el individualismo religioso, la falta de unidad de creencias.

«La religión, dice Boutroux, abundando más o menos en las mismas ideas, es la reivindicación, al lado del punto de vista de la ciencia, del punto de vista del sentimiento y de la fe. Para ella el valor de las libertades no se mide por la cantidad de conocimientos científicos que hacen valer. La individualidad como tal, tanto la del ignorante como la del sabio, la del criminal como la del hombre honrado, tiene un valor propio. Un mundo en que reinan la personalidad, la libertad de equivocarse, la variedad y la armonía, es, para el hombre religioso, mejor, más bello, más análogo a la perfección divina que un mundo en que todo no fuera más que la aplicación mecánica de una fórmula única e inmutable. La sola manera para lo finito de imitar a lo infinito consiste en diversificarse hasta

lo infinito. Por esto el hombre religioso aprecia en los otros hombres principalmente, no los puntos que se parecen a él, sino aquellos en que difieren de él. No solamente tolera estas diferencias. Ellas son, a su entender, piezas de la armonía universal; son el ser de los otros hombres, y, por esto mismo constituyen la condición del desarrollo de su propia personalidad.

En medio de esta hermosa diversidad lo que subsistirá de las diferentes religiones, según Guyau, serán las asociaciones de los que compartan las mismas concepciones hipotéticas, asociaciones levantadas sobre una base de libertad y mantenidas por las garantías de la tolerancia.

Y en esta busca afanosa y sincera de Dios, Dios talvez se irá haciendo, irá existiendo en los que lo realicen en su corazón.

ENRIQUE MOLINA.

La silueta de un maestro

EL DOCTOR D. GARCIA GUERRERO



L Profesor Daniel García Guerrero se ha retirado de la enseñanza en la plenitud de sus facultades, doblado apenas el cabo de la cincuentena, en esa edad en que discretas canas anuncian una aun lejana vejez y una recién perdida juventud.

Es la edad de las realidades, porque la experiencia ha dado el sentido de adivinar y de realizar las posibilidades. Con razón, los que se interesan por nuestra Escuela de Medicina, ven con pena su alejamiento; parte demasiado temprano, pero también más tarde, siempre su partida habría sido temprana.

Pocos profesores consiguen rodear su nombre de un nimbo de prestigio, ante el cual, cada uno en su fuero interno, rinde acato sin reticencia y sin menoscabo, como se rinde ante el nombre de García Guerrero. ¿Por qué? Porque este prestigio nace de la valía espiritual. Y ¿qué son ante la valía personal, el prestigio de la fortuna, o de la posición social, o de los honores, es decir, el prestigio fundado únicamente en condiciones extrínsecas a la personalidad humana?, son resplandores fatuos, pobres luminarias que sólo ofuscan a mentes cortesanas. El brillo de la valía espiritual es resplandor que irradia la propia personalidad, es luminosidad legítima y perenne, como es la del legítimo diamante.

García Guerrero adquirió y conservó ese prestigio que muchos ambicionan, que algunos ingenuos creen poseer y que pocos, poquísimos, alcanzan en verdad —viviendo oculto casi, sin escribir, sin hablar, pasando al margen de la vida social, en un retiro solitario que alegraba la lectura, la música y que secundaba la meditación.

En los ratos de descanso, de abandono, se entregaba con toda su alma a la interpretación de Chopin, de Schumann... y la música evocadora lo hacía olvidar a los hombres con sus imperfecciones, a la tierra con sus tristes realidades.

A altas horas de la noche, cuando todo era silencio en el barrio colonial, cuando poco a poco se hundía en el olvido esa vida mediocre de los seres que

sólo miran la tierra. García Guerrero lanzaba como un huracán de armonías, una sonata o una rapsodia, por la triste calle Riquelme... y la calle se estremecía, y muchos de sus habitantes salían del letargo y todos soñaban un instante;... pero luego, con gesto de gente que no comprende y que jamás comprenderá, decían: «¡ah! es ese doctor músico». Y el doctor músico todas las noches conversaba con almas selectas y las notas de su piano hacían pasearse sombras ilustres por las angostas veredas de la oscura calle Riquelme, que tampoco comprendía y que jamás comprendió.

Así unas veces se veía a una sombra alta, de andar pausado y majestuoso, envuelta en una amplia capa, una boina vasca sobre su fuerte nariz aguileña... Era Wagner.

Otras veces pasaba un espíritu con sotana, un viejo, de cabeza potente, afeitado, la cara llena de verrugas..., ¿era el *ánima* de un cura de aldea, de un ser bonachón y vulgar?... Nó, era Liszt.

Ciertas noches iba y volvía por la callejuela, con ademán asiebrado, un ser extraño. Su marcha era agitada; por momentos apresurado, se detenía bruscamente y permanecía largo tiempo inmóvil, la cabellera al viento, los ojos perdidos en el infinito. Parecía sostener un nunca interrumpido soliloquio, parecía que su alma era devastada por una continua tempestad... Era Beethoven.

Hoy el doctor músico habita frente al mar, en lo alto de un barranco; sus amigos extra-terrenos, sin duda, le habrán escogido esta nueva morada.

García Guerrero abandonaba la soledad para subir a la cátedra, que lo transformaba. Había nacido para hacer vida meramente espiritual.

En la música desahogaba toda su vida afectiva, en la cátedra toda su vida intelectual; en la una aparecía el ser sentimental en la otra el ser pensante.

La una y la otra se completaban. La música y la ciencia formaban como un jardín suspendido sobre el valle humano, y a ese valle oscuro García Guerrero bajaba, obligado por las necesidades de la vida y se atardaba lo menos posible en él.

Por eso el ejercicio profesional jamás lo cautivó y por eso también no tuvo grandes ambiciones. Vivía en un plano en que sus ambiciones estaban satisfechas.

García Guerrero hubiera deseado ser un monje, pero un monje laico y habitar un convento, en medio de un bosque, en la cumbre de un cerro, un convento sin capilla, pero con anfiteatros, con laboratorios, poblado no de pecadores, sino de enfermos, pero de enfermos interesantes.

Hubiera deseado ser un monje y haber tenido por vecinos de celda, no a obispos, a cardenales, a políticos, a poderosos, sino a artistas, a escritores, a pintores, y con ellos haber tenido largas pláticas filosóficas, paseando bajo arcadas de apacibles corredores o bajo la sombra de las encinas como en el buen tiempo de Aristóteles.

Había nacido para hacer una vida meramente espiritual. Su placer era el trabajo mental. Resolver un problema clínico por el placer de resolverlo, he aquí un goce que hacía poner en tensión todas sus facultades.

A la observación esmerada del enfermo seguían procesos de inducción, de deducción, que se encadenaban en anillos apretados y que con una lógica meridiana terminaban en el diagnóstico, lleno de precisión, de minucia, de elegancia.

Un día después de largos estudios y de detenidos considerandos diagnosticó un cálculo en el conducto hepático derecho. El Profesor Sierra operó y maravillado extrajo un cálculo del conducto hepático derecho.

Cada enfermo era un problema y cada problema un juego sutil del espíritu.

La verdad estaba prendida al fin de un hilo que en vueltas y revueltas formaba un ovillo. La cuestión era, en el ovillo, descubrir la punta del hilo y, poco a poco, desenrollarlo y dar al fin sin apuro, sin brusquedad, con la chispa en que remataba.

En su clase hacía experimentar al auditorio todas las sensaciones delicadas de ese trabajo finísimo, en que el espíritu vacilante, entre la verdad y el error, caminaba a la orilla de un precipicio, por un sendero que era fácil perder y que era el único que conducía a la meta.

Hablaba poco, contadas palabras, y era elocuente, porque es elocuente quien sabe hacer sentir la emoción, y los que lo escuchábamos nos emocionábamos al oírlo.

Sentado, ceñido en su correcto delantal blanco, asistía mudo al examen del enfermo, mudo, pero sus ojos brillaban y cuando aparecía un síntoma que él estimaba decidor, sus ojos miraban a sus alumnos y sonreían y entonces decía dos o tres palabras y estas palabras proyectaban viva luz en las sombras del misterio orgánico que tratábamos de descubrir.

Teníamos ante nosotros una negra cortina, que a su palabra como si se hubiera apoyado sobre un botón eléctrico, se descorría y dejaba a la vista hermosa perspectiva.

Y así pasábamos de sensación en sensación hasta que aparecía el diagnóstico con la fuerza aplastante de la realidad, que no se discute porque se ve, porque se toca, porque cae bajo los sentidos.

Para llegar a él ponía en práctica lo que él llamaba la *jerarquía de los síntomas*. Una enfermedad determinada desencadena un grupo de síntomas, un síndrome, que en el libro aparecen en el mismo plano. En la naturaleza, las anormalidades anatómicas o fisiológicas, que no otra cosa son los síntomas, se presentan en orden disperso, unos acentuados, otros apagados y otros ocultos. Es necesario ir a buscarlos uno a uno y después de encontrarlos, es preciso saberle dar a cada uno la importancia que tiene en el conjunto sintomático y muchas veces de la importancia que se da a éste o aquél, surge este o aquel diagnóstico.

Al acentuar una u otra nota, García Guerrero procedía con el arte con que procede el pianista de talento, que insufla sobre toda la música que interpreta un sentimiento personal.

García Guerrero convirtió la Medicina, entre nosotros, en un arte.

La clase terminaba con una concisa disertación que el caso en estudio

sugería y que se apoyaba en la Anatomía, Fisiología, Histología normales y patológicas, que se apoyaba en los fundamentos de la Clínica, sin los cuales la Clínica es una ciencia superficial, empírica, caprichosa, sin la cual es una pseudo-ciencia.

La lección clínica dejaba de ser para García Guerrero una exposición académica, un discurso que tomaba como pretexto al enfermo, dejaba de ser una cosa ficticia y amanerada para convertirse en una exposición viva, llena de imprevistos y sujeta estrictamente a la verdad, y la verdad era el enfermo.

No buscaba el brillo en la palabra, obtenía el brillo sin quererlo en el tema mismo. No era elocuencia verbal, era la elocuencia de los hechos.

El se limitaba a traducir la naturaleza, *traduttore* y no *tradittore*, se colocaba a la orilla del marco y explicaba las bellezas del cuadro sin interponerse entre el paisaje y el espectador.

Tenía el don de hacer pensar, insinuaba la idea, imprimía el primer movimiento y después su mano se ocultaba. Era la escuela opuesta de aquella en que el profesor es un primer actor, que lo hace y lo dice todo y en el que el estudiante, ahorrando todo esfuerzo mental, se deja llevar como una barca por la corriente.

He aquí el gran mérito de García Guerrero como pedagogo, enseñaba a pensar, enseñaba a discurrir y eso es el supremo objetivo didáctico, pero tal objetivo sólo lo pueden alcanzar los profesores que tienen vida espiritual propia, que piensan hondamente, que sienten fuertemente lo pensado. A estos profesores y sólo a éstos debe coronárseles con el título de maestros.

García Guerrero era un maestro, y como maestro ha dejado discípulos. Hoy día la enseñanza de la Medicina Interna en nuestra Escuela es la continuación directa de su enseñanza. Los tres profesores del ramo, Prado Tagle, Brockman y González Cortés, se formaron a su lado, fueron sus discípulos y alrededor de esos discípulos se están incubando nuevas generaciones de maestros.

Sólo una inteligencia fuerte tiene el poder de seguir indicando rumbos aunque esté ausente, de seguir haciendo sentir su influencia al través del tiempo y del espacio. Sólo un objeto sólido y consistente provoca en la superficie del agua una serie de ondas que se extienden y se agrandan más y más; la pluma por muy hermoso que sea su color, la hoja seca por muy doradas que sean sus tonalidades descansan sobre la superficie del lago sin alterar la tersura de su espejo ni la tranquilidad de su fondo.

Pero García Guerrero ha influido en otras formas sobre la Medicina Chilena.

El introdujo aquí la exploración experimental, que ha entrado de lleno en la práctica, pero que al principio levantó resistencia.

Un viejo profesor llamó un día a García Guerrero y le dió a entender que no parecían serios aquellos llamativos instrumentos que trataban de reemplazar al antiguo y probado método directo.

Fué también el iniciador del Laboratorio aplicado a la Clínica, que ha hecho después tal fortuna que ha llegado a desnaturalizar su espíritu.

El dato proporcionado por el laboratorio es simplemente un dato, un síntoma más que debe agregarse a los otros recogidos por el examen clínico, pero este dato debe ser interpretado, vivificado por la mente del médico y después tomar la colocación que le corresponde en la jerarquía de los síntomas que forman el síndrome propio de la enfermedad.

El laboratorio aplicado con inteligencia es sin duda el gran progreso del último tercio de siglo de la Ciencia Médica.

García Guerrero quitó a la Medicina la fantasía y reemplazó la fantasía por el estudio. Se olvidó aquello del «ojo clínico», tan en boga hace 30 años y se aprendió a observar y a raciocinar.

García Guerrero imprimió un sello indeleble en la ciencia que enseñó e hizo con la Medicina en Chile lo que hizo Orrego Luco con la Neurología.

He aquí dos nombres que no podremos olvidar.

Orrego Luco y García Guerrero, uno literato, el otro artista, han marcado con hondo surco el campo científico que recorrieron y lo consiguieron, porque fueron idealistas, porque tuvieron fe e ilusiones y la ilusión, como la estrella de los reyes magos, indica la buena ruta en la jornada de la vida.

CARLOS CHARLIN CORREA.

Santiago, 23 de Noviembre de 1924.

Poesía del volantín



OLANTÍN de los niños, alto, sobre los pueblos, designas tu subida.
Tulipán de papel, sujeto con humo, te caes hacia el Este.
Subí la loma, orillando el cielo.
Ah, más libre que mi alma, errante, solo.

Pasé el invierno detrás de una ventana
y un sol de rocío de repente se paró de la hierba.
De otra parte, de las ciudades, lejos, lejos de aquí.
Sin embargo, orillando el cielo, surgiste en la colina.

Bailas, grave y audaz, como enfermándote.
Hermano de la flecha, asustas las abejas y trepas a tu arco de hilo.
Viento, viento sin presencia, tiendes la cuerda que sostiene el juguete y
encumbras esa frágil alegría.
Mariposa sin suerte, vacilante, ante todo.
Publicas la primavera, más arriba de los manzaneros blancos.
Gota de color, flor hechiza, entusiasmo de todo.
Yo grité sobre la loma, huía lejos, hacia donde arranca la campanada, donde
mi amiga está con su triste sonrisa,
o más allá todavía, porque nadie me espera.

Vienes de lejos, corazón mío, y aun te alejas.
Te miro, enredado en la hierba, mirando hacia los bosques y no te reconozco.
Aquí juegas, abres tu abandono en abanico.
Sin embargo, encendida la luz, y la mano en la frente.
Para qué decir «esto fué así», «esto se ha muerto».

Es que renace de entre cicatrices la raíz enterrada.
A quién pertenece el blanco viento? Grité solo en el bosque.
Triste, libre de todos, defendiste tu alma.
Tristeza para qué decirla, y huyendo, huyendo siempre.

A ti, te asocio, compañera,
mi mujer dulce.
Era, sin duda, la que el viento quería arrastrar.
detrás de su trineo, entre mariposas difuntas.

Lejos de la colina, atajando cielo, de pronto vacilas.
Lejos, lejos y ardiendo, alto sobre los árboles.

Tulipán de papel, sostenido con humo en el viento apresurado.
Giras entre sus aspas pesadas de silencio.

PABLO NERUDA.

Expedición



AY un país donde florece tu alegría,
donde la sombra de las grandes palmeras
recorta estrellas en el bochorno vespertino
para velar el sueño
a los viejos piratas de las islas.

Desde sus playas, como tigres reales,
los días ágiles,
saltan el arco de las noches
y entre sus garras, ensangrentadas de recuerdos,
hacen rodar las constelaciones.

Allí florece tu alegría,
viendo el desfile de los sátrapas hieráticos
y de los cazadores de jaguares,
mientras junto a tus pies el Mar Latino
entrechoca collares de naufragios.

Y hace ya mucho tiempo...

Hacia el país sonoro de tu risa,
hacia el país lejano.
yo voy guiando mi corazón envejecido
en el largo crucero de los años.

¡Cuántas tripulaciones cayeron en el viaje!
Trágicos timoneles, gavieros faciturnos,
entre las tempestades de mi espejo,
ruedan vuestras cabezas
con los labios clavados
por el último juramento.

Sin embargo, persisto.

Navego hacia el país de tu alegría,
voy hacia ti... Mis marineros han muerto.
¡Pero no importa nada!
¡No importa nada que me muera yo mismo!
Hace ya muchos años que he visto mi propio fantasma...

SALVADOR REYES.

El progreso según Spencer, y la asociación profesional

I



XISTE una ley del progreso, esto es, una relación constante e invariable entre lo que llamamos progreso y las causas que lo generan? ¿Existe el progreso mismo? He aquí las preguntas que se han hecho los más preclaros genios filosóficos del mundo.

El enciclopedista marqués de Condorcet, escribió la obra *Esbozo de un cuadro histórico de los progresos del espíritu humano*, con lo que quiso probar que el progreso existe y que se proponía encontrar el orden según el cual se había realizado en la humanidad.

Enrique de Saint-Simón escribió: «Es tan difícil sustraernos al impulso del progreso, como es imposible sustraernos al impulso primitivo que hace que gire la tierra alrededor del sol». Supone, pues, existente el progreso y propone una ciencia especial, que él llamó *fisiología social*, para que se ocupe de su estudio.

Este concepto de progreso lo han compartido genios eminentes del mundo entero, como Victor Hugo, quien se lo figuraba como un fantasma, como un monstruo, un leviatán, que marcha irresistiblemente abriendo senderos y rutas nuevas al espíritu humano.

Y bien, si existe el progreso humano, ¿es tangible, qué forma tiene, cuál es el principio motor que le da impulso, cuáles son sus procedimientos y cuáles sus resultados?

El progreso es tangible porque es tangible la cosa que le sirve de instrumento para realizarse: la sociedad, organismo social o superorganismo llamado por Spencer, que tiene una existencia perfectamente real en cuanto su desarrollo está sometido a la ley de la evolución y en cuanto se manifiesta en su vida externa por hechos o fenómenos sociales de orden de psicología colectiva, que consisten en modos de obrar, como la moral, las costumbres, usos, hábitos, reglas jurídicas; en modos de pensar, como las creencias, sistemas filosóficos, conocimientos científicos, opinión pública; y en modos de sentir, como el amor a nues-

tros semejantes, la compasión por los desgraciados, la caridad, la filantropía, la tolerancia de las ideas contrarias. Estas manifestaciones del cuerpo social son perfectamente reales, como las que en el orden psicológico individual se manifiestan en la forma de fenómenos sensitivos, intelectuales y volitivos.

Si el progreso es algo tangible ¿qué forma tiene? Para Blas Pascal la humanidad es «como un hombre que subsiste siempre y que avanza continuamente». Según esto, el progreso aparece como una línea recta ascendente indefinida. Pero esto no es sino una ilusión del espíritu. El progreso no es uno ni sigue invariablemente una línea recta.

Para René Worms y otros el progreso sigue una línea ondulante o quebrada, formada de vaivenes, de altos y bajos, de progresiones y regresiones, a la cual puede aplicarse la bella frase del propio Pascal: Dos pasos adelante, después, un paso hacia atrás; una irresolución, un reposo. Después, tres pasos hacia adelante y todavía uno hacia atrás; un alto. Y ahora, decididamente, ¡hacia adelante!

Otros todavía proponen una parábola cuyo punto de partida estaría sumergido en el misterio del pasado y cuyo punto de llegada se supone ubicado en el misterio del futuro.

El filósofo napolitano Juan Bautista Vico imaginó, por el contrario, que el progreso seguía una línea circular y que, constantemente, volvía a su punto de partida. Formuló su famosa teoría de los *ricorsi*, sintetizada en aquella frase, según la cual los pueblos, como los individuos, nacen, crecen, laboran y desaparecen. Pero aún una observación imperfecta deja ver que la humanidad nunca vuelve exactamente a su punto de partida, y que en sus regresiones siempre lleva consigo parte de sus progresiones.

Goethe, con el poder de la adivinación del genio, concibió el desarrollo del universo, a través de los tiempos, bajo la forma de una figura simbólica que parece explicar, mejor que cualquiera otra, la inmensa variación de las cosas. Es una espiral que sube y cuya curva se ensancha al elevarse. Los progresos alcanzados estarían sobre el mismo eje vertical, pero a un nivel horizontal más elevado y más amplio. En sus retrocesos se replegaría sobre sí misma, acumulando, en su marcha regresiva, los progresos ya conquistados.

En verdad, la humanidad vuelve sobre sí misma, y se creería, a primera vista, que retorna, estéril en sus obras como en sus esperanzas, a su punto de partida; pero su retroceso es a una altura más elevada que el retroceso anterior y con una amplitud más grande.

El fenómeno no puede, en su conjunto, ser apreciado por la suerte de un solo pueblo, naciendo, desarrollándose y muriendo; sino por la colectividad de los pueblos de una misma raza, transmitiéndose entre sí el genio de la civilización antes de morir alguno de ellos y reempezando la obra común, interrumpida solamente en apariencia. Grecia y Roma desaparecieron en su pomposa grandeza; pero las naciones modernas prosiguen las rutas por donde ellas marcharon triunfalmente y son sus verdaderas descendientes.

Esta fórmula del progreso ha sido ilustrada por numerosos autores: De la Grasserie, Ferri y otros, y es comprobable con ejemplos innúmeros.

Con respecto a la propiedad individual se nota una regresión a las formas desaparecidas de la propiedad colectiva, como ocurre en la concepción que de ella se van formando los economistas innovadores y tratadistas de sociología jurídica en aquel concepto nuevo de propiedad-función, sin hablar de los socialistas colectivistas que preconizan la socialización de los medios de producción, dejando los medios de consumo como propiedad individual. Esta regresión propietaria a la forma colectiva no sería sino aparente, porque la maravillosa institución, instrumento de progreso, conservaría sus formas esenciales, en cuanto estas formas sean susceptibles de dar un mayor rendimiento social.

El movimiento feminista actual sería otro ejemplo. Sabido es que en las sociedades primitivas las mujeres se ocupan de los trabajos más duros. En una evolución social más avanzada se dedican a los cuidados domésticos únicamente. En la actualidad reclaman una igual opción que el hombre a todos los trabajos, exceptuando, naturalmente, los trabajos más penosos, como los trabajos en el fondo de las minas, los de noche en la industria, etc.

Desde el punto de vista religioso ocurre otro tanto. Originariamente se creyó que el hombre podría llegar a la felicidad en el curso de su vida individual. Luego se ubicó esta felicidad en ultratumba. Ahora se vuelve a pensar que los hombres pueden alcanzar la felicidad, pero en una época futura.

Son estas algunas ilustraciones de la forma de espiral que seguiría el progreso, en las cuales puede notarse la vuelta aparente al punto de partida; pero conservando siempre las formas superiores de la evolución.

II

La civilización, el progreso o lo que se llama tal, es un hecho esencialmente complejo y, por lo tanto, difícil de encerrar en una fórmula matemática. Todo lo dicho es, pues, simplemente aproximado.

¿Cuál es el principio motor que da impulso al progreso?

La necesidad fisiológica, primero, y la necesidad de orden mental o deseo, en seguida. La necesidad es el nómeno, el imperativo categórico del progreso. Espiritualizada por los poetas, reclamada groseramente por los incultos, la necesidad mueve y orienta el mundo hacia un perpetuo devenir.

Las necesidades o deseos aumentan. Mientras más diferenciado y complejo es el hombre, esto es, mientras más civilizado, más necesidades o deseos tiene. Problema irresoluble. Tarea de Sísifo escalando la altura de la felicidad humana.

Veamos cómo se satisfacen las necesidades o deseos entre los hombres.

Siendo el individuo el elemento primario, irreductible de la sociedad, la satisfacción de sus necesidades tiene un carácter egoísta, en oposición a la satisfacción de las necesidades de sus congéneres. De esta oposición de deseos y de intereses para satisfacerlos, nace la lucha. La lucha es un fenómeno general en

el mundo viviente. El *struggle for life* de Darwin está en el fondo de todo acto humano. Felizmente no es un fin la lucha, sino un medio que termina con la consecución de la verdadera finalidad: la finalidad es el hombre mismo; la sociedad, un medio para alcanzarla.

La sociedad es el más elocuente testimonio de la solidaridad humana. Los hombres, demasiado débiles para bastarse individualmente, se agrupan siguiendo sus afinidades utilitarias para la satisfacción de sus necesidades comunes, dando lugar a un producto nuevo, de carácter social: la solidaridad. La cooperación, la solidaridad, complementa y limita la lucha social por el equilibrio y armonía de las fuerzas contrarias. La solidaridad es la flor de fango de nuestros dolores y miserias.

III

¿Cuál es el resultado de este progreso conseguido a costa de tanta lucha y dolor?

Muchos han sido los conatos filosóficos que se han hecho para resumirlo; pero ninguno de ellos más célebre y explícito que el de Herbert Spencer.

Para este sabio, la humanidad pasa, en su camino hacia el progreso, de la homogeneidad confusa a la heterogeneidad coordinada.

Ilustremos brevemente esta ley sociológica con el ejemplo de nuestro propio país.

En el periodo de la conquista, el país está ocupado por tribus aborígenes homogéneas, yuxtapuestas en el gran territorio. Entre ellas no hay diferenciación. Apenas se conocen. Sólo se ponen en contacto en determinadas circunstancias para hacerse la guerra. En la organización social interior no existe casi la división del trabajo; apenas si está dividido por sexos y entre los menesteres agrícolas, practicados por las mujeres, y los de la guerra, practicados por los hombres. Puede decirse que tanto en el interior de las mismas tribus, como en todas las tribus que pueblan el territorio, existe en ellas y entre ellas, la homogeneidad y la confusión sociales.

Tomemos el país en nuestros días. El aspecto ha cambiado completamente. A la homogeneidad social ha sucedido la heterogeneidad social. El pueblo se ha diferenciado. La gran ley de la división social del trabajo ha adquirido un desarrollo admirable: profesiones liberales, empresas industriales y comerciales, sociedades anónimas, asociaciones de todas clases persiguen un perfeccionamiento moral y material constante. Tenemos un país más diferenciado, más heterogéneo; pero, al mismo tiempo, más coordinado, más armónico en la prosecución de sus ideales de mejoramiento colectivo.

Como complemento y corroboración de su ley de la evolución, Spencer distingue dos tipos de sociedades: el tipo militar y el tipo industrial, y el reemplazamiento gradual del primero por el segundo.

Las guerras napoleónicas habrían perturbado, para Spencer, el funcionamiento de su admirable ley de la evolución; y habría llegado el caso de re-

guntarse si la guerra mundial reciente no habría sido un nuevo tropiezo a su funcionamiento.

En efecto, en la época anterior a la gran guerra, el mundo había llegado a la cúspide de su apogeo industrial. Una de las obras más formidables del intelecto puro había consistido en la creación de la ciencia europea y en su materialización, que la condujo al período mecánico de la historia mundial.

El mecanicismo del mundo de que habla Walther Rathenau en su obra *Où va le monde*, había alcanzado el sumo grado de perfección: utensilios perfectos, grandes máquinas de fuerzas formidables manejadas por mujeres y niños; cantidades enormes de dinero reunidas mediante la invención ingeniosa de las sociedades anónimas; ejércitos de obreros dirigidos semi-militarmente. Todo un mundo nuevo industrial.

Todo este esfuerzo ciclópeo humano, conseguido mediante una lucha económica ardiente entre individuos, sociedades y pueblos, cae momentáneamente por la guerra mundial.

Las guerras napoleónicas, la guerra mundial ¿son simples perturbaciones, como cree Spencer, a la ley de la evolución?

A juzgar por las guerras napoleónicas, que no lograron detener el impulso industrial del mundo, la guerra mundial sería simplemente un episodio interesante en la evolución de los pueblos.

Buena o mala la ley de la evolución social (pues, después de madura reflexión, es menester desligar de ella todo concepto de mejoramiento, y tomarla simplemente como sinónima de desenvolvimiento o transformación, sin agregarle ninguna idea de finalidad), seguiría funcionando y dándole razón a Spencer en el sentido de fundamentar más y más las sociedades sobre el tipo industrial.

IV

La aspiración de todas las naciones civilizadas, el fin supremo de la política moderna es la paz universal. Todos los países concurren en el clamor de pedirla. Los pueblos no se resignan al estado de desorden y de incertidumbre en que vive el mundo entero desde hace cuatro años. El lema de Augusto Comte, *orden y progreso*, brota espontáneamente de todos los labios.

Nos encontraríamos entonces en presencia de una regresión humana aparente, explicada por la figura simbólica de la espiral de Goethe. La humanidad habría retrocedido aparentemente; más bien, se habría concentrado en sí misma, para echar mano de todos sus recursos aun disponibles, y, en un instante supremo de angustia, franquear nuevamente los linderos de una nueva vida, en busca siempre de mayor bienestar y mayor progreso.

Toda decadencia orgánico-individual u orgánico-colectiva, lleva consigo los gérmenes de una nueva vida, y esta nueva vida no puede resultar sino de un despertar del alma, del alma colectiva. En lo más profundo de las almas colectivas han germinado siempre las saludables, supremas resoluciones, gracias a las cuales la humanidad se regenera.

El dominio de las fuerzas naturales puede considerarse completo. La materialización, el mecanicismo del mundo es un triunfo del ingenio humano. El hombre ha triunfado sobre el cosmos; ahora es menester que triunfe sobre sí mismo.

He aquí en toda su claridad la imagen de Goethe: el mundo ha retrocedido efectivamente para tomar en su nuevo impulso hacia la perfección los elementos sociales nuevos de progreso que ha ido generando la marcha hacia el mecanicismo industrial: ciertas maneras de obrar colectivas, usos, costumbres, reglas jurídicas que llevan el nombre genérico de moral. A esta nueva orientación contribuyen ciertas maneras de pensar, también colectivas, como los sistemas filosóficos y programas de reformas sociales, el socialismo mismo, que colocan en la base de sus especulaciones la justicia social; ciertas maneras de sentir, como la repulsión que experimentamos por la ajena desgracia, por la ajena miseria, y que en conjunto dan por resultado ese maravilloso venero de sentimientos que lleva el nombre de *humanitarismo*, sentimientos que dominan a todos los otros.

Hombres de ciencia notables como el naturalista inglés Alfredo R. Wallace, han hecho notar el vacío de nuestra civilización, escribiendo: «En comparación con nuestros admirables progresos en las ciencias físico-químicas y de sus aplicaciones prácticas, nuestros sistemas de gobierno, de justicia administrativa, de educación nacional, toda nuestra organización social y moral, se encuentran en estado de barbarie.

Si la época que hemos vivido ha sido dura, deber es nuestro penetrarla de nuestra sensibilidad, de nuestro amor, hasta que se hayan disipado las últimas espesas tinieblas que disimulan la luz.

En sus consideraciones filosóficas sobre la organización social de mañana, Walther Rathenau, en la obra citada, dice que hasta ahora la producción de las riquezas ha sido considerada únicamente de interés colectivo. Esto, según él, no debe continuar siendo así: el consumo de las riquezas debe tener el mismo carácter. Rathenau confirma de este modo la manera de pensar de Federico Bastiat, quien en su lecho de muerte, como un testimonio de ultratumba, recomendaba a sus discípulos: «La economía política debe tratarse únicamente desde el punto de vista del consumidor». El mismo Platón en su obra *Las Leyes*, intentó organizar la economía doméstica, la única conocida de su tiempo, no tanto desde el punto de vista de la producción cuanto del consumo.

Inmensas son las consecuencias que se derivan de estas nuevas concepciones económicas: tratar la producción y el consumo conjuntamente como de interés colectivo; tratar la economía política desde el punto de vista del interés del consumidor es, simplemente, dejar de considerar la producción como teniendo un fin en sí misma, como se ha hecho hasta ahora, y darle su verdadero carácter de medio para satisfacer las necesidades humanas. Tratar los problemas económicos desde el punto de vista del consumidor es elevar al hombre a su verdadera categoría de rey del universo.

Las sociedades modernas tienden, pues, a dar satisfacción a la suprema máxima moral de Manuel Kant, según la cual debemos considerar la persona de nuestro prójimo como un fin, y nunca como un medio; y a la concepción social

de César Becharia, según la cual el fin de la sociedad debe estar subordinado al fin del hombre. He aquí por qué, en conformidad a la fórmula kantiana, debemos respetar la personalidad humana en donde se encuentre, es decir, en nosotros mismos y en nuestros semejantes.

V

Numerosas son las manifestaciones sociales que nos indican de una manera palmaria que la sociedad se encamina hacia estas finalidades supremas. La más visible de todas, por tratar de cristalizar estas manifestaciones en su dinamismo, es la que se llama *legislación social*.

Tiende esta legislación a dignificar ante nosotros mismos la persona de nuestro prójimo, a respetar la dignidad humana, a ser con ella justos; a que cumplamos honradamente con nuestra tarea; a que trabajemos por que cada uno sea llamado a la función que pueda mejor llenar y reciba por ello el justo precio de sus esfuerzos.

Una obra semejante ha de ser lenta y penosa. A su realización se oponen tradiciones y leyes. Todo un cortejo de intereses creados y pasiones candentes resisten obstinadamente la corriente innovadora.

La balanza gravita siempre hacia el pasado; las fuerzas nuevas no alcanzan a equilibrarla. Todo progreso hecho es un obstáculo a todo progreso por hacer. Las clases en posesión del poder, según Stuart Mill, nunca se han servido de él en beneficio de las clases débiles.

¿Cómo incorporar entonces estas nuevas reglas de conducta estereotipadas, estas leyes, en el nuevo modo de ser social de una manera efectiva, y no en una forma convencional y artificiosa como ahora?

He aquí la planteación del problema. La solución ha sido dada, sobre todo, por dos grandes exponentes del intelecto universal, Enrique George y Emilio Durkheim: *la asociación humana*.

La asociación, fruto espontáneo de la naturaleza imperfecta y perfectible del hombre, demasiado débil para bastarse a sí mismo, es el instrumento llamado a encarnar, en la nueva sociedad que empieza a balbucear, los nuevos principios de moral que hace ya cerca de dos mil años constituyeran el último anhelante suspiro del Hombre-Dios, símbolo redivivo de la humanidad regenerada.

La asociación humana, ampliación de la familia humana, es, como la familia misma, un laboratorio de moral.

Así como la moral familiar, creación asombrosa del mundo antiguo, y reencarnada en los modernos códigos, es la base de la sociedad actual, la moral social, creación de la asociación humana, ampliación de la familia, está destinada a ser la base de la sociedad futura.

Haced que los padres, decía Napoleón legislador, guarden orden en la familia; yo, de mi parte, guardaré orden en el Estado. De la misma manera los gobernantes modernos dirán en breve: respetemos la moral social, producto de las asociaciones humanas, que así guardaremos el orden en nuestros gobiernos.

Y la asociación humana constituye toda nuestra civilización. La evolución social toda no es, en síntesis, más que un proceso creciente de asociación y cooperación. Son las instituciones sociales propiamente tales los medios de que los hombres se valen para mejorar sus condiciones morales y materiales de vida, las que forman nuestra cultura. El estado, la iglesia, la universidad, el ejército, toda nuestra civilización actual, no son más que instituciones sociales.

Pero al lado de estas instituciones, que representan el mundo tradicional, han surgido, en todos los momentos de la historia, las instituciones profesionales, que han tendido o tienden a señalar una nueva ruta a la civilización.

Ellas nacen en el mundo de cultura clásico griego en la forma embrionaria de *heterías* y *eranos*. Al declinar la civilización helénica, reaparecen en la Roma imperial con el nombre de *colegios* de artesanos. Culminan en el reinado de Augusto y declinan conjuntamente con toda la civilización romana.

Hacia el siglo XI de la Edad Media vuelven a aparecer bajo la forma de *corporaciones* o *gremios*. Estos, ampliación y especialización profesional de la familia antigua, generan una civilización nueva y una moral profesional en armonía con ella. Concluyen hacia el siglo XVI con un himno de paz y de felicidad sociales.

En este siglo nótanse los primeros balbuceos de un nuevo régimen industrial. Pero, con todo, las características esenciales del régimen se mantienen hasta la Revolución Francesa, la cual abroga todas las corporaciones o gremios, y, como una supervivencia y peligro de la estructura social muerta, el derecho de asociación entre los hombres.

VI

Estamos en el año histórico de 1789. No solamente Francia, sino todos los países de Europa, han adherido a la política francesa. Así, en Inglaterra (1824), se castigaba a los obreros que se asociaban con la pena mínima de la pérdida de las orejas y con la máxima de muerte. Con ligeras diferencias, en todos los países de Europa, más o menos, ocurrió lo mismo.

Sin embargo, los obreros, por instinto se asociaban bajo la forma de sociedades de socorros mutuos, de recreación, instrucción, etc. Hasta que el año 1864 el emperador Napoleón III, deseoso de congraciarse con la clase obrera, a cuya tolerancia debía en parte su elevación al trono, derogó los artículos 414, 415 y 416 del Código penal francés, que prohibían la coalición y la huelga.

Pero el derecho de asociación no existía. De manera que se presentó la situación curiosa de tener los obreros la facultad de declararse en huelga, y no tener el derecho al antecedente previo de toda huelga: el derecho de asociación.

Esta antinomia fué resuelta por la ley sobre sindicatos profesionales de 21 de Marzo de 1884, debida a la iniciativa y perseverancia del estadista René Waldeck-Rousseau. Desde esa fecha los obreros han podido asociarse libremente en todo el mundo para mejorar su situación material y moral. Caso todavía más curioso, sólo por la ley de 1.º de Julio de 1901 se ha reconocido a todo ciu-

dadano francés, sin distinción de clases, el derecho de asociación pleno, sin autorización ni declaración previas.

Nuestra Constitución política promulgada el 25 de Mayo de 1833, estampó en su artículo 10-6, entre los derechos de interés público, «el derecho de reunirse sin permiso y sin armas», que equivale al derecho de coalición de los franceses reconocido por ley de 25 de Mayo de 1864; y «el derecho de asociarse sin permiso previo», que corresponde al francés de 1.º de Julio de 1901, sobre las asociaciones de personas. Ultimamente se ha dictado entre nosotros la ley sobre organización de los sindicatos industriales (8 Sept. 1924), ley que debería llevar por título, como la francesa de 1884 que le sirve de norma, de agrupaciones profesionales.

Hoy, pues, la asociación humana es una institución social de la más grande importancia, llamada a dar la característica, a marcar la fisonomía de las sociedades venideras. Un país, una nación, no podrá mantenerse sino interponiendo entre el Estado y los particulares una serie de agrupaciones secundarias suficientemente próximas de los individuos, para compelerlos fuertemente hacia su esfera de acción y encauzarlos en el torrente general de la vida social. En las manifestaciones de la vida diaria los hombres obran y piensan como los otros miembros del grupo profesional.

Por esto es por lo que Enrique George no titubea en dar a la asociación humana el calificativo de *ley del progreso*. Y es que ella está llamada a completar el concepto de justicia social que encarna el movimiento de legislación obrera contemporáneo.

La familia, creadora de la moral familiar, base de nuestra estructura social, ha sido destruída por la ley económica de la grande industria o concentración industrial, la cual, mediante la utilización del vapor y la electricidad, ha podido establecer empresas industriales en los centros urbanos y atraer hacia sí, además del elemento obrero hombre, a las mujeres y a los niños, y está llamada a ser sustituída por la asociación profesional, producto lógico del medio industrial moderno, que lleva aparejado la cohesión de los trabajadores en grupos de clase.

Un grupo de hombres, siguiendo sus afinidades profesionales, no es solamente una autoridad moral que supervigila la vida de sus miembros, sino que es también una fuente de vida *sui generis*. De él se desprende un calor que calienta y reanima los corazones, que los abre a la simpatía, que hace fundir los egoísmos. La familia ha sido en el pasado la legisladora de un derecho y de una moral, al mismo tiempo que el medio en donde los hombres han aprendido, por vez primera, a experimentar las efusiones del sentimiento. De la misma manera, el papel de la asociación profesional debe consistir en crear la moral profesional, en establecer reglas jurídicas o en aplicar las existentes, y en ser fuente de donde desbordan los más profundos sentimientos de regeneración social.

Ninguna modificación importante podrá introducirse en el orden jurídico si no se comienza por crear el órgano necesario a la institución del derecho nuevo. Porque no basta que haya leyes, reglas de conducta que cristalicen un modo nuevo de convivencia humana para cambiar la fisonomía de una época. Es menes-

ter que estas leyes se hayan incorporado en el alma colectiva en espíritu y en verdad. Y esta transfusión de sangre nueva moral en el cuerpo colectivo no puede conseguirse sino por la asociación, por el equilibrio de las fuerzas del pasado y del presente: el pasado, cuyo cenit glorioso vemos el año 1914; el presente, que se debate en un período de desintegración y que busca, afanoso, su reintegración.

El industrialismo y la asociación son las características más sobresalientes de nuestros días. El industrialismo justifica plenamente la segunda parte de la ley de evolución de Spencer, según la cual las sociedades pasan del tipo militar al tipo industrial, y a la sustitución progresiva del primero por el segundo.

El tipo industrial de sociedad es el llamado a sobrevivir y desarrollarse, porque él implica más orden, más división de funciones, más diferenciación social, y, de consiguiente, más cultura, más paz y felicidad sociales; más coordinación, más armonía.

Peró para que esta evolución benéfica no sufra espasmos regresivos, es menester que la asociación humana regularice la corriente y enfoque resueltamente el porvenir.

El hombre, rey del mundo, ha puesto su dominio sobre el cosmos; es menester que lo ponga ahora sobre sí mismo por medio de la asociación. Y entonces tendremos la imagen exacta del progreso, tan ingeniosa y plásticamente expresada por Ives Guyot: El progreso está en razón directa del dominio del hombre sobre el cosmos; y en razón inversa del dominio del hombre sobre el hombre.

ROBINSON HERMANSEN

Henri Hoppenot

Paul Claudel, Marcel Proust y Paul Valéry

(Conferencia pronunciada en la Universidad de Chile, el 17 de Junio de 1924).



A conferencia que tengo el honor de pronunciar esta tarde ante vosotros surgió de una conversación cordialísima que, hace algunas semanas, tuve con el muy distinguido rector de esta Universidad, don Gregorio Amunátegui. Hablamos del extenso público que, en general, hallan en Chile los autores franceses, y, como le expresara yo mi pesar porque una gran parte de nuestros escritores de hoy fuesen, a pesar de todo, casi ignorados aquí y, particularmente, porque los maestros de nuestras nuevas escuelas no han alcanzado sino hasta un grupo privilegiado, infinitamente reducido si se lo compara con el número de lectores con que cuentan ya en Francia, en Inglaterra y en los países de la Europa central, don Gregorio Amunátegui me insinuó: «¿Por qué no les consagra usted una conferencia para nuestros estudiantes?» Mi amable interlocutor no comprendió, sin duda, el peligro de esta pregunta, sino cuando inmediatamente me oyó responderle por una aceptación de principio. Si esta tarde tengo el placer de ocupar vuestra atención en tres de los más grandes o, más exactamente, en los tres más grandes escritores franceses contemporáneos, y si sufrís vosotros la indulgente molestia de escucharme, la culpa es, pues, de aquella pregunta comprometedora de vuestro rector y, en segundo lugar, de la apresurada indiscreción con que yo mismo respondí a ella.

Desde luego, os rogaría yo con encarecimiento que olvidarais, como yo mismo lo hago, las funciones oficiales que tengo el honor de desempeñar aquí y de no ver en mí sino a un joven escritor francés que os expone con toda sinceridad y con toda libertad sus ideas y las de su generación, y que se esfuerza en haceros conocer, y sobre todo en sugeriros el deseo de conocer, a los Maestros que más estimamos. Las perifrasis de la diplomacia son una cosa; la libertad de la crítica es algo diverso, y si en mi camino maltrato algunos ídolos de

cartón, con esta advertencia busco limitar hasta su minimum el escándalo que esto pudiera producir.

Algunos minutos de explicaciones preliminares parecenme necesarios antes de tratar el objeto mismo de esta conferencia; los consagraré a exponeros brevemente una de las condiciones más particulares de la vida literaria francesa desde hace tres cuartos de siglo: es su división en dos grandes corrientes distintas, divergentes aún, de las cuales una corre como un Pactolo, entre plantíos rozagantes, bajo la eternecida mirada de los editores, para ir finalmente a sepultarse en la noche infinita de las bóvedas académicas, y la otra es el débil hilillo de agua que brota de la roca sagrada, parece perderse en los desiertos, pero un día surge como una oleada en el corazón de los oasis eternos.

Para ser claro, os haré un cuadro, por fuerza demasiado esquemático, y por lo mismo algo inexacto, de estos hechos. Pero, en la multitud de detalles contradictorios que se podrían acumular hasta lo infinito, se conservan las líneas generales, y son éstas lo único que importa observar.

Así es como, si lo queréis arbitrariamente, fijaré en el año 1857 el punto de partida de estas dos corrientes divergentes, el comienzo de este divorcio en la literatura francesa, que, casi imperceptible en sus principios, ha ido acrecentándose hasta los primeros años del siglo XX, y cuya existencia nos explica cómo un número relativamente considerable de grandes escritores franceses ha quedado durante todo este período, ignorado o desconocido de la inmensa mayoría del público francés y extranjero.

En 1857, en efecto, la gran lucha entre clásicos y románticos puede considerarse como terminada provisionalmente por la brillante victoria de estos últimos; victoria fácil, pues los héroes del romanticismo no combatieron sino contra los viejos y los muertos, y todas las fuerzas revolucionarias, todas las aspiraciones democráticas de la época, habían conspirado a favor suyo. La misma Academia Francesa había debido terminar por abrirles sus puertas. Ninguna consagración oficial faltaba a la escuela triunfante y esta unidad de la literatura francesa, este asentimiento casi unánime del público, tales como existían casi sin interrupción desde sus comienzos, parecían de nuevo definitivamente adquiridos.

Ahora bien, en 1857, aparecieron dos libros, de valor literario desigual, pero de la misma importancia histórica. Uno de ellos, *«Les Fleurs du mal»* de Charles Baudelaire, la más grande recopilación de poemas del siglo XIX; el otro era *«Madame Bovary»*, de Gustave Flaubert. Del libro de Baudelaire ha nacido toda la poesía moderna posterior al romanticismo; es decir, todo lo que en el inmenso conjunto de la producción poética de los últimos setenta y cinco años, merece el nombre de poesía. Sin el libro de Flaubert, toda la novela realista y naturalista de la misma época no habría sido lo que fué; las novedades de estilo del autor debían ejercer pronto una influencia segura en el lenguaje y en el vocabulario de las escuelas parnasiana y simbolista. Ahora bien, sabéis que estos dos libros, denunciados por una torpe crítica, fueron perseguidos ante los tribunales. Flaubert fué absuelto; pero Baudelaire, condenado.

Parece que el célebre juicio que pretendió aniquilar *«Les Fleurs du mal»*

marcó en cierto sentido el punto de partida de ese divorcio ruidoso que echó fuera de la literatura oficial, consagrada, recompensada, a la literatura creadora, original, de la época. La Academia Francesa, cuya creación remonta, como lo sabéis, hasta el Cardenal Richelieu, no debía desempeñar sino a partir del siglo XIX ese papel soberano de juez o de árbitro de las letras francesas que ha asumido, no me atrevo a decir usurpado, en Francia al principio, y, sobre todo hoy, ante el juicio extranjero. Durante mucho tiempo toda una parte de la opinión pública, tanto entre nosotros como afuera, ha aceptado sus juicios sin apelación, y se ha remitido a ella para la selección de sus lecturas. Llegar a ser uno de los cuarenta inmortales equivalía a aparecer como uno de los cuarenta mejores escritores franceses; digamos uno de los treinta, para dejar aparte la decena de personalidades de la política, del episcopado o del mundo de las ciencias, que la Academia a tenido siempre por costumbre llamar a su seno, por razones muy visiblemente extrañas a la literatura. Un escritor de esta época que aspirara a «llegar», si no se sentía con fuerzas para derribar por sí mismo las columnas del templo, debía, pues, buscar en primer término hacerse premiar por la Academia Francesa, ya que los premios literarios, que han llegado a ser hoy tan numerosos como los días del año, sólo eran discernidos, en número escaso, por esta honorable institución; en segundo lugar, debía ver manera de «ser uno» algún día, es decir, dobligar su estilo y su cerviz, desde su juventud, a las exigencias de esta falsa Minerva, y si había manifestado en sus comienzos la sombra de un talento original, consagrar el resto de su vida a una honrosa enmienda.

Es que, en efecto, este papel de árbitro soberano que la Academia Francesa habría podido ejercer, como en varias ocasiones en lo pasado, para el más fecundo desarrollo de las letras francesas, lo ha puesto en la segunda mitad del siglo XIX, voluntariamente, deliberadamente, al servicio de la rutina y de la medianía. Antes de esta fecha de 1857, en que quiero señalar el comienzo de una era nueva; y hoy, en pleno florecimiento de nuestra literatura, vemos que la Academia Francesa, después de un período de resistencia, muy comprensible por lo demás, había terminado por conceder al romanticismo la consagración que le era debida. Hugo, Lamartine, Vigny, Musset formaban parte de los famosos cuarenta. Puede decirse que en esa fecha la Academia Francesa había reconocido y honrado casi a todos los maestros de nuestra literatura que entonces vivían. Digo casi porque, en fin, ella no había reparado en Nerval, había ignorado a Stendhal, abandonado a Michelet y concedido sólo dos votos a Balzac cuando, en 1849, le hizo el honor de solicitar su incorporación. Pero después de 1857, son incontables los grandes nombres de nuestra literatura que faltan a su gloria, sea que ella haya rehusado formalmente elegirlos, sea que estos escritores hayan comprendido por sí mismos la inutilidad y aun lo risible de una tentativa de su parte. Y enumerar los nombres de estos artistas, es, con algunas excepciones tal vez, enumerar justamente esta segunda corriente de nuestra literatura de que os hablaba al comenzar, de la cual tenía al público cuidadosamente aparte, lista en que por la primera vez en nuestra historia, vemos figurar

a los que se ha llamado los escritores malditos, a los autores considerados difíciles a quienes se reservaba el derecho de gritar en un desierto, donde las piedras no se cambiaban en pan.

Ciertamente, entre estos excluidos de hecho o de derecho, encontramos algunos que han sabido hacer su camino sin la Academia y que se han vengado de su desprecio desdeñando su consagración; así Flaubert; así Alfonso Daudet; así Emilio Zola; así los dos hermanos Goncourt, quienes debían fundar por testamento la Academia que lleva su nombre y que ha prestado a las letras francesas tantos servicios efectivos en veinte años de existencia, como su hermana mayor en poco menos de un siglo. Pero, al lado de esos grandes nombres de la novela francesa, a los cuales la Academia ha preferido obstinadamente los Cherbuliez, los Eduardo Rod, los Octavio Feuillet, los Jules Claretie, es decir, las aproximaciones más inmediatas de la nada, ¡cuántos artistas hoy gloriosos, creadores de un arte nuevo, maestros de las escuelas vivientes, ha dejado en una obscuridad y un silencio que no permitía al gran público francés y extranjero ni aun la sospecha de su existencia!: Baudelaire, desde luego, cuya candidatura fué considerada cierta vez como una mistificación, y Villiers de l'Isle Adam, y Barbey d'Aurevilly, y Pablo Verlaine, y Mallarmé, y Jean Moréas, y Henri Becque, y Fustel de Coulanges. No cito sino algunos de los muertos, y podría prolongar extensamente la lista con nombres de vivos. Siempre se dirige su elección a los talentos más apagados, más artificiales. A Verlaine, prefiere Coppée; a Mallarmé, Jean Aicard; a Becque, Paulo Hervieu; a Courteline, Francois de Curel; cuando se trata de dar su lugar a una escuela tan importante como la simbolista, llama a su más mediano representante, Henri de Régnier. No premia sino el éxito, sin preocuparse por la calidad, sin darse el lujo de descubrir un talento ignorado. Y como, a pesar de todo, durante años, en Francia y en el extranjero, ella siguió siendo la inspiradora de la crítica y de los lectores, ha ocurrido que grandes escritores tan cercanos a nosotros, tan accesibles como un Barbey d'Aurevilly, un Charles-Louis Philippe, un Francis Jammes, quedan ignorados de una multitud de espíritus perfectamente capaces de apreciarlos, pero que, faltos de guía, creen firmemente, con la autoridad de la Academia Francesa y de las instituciones que la realzan, que Edmond Rostand es un poeta, Henri Bordeaux un novelista y M. René Doumic un crítico literario.

Después de la guerra, felizmente, las cosas han cambiado algo, y, bajo la influencia de factores que sería muy extenso enumerar, esta conspiración del silencio se ha roto por veinte partes a la vez; hombres de un genio tan eminente como los tres autores a quienes he querido consagrar esta conferencia, atraen de día en día un público cada vez más numeroso, y los críticos académicos o academizantes que aun pretenden ridiculizarlos, como ese pobre M. André Beauquier, no predicán ya sino para el diezmado auditorio de algunos salones adormecidos. Todo lo que vale algo, todo lo que vive en el mundo de las letras, les ha prestado acogida, y los mismos que los discuten, reconocen de esta manera su importancia. Por otra parte, los jóvenes que verdaderamente tienen algo auténtico que decir, una sincera experiencia que revelar, no corren ahora el peligro

de quedar, como sus antecesores, en la sombra y en la indigencia. Una magnífica floración de talentos nuevos ha aparecido en Francia desde hace diez años, y si entre éstos han podido deslizarse algunas reputaciones ficticias, os aseguro que es cien veces preferible que un renombre usurpado, que por sí mismo se destruirá, se beneficie con una publicidad que al mismo tiempo sirve a los escritores de valor, y no ver a éstos vegetar toda la vida a la espera de una gloria que no debe ser sólo «el sol de los muertos».

Me han parecido necesarias estas pocas palabras de explicación al comienzo de una conferencia consagrada a tres autores incorporados a esa línea de escritores que vivieron durante tres cuartos de siglo alejados de la literatura académica y oficial, los únicos que hayan aportado a nuestra literatura elementos de renovación. Os extrañaréis menos de no haberlos oído nombrar jamás en Chile o sólo muy escasamente, al saber que en Francia misma, hace diez años, su nombre sólo era conocido en un grupo selecto.

I.—PAUL CLAUDEL

Paul Claudel nació en Villeneuve, en el Oise, el seis de Agosto de 1868. Desde joven, se preparó para la carrera diplomática y consular, a la cual ingresó muy temprano y en la que ocupó sucesivamente los cargos de Cónsul en Boston, en Han-Keou, Foutchou, Schanghai; su estada en la China duró más de diez años y ejerció marcada influencia en su arte, o más exactamente, dotó a su genio de rica materia original. Fué nombrado después Cónsul General en Praga, en Frankfort, en Hamburgo, donde le sorprendió la guerra; después, Agregado Comercial en Roma, Ministro de Francia en Río de Janeiro, donde tuvo el honor de servir a sus órdenes, Ministro en Dinamarca y por fin, Embajador en Tokio, donde se halla actualmente. En suma, una carrera extremadamente brillante y enteramente justificada por cualidades profesionales de primer orden. Pues este gran dramaturgo y gran lírico es igualmente un gran hombre de negocios, cuya poderosa imaginación sabe animar las cifras y las estadísticas y moverse en medio de los problemas modernos más complejos sin perder jamás el contacto con la realidad.

Esta exactitud en todos los negocios de su oficio o de la vida profesional es una de las primeras características de este hombre extraordinario; su profunda fe religiosa, o, más exactamente, el carácter de su conversión y la psicología de su Credo, constituyen otra. Él mismo ha relatado su conversión en una página admirable que lamento no haber podido encontrar aquí. Dice allí, en sustancia, que hasta la edad de dieciocho años había vivido en la más completa incredulidad, en la ignorancia total del catolicismo y sin concebir que el universo pudiera ser otra cosa que una mecánica bien montada, pero regida en todos sus grados por el determinismo más absoluto. En esta época *Les Illuminations* de Arthur Rimbaud, que una pequeña revista *La Vogue*, acababa de publicar, cayeron en sus manos, y la lectura de estos poemas casi sobrenaturales obró ya en él una profunda revolución: le reveló que había entre las cosas otras relaciones que las

puramente matemáticas y que era posible la existencia de un doble espiritual de este universo. La influencia de Arthur Rimbaud, de la cual ninguno de entre nosotros se atrevería a hablar sino con un sagrado respeto, fué decisiva sobre Paul Claudel: «Otros escritores me han instruído, ha escrito él, pero Rimbaud es el único que me ha construído: ha sido para mí la revelación en un momento de profundas tinieblas, el iluminador de todos los caminos del Arte, de la Religión y de la Vida; de tal suerte, que me es imposible imaginar lo que yo hubiera sido sin mi encuentro con este espíritu angélico, ciertamente esclarecido por la luz de lo alto. Principios, pensamientos, la forma misma, todo se lo debo, y siento que me ligan a él los lazos que pueden unirnos a un ascendiente espiritual».

Pero Rimbaud, que era un ser fundamentalmente arreligioso y ateo, se hallaba separado por abismos de un catolicismo que Claudel aun no sospechaba. Pasaron uno o dos años, y un día de Pascua, pasando frente a Notre Dame, entró allí por ocio y para buscar ese género de emoción estética, me ha dicho, que un joven poeta simbolista podía esperar. La misa desplegaba sus esplendores litúrgicos y, repentinamente, sumergido como en un torrente de luz, Claudel sintió que ahí estaba la verdad, que ahí estaba ese sentido y ese secreto del mundo de que Rimbaud le había dejado la inquietud, y de golpe, totalmente, para siempre, se convirtió. Los creyentes verán en esto la irrupción irresistible de la Gracia, el llamamiento imperioso que, desde San Pablo hasta Lacordaire, parece dirigirse con una impetuosidad más poderosa a los grandes activos. Los incrédulos no pueden sino respetar toda la sinceridad y el valor moral de una adhesión tan apasionada. Y lo que hay de singular es que esta religión que acababa de conquistarle tan absolutamente, era casi totalmente ignorada de Claudel. No sabía de ella sino la antipatía que sintió siempre hacia sus ministros y sus prácticas, y que subsistía enteramente en él, y hay también de extraño que la protesta de su razón ante los dogmas seguía siendo igualmente fuerte. Fué preciso más de un año para que esta posesión de conjunto llegara a ser en cierta manera una posesión en detalles de su alma, y para que esta conquista fuera seguida de la sumisión. Desde entonces, en todas las latitudes y en todos los países, Cónsul, Ministro, Embajador, poeta, dramaturgo, Paul Claudel ha sido siempre el hombre que lleva siempre un rosario en su bolsillo y que todas las mañanas sale tranquilamente de su casa para oír la misa del alba.

He insistido acerca de estos detalles porque precisan todo un aspecto de la fisonomía del hombre y por la parte esencial que sus creencias han tenido en su obra. Está ésta impregnada de catolicismo, o más precisamente, de espíritu católico; es decir, ella crece y se desarrolla en un universo en que las jerarquías son jerarquías católicas. Es por esto, desde luego, por lo que es comparable a la obra del Dante; así mismo porque estas jerarquías se conservan como jerarquías humanas. El creyente se arrodilla; pero se arrodilla sobre la tierra; en una iglesia humilde, arraigada al suelo y a los siglos. En el pórtico de esta iglesia, un artista francés ha esculpido las escenas de la vida cotidiana y los trabajos de las estaciones y los días. El gran peligro para un artista católico está en remontarse a las cimas inaccesibles de la mística, o bien, en caer en el tedio de las

obras edificantes. El genio de Claudel ha evitado constantemente este doble escollo. En sus dramas, no hace selección entre lo real; no poda la vida; aun establece jerarquías, pero no suprime nada. En sus poemas ora a menudo y con acentos magníficos: no predica jamás. Cuando se conoce la fuerza de su fe y se sabe, de otra parte, el estrago que una religión acaso mal comprendida puede causar en el espíritu de ciertos escritores, nos sentimos tentados por aplicar también a Claudel la frase de Barbey d'Aurevilly sobre Baudelaire, y por admirar este prodigio de que «el artista no haya sido vencido».

Me falta el tiempo para hablaros del artista mismo y de su obra, no sólo en forma digna, sino convenientemente. Es inmenso el lugar que le concedo en nuestra literatura, y no trepido en declarar que Francia considerará algún día a Claudel como la Grecia antigua consideraba a Esquilo, la Italia al Dante e Inglaterra a Shakespeare. Estoy convencido, además, de que quedará en nuestra literatura como un accidente tan grandioso y tan aislado como los tres nombres que cité; los dos últimos lo son particularmente en sus respectivas literaturas, sin escuelas, propiamente dichas, sin continuadores; pero fuertes de belleza eterna y humana.

Pueden distinguirse dos partes en su obra: una parte trágica y una parte lírica, a las cuales es preciso agregar una magnífica recopilación de prosas sobre la China, «Conocimientos del Este», que sería tal vez para un profano la más natural introducción a su obra.

En su obra trágica, puédense hacer dos divisiones todavía: las tragedias del comienzo: *Tête d'or*, *la Ville le Repos du Septième jour*, *l'Échange* y la *Jeune Fille Violaine*; debe agregarse a éstas el *Partage de Midi*, acaso la obra maestra de Claudel, pero de la cual se hizo sólo una tirada de cien ejemplares, y que no será reimpresa en vida suya. Son, excepción hecha de *l'Échange*, tragedias difícilmente representables en que los diálogos familiares y líricos se mezclan y se entrecruzan. Los héroes hablan tanto el lenguaje de todos los días, como el poeta les presta su inspiración. Pero cada uno de ellos continúa siendo un ser humano, a la vez simbólico y real; en medio de ellos muévense figuras de mujeres, de niñas, de una verdad, de una gracia y de una feminidad maravillosas.

La segunda serie de sus dramas comprende *l'Annonce faite a Marie*, drama de la Edad Media cristiana, segunda versión de *la Jeune Fille Violaine*, *Protée*, que es una especie de farsa satírica, y una trilogía, *l'Otage*, *le Pain dur* y *le Père Humilié*, cuyos actos se desarrollan bajo la Revolución, el Imperio, la Francia de Luis Felipe y los días de la Roma papal. En estos cuatro últimos dramas, Claudel ha concedido demasiado a las exigencias de la realización escénica y la mayor parte de ellos han sido representados en Alemania y en París antes de la guerra, en Praga, en Polonia y en Francia después de 1916.

En la obra lírica de Claudel, yo haría igualmente una división en dos partes: una comprende principalmente las cinco grandes Odas y el largo poema titulado *Cette heure qui est entre le printemps et l'été*. En estos poemas, Claudel hace uso de estrofas sin rimas, de extensión desigual, cuyo ritmo se adapta a las necesidades de la respiración humana o a los impulsos de la inspiración. Son para mí

los más grandes trozos líricos de nuestra lengua, nuestras únicas odas comparables a los poemas bíblicos o pindáricos. Se desarrollan a través de incesantes creaciones de imágenes nuevas, en un esplendor poético de una riqueza inaudita y a su brillo verbal, va unido siempre, como en forma inmanente, un pensamiento seguro de sí mismo; lo cual las diferencia, con ventaja para ellas, de los grandes poemas paganos o apocalípticos de Hugo, cuya belleza reside en la forma y cuya pobreza intelectual es verdaderamente lamentable. Había querido leerlos un fragmento de uno de estos primeros poemas líricos de Claudel; después he debido renunciar, en parte por no haber podido procurarme el volumen que deseaba, y, principalmente, porque un trozo tan reducido no podía haceros presentir su belleza. Preciso es que me creáis sobre mi palabra, o, lo que sería cien veces preferible, que vosotros mismos los busquéis y los leáis.

Sin renunciar enteramente a esta primera forma, Claudel debía, sin embargo, modificarla después casi esencialmente, concediendo una parte a la rima. Se hizo así el creador de un verso nuevo, más flexible y más fácilmente manejable que el alejandrino y que, si la inspiración se niega a satisfacer cada doce pies la rigurosa esclavitud de la rima, acepta, sin embargo, todo elemento de cadencia en el ritmo y frecuentemente toda la sorpresa de expresión que éste le aporta. El porvenir dirá la suerte que los escritores reservan a esta estrofa claudeliana: entre los contemporáneos, no conozco sino dos que hayan tentado usarla, y es menester decir que este método poético aun está para nosotros demasiado impregnado del estilo mismo de Claudel y demasiado incorporado a la expresión propia de su pensamiento, para que semejantes ensayos no tengan obligadamente cierta apariencia de plagio. Voy a dar lectura a un poema de Claudel escrito enteramente en esta larga estrofa rimada o asonantada y que encuentro en su libro titulado *Poèmes de guerre*. En Francia, como en los demás países, por otra parte, la literatura de la guerra ha sido de una excepcional pobreza, y esta vulgaridad es mucho más señalada en la poesía que en la prosa. No conozco otros poemas de guerra verdaderamente hermosos que los de Guillaume Apollinaire y Paul Claudel, y éste que voy a leerlos, ciertamente muy mal, recorrido de un extremo al otro por un soplo magnífico, os dará por lo menos una visión del lirismo de Claudel y de su técnica poética (1).

II.—MARCEL PROUST

He preferido estudiar los tres autores objeto de esta conferencia en el orden de su revelación al público. Explica esto que después de Claudel, dramaturgo, lírico y católico, llegue a Marcel Proust, novelista e incrédulo, cuyo aporte original a la novela francesa puede compararse con la amplitud obrada por Claudel en la tradición poética.

Marcel Proust nació en París el 10 de Julio de 1871. Su padre, el doctor

(1) Este poema ha sido insertado en el volumen de Paul Claudel *Poèmes de guerre* bajo el título: *Aux morts des Armées de la République*.

Proust, era un cirujano de gran renombre. Su madre pertenecía a una familia de origen israelita, convertida. Indico este último hecho, no porque convenga concederle extrema importancia, sino porque Marcel Proust será ciertamente objeto de uno de los más curiosos capítulos de ese libro aún por hacer sobre las influencias israelitas en la literatura francesa, y sobre las huellas dejadas por la herencia judía en la obra de algunos escritores franceses, desde Montaigne hasta Maurice Barrés.

Su existencia fué tan sedentaria como ha sido errante la de Claudel. Con la excepción de una larga permanencia en Venecia y de algunas travesías por el Mediterráneo, Marcel Proust no abandonó a París, sino por las playas normandas. Tenía la nostalgia de los viajes, pero dudo que tuviera por ellos un deseo verdadero; una cosa es soñar con Constantinopla o con Benares, y otra es saber adaptarse a todas las condiciones materiales de los largos cambios. Aunque realmente hubiese deseado viajar, su salud se lo habría impedido inmediatamente. Marcel Proust fué toda su vida un enfermo, un asmático, un nervioso, que llegó a temer por igual los sonidos, la luz, los perfumes demasiado fuertes. Después de haber desempeñado en una sociedad mundana muy reducida y en algunos pequeños grupos de la alta aristocracia francesa, un papel brillante, se retiró poco a poco de una existencia que lo agotaba, y donde, habría repartido toda su miel. Vivió los últimos años de su vida en una pieza tapizada de corcho, noche y día alumbrada artificialmente, de donde no salía sino raras veces, de noche, para ir a despertar a algún amigo; entregado hasta la absorción completa de sí mismo a la creación de esta obra imperecedera. Él mismo, en algunas frases admirables, ha indicado el secreto de esta soledad y revelado los lazos misteriosos que le tenían ligada al mundo de los vivos: «Cuando era muy niño, ha escrito, la suerte de ninguno de los personajes de la historia santa me parecía tan miserable como la de Noé, a causa del diluvio que lo tuvo encerrado en el arca durante cuarenta días. Más tarde estuve enfermo a menudo, y durante largos días debí permanecer también en «el arca». Entonces comprendí que Noé nunca pudo ver tan bien el mundo como desde el arca, así estuviera cerrada y fuera de noche sobre la tierra».

La muerte hirió a Marcel Proust en esta arca de silencio y de trabajo, el 18 de Noviembre, de 1922. Algunas semanas antes, había escrito la palabra «fin» en la última página de esta *Recherche du temps perdu*, que es el monumento de su obra. Pero él la releía y hacía agregados sin cesar. Tenía otros proyectos en su imaginación, otras cosas que decir, y si nos colocamos en el punto de vista de la obra interrumpida, de la revelación que ya no será perfecta, debemos decir que su muerte causó a las letras francesas el duelo más irreparable que hayan sufrido desde la muerte de Baudelaire.

Se había iniciado muy joven, a los 24 años, por una recopilación de Novelas y de Ensayos, *Les plaisirs et les jours*, algunas de cuyas páginas ya dejaban entrever al escritor de genio que más tarde sería, y de la cual no se vendieron, ciertamente, ni cincuenta ejemplares. Después fué el silencio completo durante cerca de veinte años, hasta 1913, en que publicó por cuenta suya, en

casa del editor Bernard Grasset, el primer volumen de la *«Recherche du temps perdu»*, *«Du côté de chez Swann»*. El mismo silencio casi universal, la misma apatía del público y de la crítica acogieron esta primera manifestación de uno de los más grandes escritores de que debía enorgullecerse nuestra literatura. Muy pocos fuimos aquéllos a quienes esta lectura entusiasmó y que hicimos lo que estuvo de nuestra mano para propagar este entusiasmo. Pero entonces no teníamos a nuestra disposición ninguno de los numerosos medios de propaganda de que, muy felizmente, puede hacer uso hoy la joven escuela. Un artículo que escribí para la Revista d'Italia, periódico romano que me había encargado la crítica de libros franceses, llegó a poder suyo la víspera de la declaración de guerra. Jamás apareció, naturalmente, y a menudo lo he lamentado, pues en la vida no tenemos muy a menudo la ocasión de hablar casi los primeros de alguna cosa nueva y auténtica.

En 1919, después de un primer rechazo del editor Grasset y de largas dudas, la *Nouvelle Revue Française*, que ha publicado, sea dicho de paso, a los mejores escritores de los últimos quince años, aceptó editar *«A l'ombre des jeunes filles en fleur»*, continuación de *«Du côté de chez Swann»*. En cinco años, el gusto literario en Francia había experimentado una notable evolución: tímidos en un comienzo, repetidos después y cada vez más decididos, los artículos elogiosos fueron apareciendo en la prensa. La Academia Goncourt, en fin, se honró para siempre discerniendo a Marcel Proust el homenaje de su premio anual y entregando su nombre y su obra a la atención del gran público francés y extranjero. Fué la gloria; no la diosa de alas postizas que saca a veces de la nada a un Rostand o a un Luis Hémon y les discierne sus coronas de cartón dorado; sino este renombre que lleva el culto de un artista al corazón de un grupo selecto cada día aumentado y que le ofrece el asentimiento de sus iguales.

Han aparecido, aparecen cada día en el mundo entero innumerables novelas; tanto, que esta forma literaria cada día más invasora, parece colocarse en nuestra época en el lugar que ocupaban antes el poema, la disertación o la tragedia. En qué se distinguen las novelas de Proust de esta inmensa producción contemporánea, con qué novedades nos han enriquecido: he aquí lo que yo quería exponeros muy sumariamente.

Podría decirse que hasta Proust la novela francesa se desenvolvía en superficie y que Proust le ha agregado una tercera dimensión, la profundidad. Muy bien sé lo que semejante declaración tiene de incompleto y de inexacto y todo lo que podría objetársele inmediatamente. Pero, en fin, no me parece menos efectivo que el novelista francés del siglo XIX, preocupado sobre todo por la claridad y la proporción, no llega a decirnos de sus personajes sino lo estrictamente necesario para hacerlos verosímiles y vivientes, y que estos personajes mismos no existen lo más a menudo en su obra sino en función de la obra misma, de su intriga, de su tesis o del caso psicológico que ella se propone estudiar. Estudia conflictos, caracteres, tipos morales, es decir, en un individuo, ella aísla lo que hay de más universal, en vez de ahondar en lo que hay de más irreductible. Y es esto lo que explica que en esta novela encontremos frecuentemente a los demás, a quienes

conocemos en su superficie, y nó a nosotros mismos, que nos conocemos por dentro.

Digo la novela francesa y nó la novela en general, porque existen por lo menos dos grandes escritores extranjeros que han introducido en su obra esta plenitud que Marcel Proust había de hacer desbordar en sus libros: una inglesa, George Eliott y un ruso, Dostoiewsky. El autor de *Moulin sur la Floss* y de *Middlemarch*; el autor de *Crimen y Castigo* y de *El Idiota*, tuvieron uno y otro sobre Marcel Proust una influencia considerable, y es sin duda a través de ellos como las posibilidades de enriquecimiento indefinido que una psicología menos abstracta, un análisis del hombre extendido a todo el hombre, podían aportar a la novela francesa, han aparecido en ella. El tercer gran maestro de Marcel Proust es Saint Simon. Sería interesantísimo señalar cómo era casi inevitable que fuera así y por qué la novela francesa, si continúa la vía abierta por Marcel Proust, se engazará a la tradición de los memorialistas que hacen el retrato de sus contemporáneos y los dibujan según todas sus fases, como la novela clásica se engarza a la tradición de los trágicos, que no cogen al hombre sino en un momento de su vida y en un solo aspecto de su carácter. Pero estas disertaciones serán el cometido de los profesores de la Sorbona que dentro de unos cincuenta años sucederán en esta cátedra de vuestra Universidad a M. Paul Hazard y hablarán a vuestros nietos de Marcel Proust menos brillantemente, sin duda, de lo que él nos habla de Chateaubriand. Por mi parte, yo debo hacer un camino más corto y más apresurado.

La gran novedad que ha traído Marcel Proust es, pues, la ampliación casi ilimitada del campo psicológico abierto al análisis del novelista. Bajo la incisión de esta visión clarísima, las pasiones más elementales, como el amor o los celos, son puestas al desnudo y disecadas, no como hasta él se hacía, en sus manifestaciones exteriores y conscientes, sino en los elementos mismos que las constituyen y cuyas reacciones, unas sobre otras, forman lo que habíamos tomado erradamente como algo elemental. Juntamente, los movimientos más fugaces del alma, las impresiones más pasajeras de los sentidos, son percibidas, anotadas, descritas, no en estado aislado, sino tal como se encadenan y entrecruzan en el continuo fluir de nuestra duración; y el novelista las ataca entre ellas y las relaciona con el individuo que es el teatro de su desarrollo, tanto por las vías misteriosas de lo inconsciente, tanto en la plena luz de la voluntad libre.

A los ojos de Marcel Proust, como a los de cualquier gran artista, todo lo que existe tiene su derecho respecto del observador; felizmente, no es un moralista que juzga y separa; su obra no es la de un partidario, sino más bien la de un clínico: tal es lo que le permite disecar ante vosotros con la misma desenvoltura y la misma lucidez, el *snobismo* de una duquesa y la abnegación terrible de una vieja sirvienta, las desviaciones más monstruosas del amor y los matices más impalpables y refinados del sentimiento.

A esta facultad casi extraordinaria de penetración y de análisis, a esta aguda inteligencia que le impulsa a penetrar esas regiones aun inexploradas del corazón humano, une Marcel Proust todas las cualidades del arte más necesarias

al novelista. Tiene el dón de la vida; los personajes accesorios que señala con algunos trazos son tan reales ante nosotros como aquéllos de los cuales no hay un solo rincón del alma que él no haya escudriñado. Nos restituye, por un mimetismo extraordinario, la conversación exacta de las personas más diversas. Tiene la seguridad de la línea, la sobriedad y la juteza de la imagen; tiene el gusto; sus novelas están sembradas de numerosas reflexiones críticas sobre tales o cuales obras de arte, cuya verdad e ingenio a menudo asombran. Por fin, tiene el estilo. La censura más seria que algunos hicieron a los primeros volúmenes de su obra, cuando ésta comenzaba a aparecer, fué el que estuvieran mal escritos: este reproche, me apresuro a decirlo, no salió de la pluma de ningún literato verdadero; pero la crítica ha tenido siempre sus pobres de espíritu; cierto público formulaba también la misma censura.

El estilo de Proust no es, indudablemente, el estilo de todo el mundo, ni el mosaico artificial por el cual un Bourget imagina asemejarse a Balzac, ni la pulcra y fácil prosa con que algunos de sus colegas de la Academia creen dar la impresión de facilidad y de pureza. De un extremo al otro de su obra, Marcel Proust ha usado una frase que le es propia, larga, muy larga, llena de incidentes, de sinuosidades, de vueltas sobre sí misma, y que parece serpentear a través de todas las curvas de la realidad. Estilo que se parece al de Saint Simon y que es un gran estilo, pues busca ante todo ser una expresión, seguir tan de cerca como sea posible la forma de la realidad y presentárnosla tangible y aprehensible. Es preciso no confundir estilo y composición; no os engañéis acerca de esto: Stendhal o de Balzac, por una parte, y Flaubert, por otra: son los dos primeros los que escriben mejor, porque en ellos el estilo forma un cuerpo inseparable de la obra, mientras que todas las decoraciones del lenguaje en Flaubert siguen siendo algo extraño, generalmente, a la obra misma. Desde este punto de vista, no hay novelas más mal escritas que las de Hugo, con todas las ampulosidades de la frase, y no hay ninguna mejor escrita que las de Lesage y de Stendhal, cuyo estilo, a la vez profundamente personal y anónimo, en ningún momento trata de desviar, en busca de ornamentos pintorescos o poéticos, una atención que su solo objeto exige toda entera. Debiendo expresar matices del sentimiento y describir estados de espíritu que nadie, en ninguna literatura, había analizado antes de él, Marcel Proust ha debido crear un estilo subordinado estrechamente a las necesidades de esta tarea. Lo que tenía que decir, no habría podido decirlo de otra manera, y él ha dicho todo lo que tenía que decir. Basta esto para que un estremecimiento de vida ininterrumpido circule desde el comienzo hasta el fin de estas largas frases, para que los personajes salgan de estas páginas con tanta vida como de las páginas de Balzac y para hacer de Proust tan grande escritor como gran psicólogo y gran novelista.

No puedo pensar en leerlos un extracto de esta obra. No hay autor alguno del cual sea más difícil aislar una página que lo es de Marcel Proust, a causa de ese fluir indivisible que atraviesa, desde el comienzo hasta el fin, sus novelas. Ha relatado en ellas su vida, toda su vida, desde sus primeras impresiones de la infancia, traídas a la claridad y analizadas con una lucidez admirable y casi

desesperante. Alrededor de este héroe principal, se agitan otros personajes estudiados en sí mismos, y no en sus relaciones con el autor, auscultados hasta el fondo con una minuciosidad y una porfía que no dejan en sombras a ninguno de los ángeles o de los demonios que han hecho su reino del alma humana. Marcel Proust, hasta su hora última, se inmoló a estas exigencias sin reposo de su Arte. El mismo día de su muerte, invadido ya por los primeros estertores de la agonía, aun observaba, por un supremo esfuerzo de la voluntad, y borroneando sobre trozos de papel algunas notas, las entregaba a aquéllos que le rodeaban, diciéndoles: «Esto podría servir para la muerte de Bergotte», uno de los personajes de sus primeros libros.

Es la muerte de un héroe, y tal como la escribió él de Bergotte: «Fué enterrado; pero toda la noche lúnebre, en las vitrinas alumbradas, sus libros, dispuestos de tres en tres, velaban como ángeles con las alas desplegadas y parecían, para aquél que ya no existía, el símbolo de la resurrección».

III.—PAUL VALÉRY

Con Paul Valéry, a quien es preciso no confundir con Valéry Larbaud, alcanzamos nuevamente una de las cimas más altas y más puras de la poesía francesa. Temo no llegar a daros, en los pocos instantes que me quedan, una idea digna de su obra; pero, a lo menos, querría que después de haber retenido su nombre, os quedara el deseo de conocerlo y de comprenderlo.

Paul Valéry nació en Cette en 1871. Muy joven, a los 22 años, publicó en algunas revistas simbolistas, principalmente en *la Conque*, que no alcanzó sino tres números, y en *le Centaure*, algunos raros poemas. En la «*Nouvelle Revue*» de Mme. Adam entregó, hacia la misma época, una «introducción al método de Leonardo de Vinci» y publicó «Una velada con M. Teste», que son, ambos, ensayos sobre la psicología del hombre de genio que ha llegado al conocimiento perfecto y al desasimiento absoluto de todas las cosas. Era en esta época el amigo y el discípulo predilecto de Stéphane Mallarmé, de quien fué ejecutor testamentario. Después dejó de escribir y calló en absoluto durante veinte años, dando todos sus ocios al estudio de la metafísica y de las matemáticas superiores. Las primeras líneas impresas que señalaron al público francés la existencia y la extraordinaria importancia de los trabajos de Einstein aparecieron en la «*Nouvelle Revue Française*», firmadas por Valéry. Era en 1919. En esta fecha, acababa de romper su silencio de veinte años, publicando en las mismas ediciones de la «*Nouvelle Revue Française*» un poema que hoy es imposible encontrar: «*La jeune Parque*». Vinieron en seguida un «*Album de vers anciens*», editado por *Les amis des livres*, y «*Charmes*» recopilación de poemas nuevos, por la *Nouvelle Revue Française*; después, un volumen que contiene dos diálogos en prosa, titulado «*Épaulinos ou l'architecte*». Todos estos volúmenes se encuentran ya agotados, pero se anuncia una próxima edición de sus poemas en que será reunida toda su obra en verso.

La censura que un espíritu superficial podría hacer desde luego a la poesía

de Valéry sería el ser obscura y difícil. Esta censura, que se hizo valer por largo tiempo contra las obras de Mallarmé, puede significar dos cosas. Puede equivaler, indudablemente, a que un autor sea incomprensible; pero puede querer decir también que somos demasiado ignorantes, o demasiado perezosos o demasiados habituados a otro lenguaje, para comprenderlo. Una ecuación de segundo grado parece obscura al que no sabe resolver sino una regla de tres, y un lector de los folletines del *Petit Journal* o de *Matin*, no comprenderá casi nada en una primera lectura de una tragedia de Racine. Así mismo, Valéry parecerá talvez obscuro si se comparan sus poemas con los de Francois Coppée o los de André Theuriel, pero esto sería en la misma relación en que los poemas de Vigny parecían incomprensibles a los lectores del abate Delile o del Caballero Parny. Y no hay un solo lector culto que, con un poco de atención, no descubra, mucho más fácilmente que en Mallarmé o los poetas Cubistas, sus incomparables bellezas.

Las novedades con que Valéry ha enriquecido nuestra literatura son, por lo demás, del orden de la poesía pura, y nó de la técnica. Valéry hace uso, en efecto, del verso clásico francés más tradicional y observa casi todas las reglas de la prosodia, tales como las fijó el siglo diecisiete. Respeta la cesura, la alternación de las rimas masculinas y femeninas y rima con tanta riqueza como su maestro Stéphane Mallarmé; pero en este vaso antiguo vacía un licor precioso, desconocido antes de él, del cual quisiera haceros presentir siquiera las rarezas y el encanto.

Tres cualidades principales enriquecen a mi manera de ver los poemas de Valéry: la música, el pensamiento, el empleo renovado de las imágenes y de los epítetos.

En una carta que me escribía en la primavera de 1912, me decía lo siguiente: «El verso debe ser una vacilación extrañamente prolongada entre el sonido y el sentido, un viviente equilibrio que lamento haber roto en mí». Llamo un momento vuestra atención acerca de esta magnífica definición del verso: «Una vacilación extrañamente prolongada entre el sonido y el sentido»... Si el sentido, la significación literal, lo dominan, caeremos en los versos prosaicos y llanos de tantos despreciables autores; si la sonoridad musical es el todo, llegaremos a esos poemas de la vejez de Hugo, esas grandes tempestades verbales de la «*Pitié suprême*», de «*l'Ane*», de «*Dieu*», tan espléndidos, por lo demás, como orquestación, pero tan lamentablemente vacíos y huecos. Que se establezca, por lo contrario, entre la música y el sentido ese viviente equilibrio de que habla Valéry, esa doble y perfecta sollicitación de la inteligencia y de la sensibilidad, y nos hallaremos entonces ante uno de esos supremos términos que señalan desde Racine hasta André Chenier, desde Alfred de Vigny hasta Gérard de Nerval, desde Baudelaire hasta Mallarmé, las cimas de la poesía francesa.

Ahora bien, Valéry nos hace escuchar esta música sabia que puede surgir de las palabras. He aquí algunos versos, por ejemplo, que pone en boca de Narciso, cuando el pastor, inclinado sobre el agua, se dirige a su imagen, que la noche que cae va a borrar:

«O semblable... Et pourtant plus parfait que moi-même,
 Ephemère immortel si clair devant mes yeux,
 Pales membres de perle, et ces cheveux soyeux,
 Faut-il qu'à peine aimés l'ombre les obscurcisse,
 Et que la nuit déjà nous divise, o Narcisse,
 Et glisse entre nous deux le fer qui coupe un fruit.

O bien evocando a Semiramis, que contempla desde sus jardines la construcción de Babilonia, y poniendo en sus labios estas bellas estrofas:

«C'est une vaste peau fauve que mon royaume.
 J'ai tué... le lion qui portait cette peau;
 Mais encor le fumet du féroce fantôme
 Flotte chargè de mort, et garde mon troupeau.

Repas de ma puissance, intelligible orgise,
 Quel parvis vapoureux de toits et de forêts
 Place aux pieds de la pure et divine vigie,
 Ce calme éloignement d'événements secrets.

Anxieuse d'azur, de gloire consumée,
 Poitrine, gouffre d'ombre aux narines de chair,
 Aspire cet encens d'âmes et de fumée
 Qui monte d'une ville analogue a la mer.

Soleil, soleil, regarde en toi rire mes ruches,
 L'intense et sans repos Babylone bruit,
 Toute rumeur de chars, clairs, chaînes de cruches
 Et plaintes de la pierre au mortel qui construit.

Qu'ils flattent mon désir de temples implacables,
 Les sons aigus de scie et les cris des ciseaux,
 Et ces gémissements de marbres et de cables
 Qui peuplent l'air vivant de structure et d'oiseaux.

Pero esta música perfecta no es el único prestigio de Valéry: sólo sirve de acompañamiento al cortejo luminoso de las ideas. Paul Valéry, yo puedo testificarlo, es hoy en Francia una de las más bellas y más lucidas inteligencias, uno de los más extraordinarios espíritus metafísicos que se puedan encontrar. Es, como lo fueron Mallarmé, Baudelaire, Goethe, uno de esos elegidos en número ínfimo, en quienes la inteligencia y el espíritu poético han ido juntos hasta el fin, y que son a la vez, en el profundo y pleno sentido de estas palabras, poetas y filósofos. Creo que jamás se han escrito en Francia poemas más penetrados de inteligencia que *Cimetière marin* por ejemplo, o *Serpent*, que encontraréis en el volú-

men *Charmes*. El amor, la voluptuosidad, las diversas pasiones que agitan el corazón de los hombres, parecen ausentes casi de la obra de Valéry; en todo caso, no se expresan jamás como en la obra de los románticos, en estado bruto; no las vemos sino transfiguradas de cierta manera en un alto dominio espiritual. Desde este punto de vista, podría decirse que su poesía es poesía platónica, que del mundo exterior y de nosotros mismos, nos entrega la transposición, el doble con nueva existencia en el mundo de las Ideas.

Tiene igualmente el sentido de la elipsis, el de recoger brusca y repentinamente, en pocas palabras, una escena o una visión inmensa. Quiere descubrir, por ejemplo, un árbol agitado hacia todos los lados por la tempestad y que parece una llama azotada por el viento, siempre renaciente y escribe estos cuatro versos magníficos, todos indispensables, todos necesarios, con esa necesidad que sólo el genio puede imprimir a sus obras:

«Flagelle toi... parais l'impatient martyr,
Qui soi-même s'écorche,
Et dispute a la flamme impuissante à partir
Ses retours vers la torche».

Lo que aquí hay de hermoso no es solamente la novedad de la imagen: es su extremada concisión en la Expresión, esta manera de presentar como de golpe una semejanza, una comparación, que otros poetas desarrollarían en numerosos versos. Es en esto en lo que Valéry está unido a la alta tradición clásica y a la magnífica sobriedad de Racine.

Unid a esto una riqueza y una vivacidad de imágenes casi sin par y el genio en la distribución y acercamiento de las palabras más usuales y casi las más usadas, que en su conjunto, hacen resplandecer un nuevo lenguaje.

Quiero daros lectura a uno de los más hermosos poemas de *Charmes*, titulado *Palme*, a lo largo del cual esas cualidades musicales, de pensamiento y de invención poética acumulan y se multiplican, sin turbar jamás la ordenación clásica ni la majestuosa serenidad del poema. Supone el poeta que en la tranquilidad de la vida doméstica, dirigiéndose a él, un Angel le revela como un ejemplo esta palma que en el desierto sostiene y madura lentamente sus frutos; durante días y días, se realiza la obra secreta de la creación bajo la palma inclinada como en el alma del poeta; la palma y el poeta podrían desesperarse no viendo terminada la madurez, hasta el día en que los frutos, como la obra, se desprenden súbitamente de la palma o del espíritu.

* * *

Al terminar esta conferencia, experimento a la vez el pesar de haber sido tan breve y el temor de haberme extendido demasiado. A los tres autores que he estudiado, habría debido agregar, para haber sido completo, el nombre de André Gide, el novelista de *Par la porte étroite* y de *Les Caves du Vatican*,

el gran lírico de *Nourritures terrestres*, y habría tenido así una idea sumaria de los cuatro maestros a los cuales, de una manera o de otra, voluntariamente o a pesar suyo, está ligado todo lo que hay de algún valor en la moderna escuela francesa. De esta escuela misma, de los escritores tan diversos y tan interesantes que comprende, de Valéry Larbaud a Paul Morand, de León-Paul Fargue a Giraudoux, de Jean Cocteau a Henri de Montherlant, de Guillaume Apollinaire a Saint John Perse, habría cosas apasionadas que decirnos.

Por este contacto con el arte francés viviente, estoy seguro de que muchos prejuicios que se han formado aquí como en otras partes, acerca de esta gente joven, se desharían; y que vosotros descubriríais una fase de nuestra literatura que atrae y seduce en forma diversa de lo que pueden ofreceros algunos viejos contemporáneos demasiado conocidos y que no deseo nombrar una vez más.

Que me sea permitido esperar, por lo menos, que en algo os haya inspirado el deseo de conocerlos y que esta puerta apenas entreabierta por mí, será abierta y franqueada por vosotros. Quiero agregar que durante todo el tiempo que tenga el placer de estar entre vosotros, quedaré a disposición de toda persona que desee algún dato o esclarecer algún punto en lo que toca al actual movimiento artístico de Francia. Daré respuesta a una carta en que se me pregunte qué libro debe leerse de Francis Jammes, o quién es Valéry Larbaud, o cuál es la importancia de Jules Romains, con tanta exactitud y no sin mayor placer, que a aquéllas otras en que se me interroga sobre las tarifas aduaneras de las lentejas o de los nitratos. Siempre he pensado que una Legación de Francia no debe ser sólo una oficina donde se refrendan pasaportes diplomáticos y donde se cambian palabras cumplidas entre gentes amables, sino una casa de donde todo lo que es la Francia viviente, la Francia de las Artes como la Francia de las Ideas, debe irradiar y difundirse. Así es como podremos trabajar con mayor utilidad para estrechar entre vuestra patria y la mía, entre estas dos naciones impregnadas de las grandes tradiciones latinas y democráticas, esta viva y ya vieja amistad, que no solamente ha de traernos flores retóricas para los discursos oficiales, sino afirmarse en la comprensión recíproca, en el comercio fecundo y desinteresado de su selección intelectual.

HENRI HOPPENOT.

(M. Henri Hoppenot tuvo la gentileza de enviar a nuestra Revista el interesantísimo estudio que antecede. Pocas cosas más gratas para nosotros que publicar en las páginas anteriores, la traducción de esta conferencia).

Hombres, Ideas y Libros

Eugenio Labarca

Literatura femenina chilena



NO de los aspectos más interesantes que ofrece la cultura chilena corresponde, sin duda alguna, al buen número de mujeres intelectuales destacadas en los últimos años.

Y si digo en los últimos años, no es porque el siglo XX haya dado tal fruto por vez primera, sino porque a partir de 1910, más o menos, la legión de *femmes savantes* se ha espesado en Chile considerablemente, si bien desde comienzos de la Colonia hubo en el país mujeres tan cultas y tan aptas para afrontar la vida pública como el más avezado de los hombres.

El ilustre investigador don José Toribio Medina, que se ha preocupado del asunto, afirma en libro publicado el año último, que alcanza a setecientas y tantas la suma de mujeres chilenas aficionadas a la literatura... Es verdad que la obra del señor Medina va más allá de las contemporáneas, y, excelente buceador como es, no ha perdonado marisabidilla, por insignificante que nos parezca.

En todo caso, la cultura de la mujer chilena ha sido sorpresa de extranjeros. De extranjeros venidos ayer y venidos hoy. A la vista tengo la respuesta que Guillermo Valencia, alto poeta colombiano y Delegado que fué de su tierra a la pasada Conferencia Pan-Americana, me diera ante cierta pregunta para una encuesta de revista; ¿Cuál ha sido su mayor impresión en Chile?—Y el autor de «Ritmos» estampó esta frase de su puño y letra en cartón que conservo: «¿Mi mayor impresión en Chile?—«La modestia de sus hombres ilustres y la ilustración de sus mujeres».

En efecto, el creador de la novela en Chile, es una mujer: doña Rosario Orrego de Uribe, novelista anterior al propio Blest Gana; la primera mujer médico-cirujano del mundo, ha sido una chilena: Ernestina Pérez, incluida por Lombroso entre los genios; la primera mujer que ha obtenido en América cátedra universitaria, es chilena también: Amanda Labarca Hubertson.

Así, con tales ejemplos, no es raro que en toda actividad y a través de todas nuestras épocas hayan descollado en Chile las mujeres.

Pero la mujer de letras, la literata propiamente tal, ha cobrado bríos solamente en los últimos diez años. Su auge ha coincidido con la fundación y funcionamiento de diversos centros culturales femeninos, tales como el ya famoso Club de Señoras, como el Consejo Nacional de Mujeres, el Círculo de Lectura, el Centro Femenino de Estudios, la Liga de Damas, etc. Todas estas instituciones han impulsado a la mujer, han prohiado sus iniciativas, no sólo intelectualmente consideradas, y sí en obras benéficas y aún en obras de carácter social. Y han crecido las instituciones en número de socias, en número de aulas y en número de actividades, conjuntamente con el desarrollo de la cultura femenina en el país.

Entre las mujeres chilenas de letras, Gabriela Mistral ocupa sin lugar a dudas el primer sitio. Y, acaso, entre todos los escritores de hispano-américa. Su nombre, nimbado en vida de gloria, ha iluminado un Continente, y, después del paseo triunfal a que la ha conducido el Gobierno de Méjico, ha llegado Gabriela hasta España con su andar de diosa, no tanto, por cierto, a que se la rinda culto, cuanto a devolver a la fuente misma del idioma una lengua enriquecida y renovada con voces criollas, con voces frescas.

El verdadero nombre de Gabriela Mistral es Lucila Godoy. Tomó su pseudónimo del cantor de Provenza y de Dante Gabriel Rossetti. Como Ada Negri, ha dedicado su vida a la enseñanza. Es Directora de Liceos y Profesora de Castellano y de Historia y Geografía. Fiel a su temperamento, ha compuesto poesía escolar, «una poesía escolar nueva—dice,—que no por ser escolar deje de ser poesía; que lo sea, y más delicada que cualquiera otra, más honda, más impregnada de cosas de corazón; estremecida de soplo de alma...»

Se dió a conocer Gabriela Mistral en 1914, en los Juegos Florales de Santiago. Obtuvo la flor natural con los llamados «Sonetos de la Muerte», que no son, por cierto, poesía escolar. Por el contrario: trágicos, abismáticos, tocados de filosofía, anuncian los infinitos desgarros espirituales de que más tarde nos ha hecho partícipes la poetisa egregia. Hasta entonces, Gabriela Mistral no había dado a saber su nombre, a pesar de que Rubén Darío en «Mundial» y «Elegancias» había publicado composiciones suyas, en verso y prosa, acompañadas de elogios fervientes. Gabriela nació en el norte de Chile, en Vicuña, «olorosa tierra,—como ella dice,—para prestigio de la cual desearía ser algo y merecer así la comunidad de origen que la une a selectas almas: Manuel Magallanes Moure, Víctor Domingo Silva, Carlos Mondaca, Vicuña Cifuentes, poetas nacidos también en Vicuña».

Puede decirse que Gabriela no sólo ha realizado su ansia fraternal, y sí que ha dejado, en nombradía, cuando menos, sobradamente atrás a sus hermanos. El único libro que ha permitido editar con parte apenas de su obra, «Desolación», ha constituido un sonoro triunfo editorial y el mayor éxito literario del país.

Amanda Labarca Hubertson es otra distinguida escritora chilena ligada al profesorado. Directora de Liceos, Maestra de Castellano, ha sido la primera mujer que ha obtenido en América, como he dicho, cátedra universitaria: la de psicología. Ha editado varias obras: «Impresiones de Juventud», en que analiza

la labor literaria de algunos novelistas españoles contemporáneos y en que ya se revela un crítico atinado; «En Tierras Extrañas», novela calurosamente celebrada por los Zoilos, no sólo por el valor literario que representa, sino por su valor educativo nacionalista; «La Lámpara Maravillosa», volumen en que ha reunido diversos relatos, historietas breves, hasta los cuales ha llevado asuntos insignificantes dignificados por la corriente artística que los anima. A pesar de todo ello y del valor literario que esto y mucho más de la obra de Amanda Labarca significa, el mayor relieve alcanzado por esta señora radica en su obra a favor del bien entendido feminismo en Chile. Conferencista, periodista, autora de numerosos folletos, miembro de todos los comités feministas del país, Presidenta por largo tiempo del Consejo Nacional de Mujeres, entraña el porta-estandarte de las ideas liberales femeninas, y su obra en conjunto ha abierto brecha en el campo ideológico chileno.

Absolutamente opuesta en ideas, pero de no menor interés que Amanda Labarca, es Juanita Quindos de Montalva, afamada literariamente bajo el pseudónimo de Ginés de Alcántara.

Ginés de Alcántara es española y se halla ligada a Chile por estar casada con chileno. Nació en la misma provincia en que nacieran Pereda y Menéndez y Delayo; en una ciudad distante un cuarto de hora de «la villa singular, famosa en los anales de la historia y de la fábula, reliquia venerable de la España vieja, lugar de poesía y de ensueño», que dice Ricardo León en «Casta de Hidalgos», en cuyas páginas postreras se alude a un castillo señorial, hoy casi en ruinas, cuna de los antepasados maternos de Ginés de Alcántara. Y si atendemos ahora a la línea paterna, sabremos que el abuelo de Juanita fué Quindos y Madrazo, perteneciente a la ilustre familia que dió a España una serie de artistas gloriosos entre pintores, músicos y literatos, cuyos nombres registran las antologías, haciendo en ellos especial hincapié.

Y Juanita Quindos arrastra el tesoro intelectual de su raza a grado tal, que puede estimarse cual un fenómeno de la época el caso de una mujer que, como Ginés de Alcántara, ha abarcado en un cuarto de siglo de vida, la cultura y el legado filosófico de todas las edades de la humanidad. Su llegada al país coincidió con el furor de desenvolvimiento que en diversos sentidos animó repentinamente y pocos años há a la mujer chilena y pasó a militar de modo descollante en las instituciones nacientes. En cuanto a instituciones extranjeras, pertenece Juanita a numerosos centros intelectuales europeos y el propio Camilo Flammarion solicitóle le concediera el honor de apadrinarla para hacerla miembro del Instituto Astronómico de París. Con otros hombres extraordinarios de la época se ha tratado también Ginés de Alcántara de igual a igual: Pérez Galdós la contaba entre sus cariñosas preocupaciones de abuelo; Romero de Torres la escribe habitualmente, manteniéndola al día acerca del movimiento artístico de Europa; Benavente se ha sentido «lisonjeado de verse así comprendido por una mujer inteligente», como le escribiera a ella misma a raíz de una conferencia en que Juanita estudiara a la mujer a través de la obra benaventiana, y como

se lo ratificara de viva voz más tarde en Santiago; Carmen Sylva, por su parte, deseaba prologarle un libro; Santiago Rusiñol, otro.

La obra de Ginés de Alcántara anda dispersa en diarios y revistas. La tribuna y el periodismo la seducen. Luego ha de darnos, seguramente, la serie de interesantísimos libros que in mente prepara y que la harán una reputación semejante, acaso, a la de la Pardo Bazán.

Otra mujer que ha tentado con buen éxito el periodismo en Chile es Elvira Santa Cruz Ossa. Firma Roxane. Como cronista se ha destacado indubablemente, no sólo por las condiciones de su pluma y sí por la constancia que revelara. Ha tentado todos los campos y ha fracasado como novelista y como autor teatral.

Hace un año más o menos, surgió una escritora provinciana: Marta Brunet, de Chillán. Publicó «Montaña Adentro», breve relato recibido por la crítica con las campanas a vuelo. Se la ponderó, tal vez, demasiado, llegando a decirse que se trataba de la primera novelista nacional. Quien sabe. Yo creo que no se ha revelado Marta Brunet todavía como novelista, y sí como cuentista apenas. En verdad, «Montaña Adentro» no pasa de ser un ensayo de narración naturalista que no sitúa más alto a su autora que los buenos y numerosos autores de cuentos de que se enorgullecen nuestras letras: Baldomero Lillo, Guillermo Labarca, Federico Gana, Angel Custudio Espejo, Maluenda, Santiván, etc. Marta Brunet pudiera pertenecer, en verdad, a esta familia, si bien en calidad de parienta pobre.

Graciela Sotomayor de Concha ha llevado su talento literario hasta las tablas. Es autora de un drama histórico en verso, «Simón Bolívar» o «Un Recuerdo de Amor», representado entre aclamaciones en nuestro Teatro Municipal. Fiel a la historia, bellamente desarrollado, de alcance hispano-americano, la señora Sotomayor se ha revelado digna hija del notable historiador y diplomático chileno don Ramón Sotomayor Valdés.

Marcelle Auclair, por su parte, ha procurado también ser comediógrafa; pero sólo ha quedado en el ensayo. Como poetiza sí que se ha lucido. Autora de un volumen de versos en francés, «Transparence», ha llegado a comparársela a la Condesa de Noailles. ¿Exagerado?... Quizá. En todo caso, no estarán a considerable distancia la una de la otra. Y, sin duda alguna, Marcelle es superior como novelista a Ana de Brancován. Ha editado «La Novela del Amor Doliente», que se lee de un impulso. Novela bella, honda, amarga. Realísima.

Otra poetisa joven y de renombre es María Monvel. Está casada con Armando Donoso, el crítico. Niña aún, publicó un volumen que despertó el entusiasmo de los censores: «Remanso de Ensueño». Casada ya, ha editado «Y fué así...», que a Juana de Ibarbouro ha merecido palabras como estas: «Los versos suyos no son alegres. Mas, es una amargura serena, grave, sin gritos ni retorcimientos. Amargura vivida y llorada, se ve, pero de la cual usted no hace tragedia aparatosa... Acaso la diafanidad, el hecho de manejar las palabras con absoluta precisión, que es la virtud suprema de este libro, sea el

pecado de María Monvel. Y este otro, acaso: la falta de literatura, de gesto y de modo; esto que es bello ya lo llevamos en la sangre....»

Y desde el momento en que hemos esbozado siluetas de *femmes de lettres* jóvenes, no podemos demorar más la presentación de Sarah Hübner de Fresno. Pertenece Sarah a familia intelectual: es hija de don Carlos Luis Hübner, escritor, diplomático y el charlador más extraordinario con que haya contado Chile; y hermana de Jorge Hübner Bezanilla, el poeta. Ella, por su parte, no ha hecho de las letras una profesión. Ha escrito cuanto y cuando le ha venido en ganas. Intermitente en su obra, publica prosa un día y verso otro. Preocúpala y apasionanla todos los asuntos, todos los temas, todos los problemas psicológicos, fisiológicos, individuales o de la raza, y, así, sorprende en verdad que esta mujer frágil cual una flor y bella cual un sueño, sea perita hasta en criminalología. Sus páginas más reales y más hondas están escritas.

Anterior a ellas, si bien vive felizmente hasta hoy, es doña Martina Barros Borgoño, sobrina de Barros Arana y esposa del ilustre médico psiquiatra y escritor distinguido don Augusto Orrego Luco. Doña Martina Barros ha sido la primera dama chilena de alto abolengo cuyos salones han franqueado los melenudos... Hace cuarenta años inició ella en el país el movimiento feminista y dió pruebas de adelantamiento a su época, traduciendo y divulgando obras y folletos de orientación liberal. Hasta hoy viaja, da conferencias y apasiona al público con sus trabajos literarios. Y su salón continúa siendo centro tan animado y tan concurrido como hace un tercio de siglo.

* * *

De todas estas damas y de algunas otras de méritos no menor, como Clary, Berta Lastarria Caveró, Esmeralda Zenteno de León, etc., se han preocupado en Chile don José Toribio Medina, como he dicho, y una escritora: Luisa Zanelli.

La señorita Zanelli es autora de un libro sobre «Mujeres Chilenas de Letras», hecho con discernimiento, con paciencia y con buen gusto. Y si bien es verdad que sus méritos serían con eso sólo ya bastantes, tiene otro que está aún por sobre todos: que puede servir como texto de consulta, como guía, respecto del camino que ha hecho en Chile la cultura de la mujer. La obra del señor Medina tiene más o menos el mismo alcance y es más completa que la de la señorita Zanelli; pero a esta autora hay que reconocer que dió primero el paso ella y que, como paso de mujer, por no muy seguro que sea, tiene cierta gracia indudable.

EUGENIO LABARCA.

E. M.

Egipto y Gran Bretaña



RÁGICO ha sido el destino del noble Egipto. Tierra hermosa y próspera donde floreció una de las más antiguas civilizaciones, tierra de monumentos milenarios, testimonios, al parecer eternos del poder del espíritu humano encarnado en la raza egipcia, ha sido desde la antigüedad pisoteada por pueblos invasores, conquistadores y explotadores.

A la riqueza maravillosa de su suelo y a su posición geográfica en el centro del mundo antiguo, en el cruce del Asia, del Africa y de Europa, habría que señalar como principales antecedentes de ese curso de la historia del Egipto.

Después de largos siglos de supremacía en el Africa y de brillo independiente y autónomo, el Egipto fué sometido sucesivamente en los tiempos antiguos por los asirios, los persas, griegos y romanos. Luego en la Edad Media fueron sus amos los bizantinos y los árabes, y ha vivido todos los siglos de la época moderna, sometido a la dominación turca.

En la primera mitad del siglo XIX bajo la administración progresista y llena de iniciativas del intrépido bajá Mehemet-Ali llegó a formar un reino virtualmente independiente de la Turquía.

La nueva grandeza del Egipto alcanzó su apogeo con la apertura del canal de Suez en 1869. Pero en esta obra de progreso hay que buscar otra de las causas de los posteriores quebrantos y perturbaciones del país del Nilo. Inglaterra había visto desde el primer momento con suspicacia y desconfianza que esa grande empresa se fuera a llevar a cabo por un francés; M. de Lesseps, y bajo la protección de la Francia. Temía las complicaciones que el canal, no siendo suyo, pudiera traerle para su imperio en la India y, hasta donde pudo, trató de impedir su construcción. A la inauguración oficial de la vía concurrieron la Emperatriz de los franceses, el Emperador Francisco José de Austria, el príncipe real Federico de Prusia, el príncipe y la princesa de los Países Bajos. Ciento treinta buques, llevando los pabellones de todos los países europeos, hicieron la travesía del canal. En estas solemnes festividades el gobierno inglés no se hizo representar.

Luego la mala administración y la dilapidaciones del Kedive Ismail-Bajá trajeron grandes dificultades financieras que pusieron al país al borde de la bancarrota. El bajá no encontró quien le prestara el dinero que necesitaba tanto para sus gastos como para pagar a sus numerosos acreedores. En 1873 ofreció en venta sus acciones del canal al gobierno francés; pero éste no las aceptó. En cambio el gobierno inglés las compró secretamente por cien millones en 1875. Desde este momento tuvo tanto derecho como la Francia para intervenir en el país y la intervención vino.

Los gobiernos francés e inglés obligaron a Ismail-Bajá a admitir dos *con-*

troladores de la administración pública, con lo que se estableció el condominio financiero de Francia e Inglaterra.

La intervención de los extranjeros, las economías introducidas en el presupuesto y, entre éstas, la disminución del número de oficiales del ejército y la rebaja de sus sueldos provocaron un violento movimiento nacionalista que revistió caracteres de gravedad desde 1879 y culminó en el estallido de 1882.

Fué un movimiento en que se mezclaron como resortes el amor a la libertad la protesta contra la opresión extranjera y el fanatismo religioso de los mulsumanes. Su reconocido conductor fué Arabi-Bajá, que desempeñaba el cargo de Ministro de la Guerra.

En Alejandría hubo matanzas de europeos y saqueos de sus casas. Arabi empezó a levantar fortificaciones alrededor de la plaza para rechazar todo ataque de las escuadras francesa e inglesa fondeadas en el puerto. El gobierno inglés invitó al gobierno francés a dirigir conjuntamente un ultimátum a los egipcios a fin de que suspendieran sus obras de defensa. El gobierno francés no se creyó con derecho para dar este paso y su escuadra se retiró de Alejandría. Los ingleses bombardearon solos el puerto, destruyeron todos sus fuertes, y luego, dando la vuelta por el canal de Suez, el general Wolseley entraba triunfante en El Cairo. El Egipto pasaba a ser una colonia del Imperio Británico.

¿Como no rendir un homenaje a la noble actitud de la Francia? Con estos gestos desinteresados de respeto al derecho de los pueblos, y sólo así, se conquista la gloria de poder ser llamada tierra del idealismo. «Tome quien quiera, ha dicho M. James Darmesteter, el monopolio de explotar el Egipto de hoy y de despojar a los fellahs; el Egipto, por sus cuarenta siglos de historia, pertenece a la Francia gracias al genio de Champollion y de Mariette y a la abnegación científica de Maspero».

* * *

El Egipto había perdido su independencia por no haber pagado sus deudas.

Este hecho prueba que el denominado derecho Internacional se hallaba entonces en ese estado de bárbaro atraso en que se encontraba el derecho civil hace dos mil cuatrocientos años al tiempo de la promulgación de las leyes de las Doce Tablas.

En esa época al deudor que no pagaba se le podía reducir a la esclavitud y aún descuartizar.

Hace más de dos mil años que esas disposiciones fueron abolidas. Hoy no se comprendería que a un individuo se le redujera a prisión por deudas; pero se acepta como lo más natural de la vida que a un pueblo por la misma razón se le esclavice.

¿Hay en estos diferentes procederess alguna razón de garantía o una justa sanción para quien no cumple sus compromisos?

¿Qué garantía existe respecto de la cancelación de las deudas individuales

ahora que no es posible reducir a prisión a los deudores morosos ni aún confiscarles los sueldos, como ocurre entre nosotros?

Una muy sencilla, la de no prestarle a quien no inspira confianza, a aquel de quien se teme que resulte insolvente. ¿Por qué no se podría aplicar el mismo procedimiento a los pueblos? Nos imaginamos que sería aún más fácil que en el caso de los individuos. Se sabe de una manera tan precisa cuando un pueblo se encuentra en mala situación financiera o no es serio en el cumplimiento de sus compromisos. Y cuanto se mejoraría la situación de muchos estados con que sólo se les cerraran las puertas del crédito exterior.

Pero de esta suerte los grandes financieros no podrían hacer negocio e hincar sus garras en los pueblos económicamente atrasados y los gobiernos de las potencias poderosas y ricas se solidarizaran con sus financieros.

* * *

Durante la gran guerra europea flamearon de parte de los aliados altísimos ideales de libertad, de humanidad y de democracia, como antítesis de los principios contrarios que informaran según se decía, los anhelos de los imperios centrales. Se encendió en verdad una llamarada de idealidad que arrastró a los pueblos a luchar contra las imposiciones de la fuerza y del militarismo.

El Presidente Wilson condenó esas nobles finalidades en sus catorce puntos, entre los cuales se destacaba el de la auto-determinación de los pueblos débiles y pequeños. Todos los pueblos serían independientes y soberanos dentro de la solidaridad de la sociedad de las naciones. Hermoso ideal.

El pueblo egipcio, obtuvo en 1922 una especie de autonomía; pero al parecer, ha estado muy lejos de significar en realidad la independencia a que tiene derecho. Los nacionalistas, cuyo jefe más caracterizado es el hábil Zaghlud Bajá, no han quedado satisfechos. La Inglaterra se ha reservado una amplia intervención en los asuntos del país.

Fruto del descontento y obra de los más exaltados fué sin duda el asesinato de Sir Lee Stack.

Con este motivo Gran Bretaña ha impuesto al Egipto sanciones y condiciones que muchos órganos de la prensa europea no han vacilado en calificar tan duras y brutales, tan inaceptables para un pueblo libre, como el ultimátum que Austria enviara a Servia en 1914 después del asesinato de los archiduques. Los conservadores ingleses, hoy en el poder, han rechazado perentoriamente hasta ahora la intervención de la Liga de las Naciones en el asunto. Según ellos sería esta una cuestión que le tocaría resolver sólo a Inglaterra. El Egipto es un pueblo sometido y ella tiene la fuerza.

¿En que han quedado los ideales de los aliados, los ideales de la libertad y la autodeterminación de los pueblos pequeños?

¿En que ha quedado la lucha contra el imperio de la fuerza y el militarismo?

Así, negado el derecho y la justicia, se siembra el escepticismo desmoralizador de cuya acción deletérea protestan después los poderosos. Y no se olviden de que el escepticismo, que en el organismo social puede traer el desorden y la anarquía, principia por ser siempre el primer disolvente, vengador de la justicia hollada y destructor de los regímenes de iniquidad.

E. M.

Dr. Carlos Keller R.

Historia de las doctrinas económicas en América y en especial en Chile

Por Guillermo Subercaseaux



L distinguido profesor de Economía Política de la Universidad de Chile, don Guillermo Subercaseaux, acaba de publicar un interesante trabajo sobre la historia de las doctrinas económicas en nuestro país. En 143 pequeñas páginas, es difícil dar cabida a todos los problemas relacionados con esta materia. El señor Subercaseaux se ha visto, en consecuencia, en la necesidad de condensar la materia en algunos capítulos que comprenden las cuestiones más importantes.

Empieza exponiendo la política mercantilista, que sólo trata sucintamente. Pasa a referirse con mayor abundancia de detalles al liberalismo y a su influencia enorme, especialmente en la primera mitad del siglo anterior. Sigue un estudio de la reacción que tuvo lugar desde que el Uruguay, por primera vez entre las naciones hispano-americanas, decretó, en 1875, la primera tarifa aduanera protectionista. Termina la obra con un capítulo especial sobre la relatividad de la ciencia económica.

Para formar una base que pueda servir para asentar una opinión crítica sobre esta obra, me parece útil comenzar con este último capítulo. La economía, como ciencia joven que es, no ha podido aún, así afirma el autor, «formular las leyes de un carácter general, capaces de determinar las evoluciones de la vida social y de servir, en consecuencia, de brújula para orientarnos recta y fijamente en el camino del obrar». Me parece esta definición bastante pesimista. Ciertamente es que las ciencias sociales, es decir aquéllas que tienen que ver con el mundo histórico, en que actúa el hombre con su libre albedrío, se ven frente a problemas infinitamente más complicados que los de las ciencias naturales. Mientras que en el mundo natural el hombre sólo tiene que ver con ciertos fenómenos que, si bien repercuten a veces en sus sentimientos, están completamente separados de ellos, en el mundo social tiene lugar una continua mezcla de los fenómenos que se trata de investigar y del ideal que el investigador quisiera ver realizado en ellos. La interpretación de los fenómenos depende, pues, de ciertas premisas que hay que buscar en el corazón del investigador. Así, el socialismo, por ejemplo, sólo es comprensible conociéndose la psicología de sus teóricos. (Véase, al respecto, el trabajo importantísimo de Werner Sombart sobre la psicología de los socialistas, publicado en los *Deutsche Monatshefte* fuer Chile, Núms. 4 a 6 de 1924).

Ahora bien, un estudio desapasionado y severo del desarrollo económico, sin preocuparse de teorías, cuyo fin reside en asentar un ideal social, nos tiene forzosamente que conducir a leyes generales que nos den una explicación del desarrollo social. Negar eso sería negar el carácter de ciencia que le corresponde a la Economía Política. La ciencia económica, antes de Schmoller, no correspondía a este fin. Y aun el mismo Schmoller, a pesar de todo su concepto histórico de la ciencia a que nos estamos refiriendo, está impregnado de los ideales liberales y progresistas del siglo XIX. Lo que hasta entonces se llamaba ciencia económica, pertenece a la secta que el señor Subercaseaux llama de los apóstoles. Se trataba simplemente de presentar un ideal económico absoluto y para todos los pueblos y tiempos, que el respectivo autor deseaba ver realizado. Y no exceptúo de esta categoría ni a Adam Smith ni a David Ricardo: ambos eran los prohombres del liberalismo.

Obras netamente científicas, cuyo único fin consiste en trazar el desarrollo de la economía y de las ideas que forman su base, sólo fueron escritas después de Schmoller. En los últimos decenios, numerosos economistas han sabido desprenderse de las tendencias teleológicas de los precursores. A la cabeza de ellos se encuentra hoy Werner Sombart, de la Universidad de Berlín, cuya obra principal es «El capitalismo moderno». Sombart expone el desarrollo económico de los pueblos occidentales sin miras a ningún ideal actual. Él investiga solamente las tendencias de las diferentes épocas y los resultados que obtuvieron. Para poder llegar a esa altura de la ciencia, es necesario ampliarla en el sentido sociológico, como efectivamente lo hace Sombart. No se trata, por supuesto, de una mera colección de datos, sino, más bien, de una interpretación que se da a la evolución social-económica. Pero esa interpretación no se hace con el fin de demostrar todo el absurdo de las doctrinas económicas anteriores a nuestros días y de hacer culminar la evolución histórica precisamente en el año 1924; se trata simplemente de exponer los hechos en la forma en que se desarrollaron, demostrando sus leyes, es decir, las causas y los efectos que nos explican la evolución. A este respecto, merece especial mención la obra más importante que se haya escrito desde Hegel sobre Sociología: me refiero a la de Oswal Spengler sobre «La decadencia de Occidente» (publicada en castellano por Calpe, Madrid), cuyos últimos capítulos se refieren a la sociología de la economía.

El lector quizás opondrá que este modo de proceder, si bien nos puede presentar un sistema de leyes que se refieren al pasado, nada nos dice respecto del futuro; es decir, no nos puede ofrecer la brújula a que se refiere el señor Subercaseaux. Pero ese reparo comprobaría solamente que el lector no ha comprendido de qué se trata en esta escuela. Su objeto consiste en trazar las líneas del desarrollo económico, como ya hemos visto: pero, comprendido ese desarrollo, desde los tiempos históricos hasta los nuestros, es relativamente fácil prolongar aquellas líneas hacia el futuro.

Esta nueva escuela social-económica no puede calificarse de relativista, en el sentido común de la palabra. Ciertó es que su objeto no consiste en hacer violencia a los fenómenos históricos (como lo hacen casi todas las demás escue-

las, pretendiendo demostrar que todo lo que se hizo en el pasado es malo y que sólo ellas pueden solucionar todos los problemas), sino en demostrar precisamente el por qué de su innegable existencia; es decir, sus leyes. La relatividad consiste en no adoptar una medida absoluta e invariable para juzgar el pasado según el ideal que se ha formado el autor y que sólo es aplicable a la época en que vive, pero nó a épocas pasadas; sino en demostrar, por el contrario, que el desarrollo de la economía y de sus ideas es razonable y no absurdo. Hay relatividad, pues, en cuanto se aplican diferentes medidas y diferentes leyes para cada época; pero, de otra parte, se reconoce el carácter absoluto de los ideales de cada época y con respecto a ella. Cada sistema económico es de valor absoluto para la época en que estuvo en vigencia, y es de carácter relativo, si se le compara con los períodos anterior y posterior. Para cada período hay, pues, una brújula absoluta, a pesar del carácter relativo que le corresponde a ella en el movimiento histórico como tal.

Así, sería necio falso adoptar el arte económico mercantilista, en la forma como se aplicaba en los siglos XVI y XVII, en el siglo XX; pero no es menos falso demostrar los errores del mercantilismo tomando por base las condiciones económicas del siglo XX. En el período barroco (1500 hasta 1789), el mercantilismo era una brújula absoluta (sus errores eran insignificantes, comparados con su aspecto positivo). Desde 1750 en adelante se alteran completamente las condiciones económicas y se realizan nuevas ideas. En esa época se establece una nueva norma absoluta que rige la vida económica. Y desde que las ideas del liberalismo ya no corresponden a los hechos económicos a que se refieren, hubo de venir una nueva reacción, y, en consecuencia, un nuevo ideal social-económico. Entre todos estos diferentes sistemas no hay discrepancia, por el sólo hecho de no haber existido ellos simultáneamente. No se puede decir tampoco cuál de ellos sea el mejor. Para poder pronunciarse sobre su valor, es preciso adoptar una medida: y esa medida hay que buscarla en el corazón del investigador, pero nó en los hechos históricos. Al verdadero investigador no le incumbe valorar los hechos que le presenta el desarrollo económico.

El señor Subercaseaux se refiere con perfecta claridad al liberalismo y a la reacción que se produjo más tarde. En su obra encontramos una exposición brillante de los ideales liberales y de las causas que explican la reacción posterior. El lector puede formarse, estudiando su obra, una idea clara de las tendencias económicas que imperaron en nuestro país desde la época de la emancipación. Pero me parece que comete errores al tratar del mercantilismo, errores explicables, porque se encuentran en casi todas las obras que se refieren a la dominación española en América, pero que es ya tiempo de extirpar. Para el señor Subercaseaux, el mercantilismo era, en América, un sistema de opresión y de explotación. España sólo tenía interés en explotar excesivamente sus colonias americanas.

Pero, tomando por base el método de la escuela a que me he referido más arriba, se llega a resultados completamente diferentes. El sistema colonial español de los siglos XVI y XVII, imitado por Holanda y otras naciones, no era de

manera alguna un sistema de explotación. Españoles eran los que se habían dedicado a la economía en ese vastísimo imperio: ¿con que fin se habría tratado de explotar a los propios vasallos? Bien al contrario, la simple razón y necesidad obligaba a la metrópoli a impulsar el fomento en todas las colonias. Ninguna de las naciones europeas se encontraba, en esa época, a la altura de España. El desarrollo de la economía y de la cultura en general era impulsado en una forma verdaderamente admirable. ¿No se encontraba entre aquellos, como se dice, conquistadores aventureros y brutales, un Alonso de Ercilla? ¿Dónde y cuándo se ha visto que en una colonia explotada se hayan construido obras arquitectónicas tan hermosas como de Europa, como en el Perú y en México? Y en cuanto a la cultura como tal, mencionaré solamente que un solo librero español domiciliado en la ciudad de Puebla importó en el año 1588, 1754 diferentes obras literarias y científicas de España (Véase: *La vida intelectual de Nueva España en el siglo XVI*, por el Dr. Boese, en *Gaceta de Munich*, de 18 y 24 de Octubre de 1924).

Lo que se ha hecho respecto de la España colonial fué aplicar una medida falsa para apreciar su carácter sociológico y económico. Esa medida falsa proviene de una parte de la propaganda que hicieron los enemigos de España contra ella en la misma forma que nos es conocida de la guerra mundial y cuyos frutos se encuentran en la mayoría de las cosas que se preocupan de esa época; y proviene, de otra parte, de la propaganda que el liberalismo hizo en contra de los ideales de la época anterior. Los fines de ambas medidas propagandistas estaban completamente justificados: en el primero de los casos, se trataba de ganar una guerra y en el segundo, de conducir a la victoria a un nuevo sistema económico. Hay que agregar también la propaganda que se hacía contra España en la guerra de la emancipación, igualmente justificada. Pero no está justificado que un escritor del siglo XX adopte la misma forma de proceder al tratar científicamente hechos respecto de los cuales—siempre que trate de presentar simplemente lo que fué—no le corresponde intentar una valoración basada en aquellas medidas.

Los conflictos y la discrepancia producidos entre las colonias y la metrópoli sólo comenzaron a hacerse sentir a partir de la segunda mitad del siglo XVIII. Pero precisamente en esa época España comenzó también a abolir su sistema mercantilista. Yo, por mi parte, estoy seguro de que el sistema liberal habría llegado a imperar en América en el caso de no haber tenido éxito la guerra de la emancipación. Hay que separar, al tratar de ese período, el liberalismo económico y la libertad política: la libertad de que se habla comúnmente comprende dos diferentes tendencias, una económica y otra política.

Además, conviene recordar, al hacer comparaciones entre las épocas colonial y republicana, un hecho indiscutible: la administración colonial fué, en la gran mayoría de las naciones hispano-americanas, incomparablemente mejor que la posterior. En los tres siglos de administración colonial no ha habido tanto derrame de sangre en guerras civiles, tantos asesinatos, tanta corrupción y tantos fraudes en la administración, como en los 100 años de vida independiente. Hasta ahora, la mayoría de las naciones americanas ha vivido en continua revolución,

mientras que en el período español habían vivido en paz y tranquilidad interior.

Para resumir estas observaciones, podemos decir que el verdadero investigador económico, cuando se refiere a hechos históricos, debe prescindir por completo de los ideales del período en que vive, limitándose a presentar desapasionadamente las leyes económicas que nos explican la vida de los diferentes períodos. En eso consiste el verdadero realismo histórico. El lema del historiador se encuentra expresado en las famosas palabras de Hegel: «Lo que llegó a desarrollarse es razonable, y lo razonable llega a desarrollarse».

Por lo demás, el lector encontrará, en la obra del señor Subercaseaux, un sinnúmero de datos interesantes y útiles.

CARLOS KELLER R.

Alvaro Obregón

Discurso pronunciado por el Presidente de los Estados Unidos mexicanos ante la Misión Industrial Americana, el 19 de Septiembre de 1924.

Aspera y ruda ha sido la ascensión del pueblo mexicano; pero el más brillante éxito ha venido a coronar sus sacrificios. Hoy día por sus progresos sociales, por su enorme labor educacional y por su heroico espíritu hispano-americano figura con razón entre las naciones que van a la cabeza de la América Latina.

Un testimonio más de lo que decimos es el bien inspirado discurso que transcribimos a continuación del Presidente Obregón, pronunciado el 19 de Septiembre del presente año en un banquete ofrecido a una misión industrial americana.

Se vé en este discurso con que amor animan la suerte de los obreros los gobernantes y dirigentes de México y como tratan de hacer que penetre en sus almas con hechos y con obras que la solidaridad social es una realidad viva.

Señoras y Señores:



O quisiera librarlos de la hostilidad de mi elocuencia; pero no me sentiría satisfecho si no dijera, en unas cuantas palabras, las causas que nos han reunido en este sitio.

Dos deseos he realizado este día al congregar a nuestros distinguidos huéspedes y a los demás invitados alrededor de estas modestas mesas de pino, donde toman sus alimentos nuestros obreros:

El primero, el deseo muy legítimo de patentizar a los excursionistas que hoy son nuestros huéspedes de honor, la simpatía con que México recibe a todos los hombres que han contribuido con su esfuerzo y su inteligencia al engrandecimiento de su Patria y que nosotros sabemos apreciar los esfuerzos de esos hombres y aspiramos a que vengan a nuestro territorio a compartirlos con nosotros y a cooperar en el engrandecimiento y prosperidad de nuestro propio país.

El segundo deseo satisfecho, consiste en haber traído hasta este recinto, cuyos muros encierran el secreto de nuestras nobles aspiraciones, a los más genuinos representantes de la industria nacional y extranjera. Los concurrentes a esta convivialidad, podrán recoger aquí una impresión con sus propios ojos de lo que nosotros deseamos conquistar en el campo del trabajo para todas las

clases laborantes. Este conjunto misterioso de confraternidad y de progreso que se llama «Establecimientos Fabriles», es una demostración del programa social que el Gobierno emanado de la Revolución se ha trazado y es seguro que ninguno de nuestros huéspedes encontrará censurable ni una sola de las partes que integran su organización.

Nosotros hemos creído interpretar los anhelos populares que conmovieron la conciencia colectiva hasta producir la Revolución, que se prolongó por más de una década: que los trabajadores deben incorporarse a todas las demás clases sociales, con los mismos derechos y las mismas prerrogativas dentro de su esfera de acción y que la sociedad toda, debe constituirse en una sola entidad, bajo una sola aspiración y desarrollar un armonioso esfuerzo en que cooperen el Capital, la Inteligencia y el Trabajo, para buscar el secreto del bienestar colectivo.

De este recinto han salido consejas y se han alentado muchos prejuicios que, convertidos en vehículos de la calumnia y de la insidia, han tratado de mutilar el programa de la Revolución y presentarlo como un programa anárquico, incapaz de la reconstrucción nacional y de satisfacer las aspiraciones de un pueblo civilizado; y los capitalistas cuya conciencia no había sido contaminada por estos nobles ideales, creyeron que sus fortunas peligraban si se concedía a los trabajadores el derecho de comer en una mesa de tablas, si se les concedía el derecho de tener una escuela para librarse del analfabetismo y si se les concedía a las obreras tener un recinto limpio e higiénico donde amamantar a sus pequeños hijos.

Nosotros creemos que la verdad, al fin está estableciendo su autoridad en la conciencia colectiva; que ya son en número menor los que suponen que los derechos que se conceden a nuestros trabajadores ponen en peligro sus intereses; que la elocuencia incomparable de las matemáticas está demostrando que produce más un trabajador bien alimentado y encariñado con su taller y con su patrón, que un trabajador, mejor dicho, una especie de acémila que se ata por la fuerza de la necesidad al trabajo de su patrón, que no sabe tenderle la mano para levantar su nivel moral y cultural.

Nosotros necesitamos mucho capital; nosotros queremos que venga el capital del extranjero que tenga corazón y que tenga conciencia; no queremos ese capital de los grandes trusts y de las grandes empresas cuyos representantes no tienen ningún contacto con sus trabajadores e ignoran sus necesidades y no aprenden a quererlos; nosotros hacemos un llamamiento al capital que venga a regirse por la moral moderna, que no aprecie solamente las ventajas materiales de sus éxitos, por los dividendos anuales que perciba y que se regocije cuando contribuya con su esfuerzo al desarrollo de nuestro país y al bienestar colectivo de nuestras masas trabajadoras.

¡Volved a vuestra patria, ilustres huéspedes nuestros! Decid al gran pueblo de Norteamérica que si extiende su mano, encontrará la nuestra que la busca! Qué México no es el país en descomposición que le han presentado los primeros exploradores de nuestras riquezas que han querido alarmar a sus pro-

pios connacionales para tomarse el tiempo necesario y acapararlas en su propio provecho; que nosotros no queremos que las riquezas de México vayan a manos de un trust que extorsione con ellas a los hijos de su propia patria, ni que signifique un lastre material en la nación para secundizarlas, si manos profanas pretendieran matarlas en su cuna; que el Continente Americano se nos antoja un gran navío sostenido a babor y estribor por los dos Océanos; que una familia de pueblos embarcó el destino en ese navío; que su proa debe orientarse siempre hacia el bienestar colectivo y que no habrá ninguna razón que explique discordias entre los pueblos que vamos hacia la misma finalidad y embarcados en la misma nave.

ALVARO OBREGÓN.

Antonio Caso

Los Estados Unidos, el Extremo Oriente y las Repúblicas Hispano-Americanas

I



L profesor de la Universidad de Valladolid, don Camilo Barcia Trelles, acaba de dar a luz un libro rotulado *La Política Exterior Norteamericana de la Post-guerra*, en que se contienen algunas consideraciones muy interesantes sobre las relaciones diplomáticas de los Estados Unidos y las naciones del Extremo Oriente. Resultan sobre todo importantes las ideas del profesor Barcia Trelles, en lo que concierne a los intereses de los pueblos latino-americanos, frente a la terrible cuestión, hoy más grave que nunca, de la expansión japonesa, por las costas del Pacífico, en el viejo y en el nuevo Mundo. Como México es una de las potencias latinas que posee grandes litorales en la región del Pacífico, a la par de Chile y el Perú, nos parece oportuno dedicar a la meditación de los conceptos del joven profesor español, el espacio que, ordinariamente, reservamos en *Revista de Revistas*, a los tópicos de la vida internacional que, por su trascendencia, puede implicar para México la determinación del rumbo en que habrá de empeñarse, necesariamente, en un futuro próximo o lejano, la vida nacional.

II

Los Estados Unidos, obedeciendo a lo que llaman «El testamento de Washington», realizan hoy su política de apartarse, por modo sistemático, de intervenir en las cuestiones europeas; pero no pasa así en lo que concierne a los problemas del Pacífico y del lejano Oriente asiático. Hace poco tiempo elevaron a la categoría de ley sancionada, el proyecto inmigratorio presentado ante la Cámara de Representantes. La mencionada ley, como hace observar el señor Barcia Trelles, atañe de un modo especial, al Japón. El Gobierno de Tokio no creyó posible su votación definitiva por el Parlamento, ni su sanción por el Presidente Coolidge. «Tratábase de una medida legislativa demasiado grave, para ser transformada en realidad».

III

No obstante el sentimiento personal del Presidente Coolidge, que habría deseado invitar a los japoneses a tratar con los Estados Unidos, como ya se realizó en otras ocasiones, el *bill* de inmigración votado por el Parlamento americano, se suscribió por el Presidente de la Unión, prohibiendo la entrada a los

Estados Unidos, de los súbditos nipones. La sensación que causó el acto en la prensa japonesa fué formidable. El periódico *Nichi Nichi*, entre otras cosas, dijo: «Si el *bill* es sancionado por el Presidente Coolidge, serán impracticables la buena inteligencia y las relaciones amistosas con los Estados Unidos». El *Ko kumin*, agregó: «El pueblo japonés ama la paz, pero la paz no depende de la buena voluntad de una sola nación». Por último, el *Tokio Nichi Nichi* formuló esta formidable admonición: «No queremos la guerra, pero el sentido del honor nos obliga a recoger el guante que se nos ha arrojado».

IV

Hace observar el profesor cuyas ideas comentamos, que la actitud de los Estados Unidos hacia el Japón, contrasta con la de otras potencias europeas que figuran en los primeros sitios de la actividad política del mundo. Francia, por medio de M. Merlin, Gobernador general de la Indo China, trató de la extensión a esta colonia francesa, de las cláusulas del tratado de comercio franco-japonés vigente. «En cualquier caso, las relaciones franco niponas son de evidente cordialidad». Los rusos y los japoneses están en camino de solucionar sus dificultades. Y, una vez resueltas las diferencias, ¿qué podrán hacer los Estados Unidos ante la acción conjunta y armoniosa del gobierno imperial y el de los soviets?

V

El Japón es uno de los grandes productores de hombres. Imposible le es contener y alimentar en el territorio de su propia nación a las muchedumbres que ansían constantemente la mejoría de las condiciones de su vida, y pugnan por satisfacer, en otros territorios más propicios, ese mismo anhelo de mejoramiento. De aquí que la ola japonesa se derrumbara sobre las costas de California y, en su defecto, sobre la América Latina.

VI

Como muy bien lo hace observar don Camilo Barcia Trelles, Méjico, el Brasil, Chile y el Perú tienen que ser los países a donde se dirija de preferencia el movimiento emigratorio japonés. Pueblos jóvenes de vastísimo territorio, de múltiples recursos económicos, que apenas si principian a explotarse hoy; de escasa población, de inmenso porvenir; pueblos que están integrando, apenas, su obra nacional, llaman enérgicamente y atraen, por las condiciones de su civilización, a los asiáticos cuya superabundancia humana ha hecho que la Unión yanqui se alarme y proteste, vedándoles resueltamente las tierras pródigas de la alta California. Pero México significa para los japoneses, no sólo una tierra eficaz para su desarrollo, sino también un puente para penetrar por la frontera norte de nuestra República, a los Estados Unidos. La situación geográfica de

México, limitóse con la gran potencia de la historia contemporánea, hace que el conflicto revista para nosotros mayor gravedad.

VII

Termina el profesor Barcia Trelles por declararnos en peligro inminente ante el conflicto yanqui-nipón, y sugiere que podría celebrarse una conferencia de las Repúblicas americanas de origen ibérico, en que se tratara, primero, de la actitud de las repúblicas asambleadas frente al problema del Pacífico; y, segundo, de la posición de las naciones del Nuevo Mundo, relativamente a la cuestión inmigratoria.

VIII

«Resta, por tanto, la cuestión del Pacífico, específicamente relacionada con determinadas Repúblicas. No ignoramos que aludir a este problema equivale a rozar una de las cuestiones más espinosas de cuantas actualmente se hallan pendientes de solución. Precisamente, el que la mencionada tensión constituya un obstáculo para preparar deseables cooperaciones, hace necesaria su eliminación. Para alcanzar tal fin, nada mejor que la pasión explicable sea sustituida por la moderación. Puede ganarse concretamente mucho manteniendo una posesión; pero, en ocasiones, los triunfos inmediatos, si no se asientan en la concordia, suelen preparar futuras paralizaciones. Es el interés coincidente el que debe prevalecer, y si para alcanzar tal fin el diálogo aislado no constituye el procedimiento deseable, la participación de todos facilita el camino prometedor de las grandes realizaciones solidarias». Hasta aquí las palabras del catedrático de Valladolid. Para concluir, formulamos nuestra propia reflexión: ¡Nace un conflicto en el lejano Oriente, y surge de ahí una nueva razón para apretar los fuertes vínculos de la Raza! ¡Sólo realizando la mutua inteligencia de nuestros pueblos, que soñó Bolívar, nos respetarán los fuertes!

ANTONIO CASO.

Luis D. Cruz Ocampo*Biblioterapia.—Rocesin*

IN pretender analizar, por ahora, los misteriosos, vínculos y los complicados resortes que empujan lo cómico desde las vagas nebulosidades de lo inconsciente hasta la región luminosa de la inteligencia, conviene, no obstante, considerar la cuestión en sus términos más generales para precisar el sentido de las observaciones que se formulan más adelante. Con frecuencia se ha dicho que la ironía y el humorismo marcan un punto culminante en el desarrollo del espíritu humano; y aun se suele tomar a estas formas de lo cómico como la más clara manifestación del valor de la inteligencia. Pero, sin necesidad de atribuirles una significación tan elevada, no es posible desconocer que sólo en lo cómico nos es dado encontrarnos frente a la inteligencia pura; es decir, libre de toda mezcla de emoción o sentimiento. Así, en efecto, de que un hecho o una situación cualquiera ha empezado a interesar nuestros sentimientos en cualquier forma desaparece para nuestro espíritu la posibilidad de encontrar lo cómico que esa situación o ese hecho podrían ofrecernos en otras circunstancias. Tal vez sea esta la explicación de la falta del sentido humorístico que advierte «Rocesin» en la mujer. Su carácter afectivo y pasional le presentará siempre un obstáculo poderoso para llegar al estado de indiferencia sentimental. Y sólo en este estado de absoluta indiferencia sentimental nos es posible ver lo que hay de rígido o de automático en una actitud, en un gesto o en un hecho; lo que hay de inerte o falta de flexibilidad para acomodarse al ambiente en la conducta de un hombre que actúa como impulsado por un movimiento ciego; lo que hay de mecánico e impersonal en un individuo a quien los hechos llevan de un punto a otro, o cuyos movimientos están regidos por hilos que, si son invisibles para el que está atado a ellos, son claros y manifiestos para los demás; lo que hay, en fin, de irreflexivo en todo acto que por su naturaleza debería ser reflexivo. En cualquier parte que sorprendamos un fenómeno de esta especie habremos llegado a los dominios de lo cómico, que podrá manifestarse por la ironía, el humorismo, el chiste, la expresión ingeniosa o cualquiera otra forma o variedad de lo cómico. Aun los juegos de palabras no son otra cosa que simples manifestaciones de una rigidez o falta de flexibilidad en el idioma, que carece de una expresión adecuada para amoldarse a cada caso particular y hacerlo absolutamente inconfundible. Finalmente, la rigidez o «mecanización de la vida», según expresión de Bergson, determina también la diferencia fundamental entre la tragedia y la comedia. En aquella podemos encontrarnos con un hombre apasionado, pero que asimila la pasión, la incorpora a su vida y le da un carácter individual; en la comedia, la pasión—llámesela amor, odio, celos, avaricia, etc.—domina al individuo, le hace perder su personalidad y le lleva de

un punto a otro, manejándole como un juguete mecánico. En el primer caso tenemos a un hombre todo lo apasionado que se quiera y que podrá parecernos gigantesco o terrible, violento o heroico pero que siempre será un hombre; en el segundo, hallaremos una pasión adherida a un ser con apariencias de hombre.

* * *

La manera como «Rocesin» realiza lo cómico encuadra perfectamente dentro de las líneas generales que acaban de ser indicadas. Si se analizan los asuntos que logran interesarle y el mecanismo o procedimiento de que se vale para alcanzar sus efectos cómicos, se podrá ver que unos y otros aparecen como dispuestos especialmente para comprobar la exactitud de los principios de la estética bergsoniana. La rigidez de los caracteres le da, por ejemplo, motivos de abundante comicidad. No de otra fuente deriva la de algunos trabajos como «Huya Ud. de las mujeres sabias», «Los Ascetas», «El Fracaso del Padre Morris», etc., etc. En ellos encontramos individuos que saturados por un principio ideológico o moral amoldan a él su vida y persisten en la línea recta, chocando con el ambiente a que se les traslada precisamente para crear la situación cómica. Allí está el principio rígido e inmutable frente a la vida flexible ondulante y multiforme. Si José Gregorio Maluenda, el personaje que aparece en «Mis Vecinos», resulta cómico, es por la rigidez con que aplica su criterio unilateral frente a todas las complicaciones de la vida. «El Pobre Maestro» aparece cómico y risible porque nos muestra a un hombre que ocupado en su ciencia no sabe darse cuenta de lo que ocurre a su alrededor. En todos ellos hay siempre una idea, un prejuicio o un sentimiento que les abstrae y les coloca fuera del ambiente en que se les coloca. Es, en general, el mismo tipo del profesor especialista, sumergido permanentemente en su especialidad, que sirve de base a una abundante literatura cómica y es motivo preferido de una multitud de chistes.

Sin embargo, «Rocesin» no siempre aprovecha en forma completa la comicidad de algunos personajes como los que se acaban de indicar. Se limita a veces a señalar caracteres que tienen una subida ley de comicidad, pero no los hace actuar. Ve, sin duda, la comicidad de ellos pero no nos la muestra a nosotros. Tal ocurre, por ejemplo, con «Los Fanáticos», que son cómicos por rigidez; con «Los Malabaristas», que son ridículos porque aparecen sin personalidad, empujados sin dirección precisa por la marcha ondulante de los acontecimientos; y con el tipo del vanidoso, que es cómico por excelencia, y que aparece tratado apenas de paso en dos o tres ocasiones. En estos casos, a mi entender, aparece limitado el efecto cómico por el hecho de que falta la contemplación puramente intelectual del personaje o del vicio observado. Se ve demasiado que al autor le molestan los fanáticos, los oportunistas y los vanidosos. Pierde así la condición de indiferencia sentimental que es base absolutamente necesaria para que pueda presentarse lo cómico; y le resulta un artículo de crítica social en el que el interés de lo cómico queda relegado a un plano secundario. Otros casos hay en que el autor ve al personaje ridículo; pero produce el efecto cómico no por un acto que

se atribuya a ese individuo sino por el comentario que le añade el autor, como pasa en «Los Incomprendidos». El individuo incomprendido, considerado desde un punto puramente intelectual, sin vinculaciones afectivas de ninguna especie, y sin detenerse a considerar si es incomprendido por razón de superioridad o de inferioridad al medio, es sin duda alguna, un tipo esencialmente risible. Así lo entiende también «Rocesin» pero nos hace solamente una enumeración de «incomprendidos» que son tipos de carácter rígido por especialización. Tal vez un ejemplo aclare más este asunto. «Un investigador especulativo—dice en el artículo citado—que se pasa la vida manejando verdades absolutas en una celda del segundo piso del Seminario no comprende que haya gente que, despreciando los encantos de la metafísica pierda su tiempo en construir alcantarillas, en cortarse el pelo o en sacar góteras». La comicidad no está aquí producida por un acto que se haga ejecutar al personaje y por medio del cual este demuestre su rigidez o inadaptabilidad al ambiente, sino que proviene del cambio de lo intelectual a lo material y lo físico que nos impone el autor, recordándonos frente a las aficiones del espíritu las necesidades materiales de la vida. Se trata también de un caso de rigidez; pero no es ya la del personaje que choca con el medio ambiente, sino otra: la inquebrantable rigidez de las necesidades materiales que se imponen ineludiblemente sobre las aficiones o los hábitos del espíritu. He querido también citar este ejemplo porque me parece que muestra una tendencia característica en el autor: el predominio de la comicidad de la expresión sobre la comicidad de los caracteres o de los hechos. Esta característica lleva a «Rocesin» a cultivar especialmente diversas formas de lo cómico en la expresión, como ser la ironía, la inversión, la materialización de metáforas y símbolos, etc., etc. Emplea también el humorismo pero sólo en el sentido que atribuye Bergson a esta palabra y no en el que le da Freud, que es, a mi entender, más exacta. En efecto, Bergson hace del humorismo una especie de ironía al revés. Así mientras la ironía se produce cuando se describe un estado o situación ideal y se finge creer que la realidad es idéntica a ese ideal; el humor, en cambio, se produce cuando se describe lo real por malo que sea y se finge creer que de ese mismo modo debe ser lo ideal. Pero tal diferencia parece constituir más exactamente dos procedimientos para producir la ironía que dos géneros diversos de lo cómico. Freud da a la palabra humorismo un sentido diverso. Sabido es que lo cómico excluye lo sentimental. Pues bien, en el humorismo hay un principio de sentimiento que es cortado repentinamente por una idea que le sofoca en estado todavía naciente. Así establecidas las cosas, el humorismo de «Rocesin», repito, no es el de Freud sino el de Bergson.

Las metáforas y los símbolos ofrecen a «Rocesin» un amplio material de comicidad. Le basta para ello vaciarlas de su contenido general y moral y darles un sentido material y restringido. Se tiene así como resultado una fórmula inerte, rígida, desprovista de vitalidad, que producirá necesariamente lo cómico frente a los múltiples fenómenos de la vida a los que no puede amoldarse. Por esta misma razón es fácil alcanzar efectos de comicidad, situándose en estado de indiferencia afectiva, ante los ritos de un culto, las ceremonias de una sociedad o las costumbres de un pueblo. Corresponde esta forma de lo cómico en la expresión

a la de lo cómico de los gestos o actitudes cuando se emplean separadamente de los estados anímicos que se manifiestan por medio de ellos.

Emplea también «Rocessin» como procedimiento cómico el de las enumeraciones en que se mezclan arbitrariamente toda clase de objetos, situaciones, personas y conceptos. Tiene el sistema una apariencia de novedad, por lo menos entre nosotros que le conocimos, si no me equivoco, por intermedio de César Cascabel. Pero en realidad su abolengo puede remontarse a Rabelais o tal vez más arriba en el tiempo. Por otra parte, lo cómico resulta aquí de elementos ya conocidos. Si se examina, por ejemplo, la enumeración que aparece en el artículo «El Aburrimiento» se podrá ver que aisladamente ninguna de las cosas enumeradas podría producir lo cómico con solo atribuirle la calidad de ser aburridas. Si se dijera, en efecto: «es aburrido el Antiguo Testamento»; «es aburrido el luto riguroso», etc. etc., no se habría producido efecto cómico alguno. Pero la enumeración que va comprendiendo, bajo un rubro común, cosas que son aburridoras con otras en las que esta calidad no está manifiesta muestra un automatismo evidentemente cómico. Parece que el autor va enumerando distraídamente cosas, personas, hechos y conceptos, y saltando de lo moral a lo físico, de lo intelectual a lo material, o vice versa, sin reflexión alguna.

Todavía explota «Rocessin» algunos otros procedimientos cómicos con los que alcanza resultados favorables. Pero entre ellos sobresale, sin duda, en el manejo de los que se refieren a lo cómico profesional. Son numerosos los artículos de este carácter que aparecen en la obra; y es de lamentar que su comicidad de muy buena ley sólo pueda ser apreciada en debida forma por los que conocen la terminología profesional empleada. Aquí también, en el fondo, aparece una rigidez como causa del efecto cómico. Un lenguaje especial que conviene solamente a un orden determinado de ideas o asuntos se traslada a otro círculo de ideas que se pretende hacer entrar en el molde. Además, dentro de estos mismos temas, obtiene «Rocessin» efectos de particular interés haciendo primar en la administración de justicia, por ejemplo, la forma sobre el fondo o la regidez de la letra sobre el espíritu. Tal ocurre en el caso de «El Parlatta» en que todo, intereses, conveniencias, y hasta la vida misma de los litigantes si es preciso queda majestuosamente triturado por la marcha fatal e implacable de las leyes procesales.

De acuerdo con las ideas que han quedado expresadas, nada más natural que el que «Rocessin» encontraba también lo cómico en la música. En efecto, en «El Humorismo en la Música» nos hace saber como ocurrió aquel hallazgo. Se trataba de un berceuse cuyos primeros compases no se apartaban del ritmo conocido. «Pero de repente—dice el autor—sin que nada lo hiciera presumir una llovizna de semifusas absurdas, enmarañadas, histéricas cayó sobre nosotros etc. etc.» El mecanismo puesto en juego es semejante al que determina el humorismo en la expresión verbal, según la idea de Freud, que ya ha sido señalada. Los primeros compases despertaron en el oyente un sentido del ritmo que parecía que iba a continuar en una dirección determinada; pero repentinamente se desvía la atención hacia otro ritmo que sofoca el naciente placer de la melo-

día, presentándose como dice el autor «sin que nada lo hiciera presumir». El mismo efecto se encuentra en las composiciones llamadas *potpourri*, que Schopenhauer calificó de «infamias musicales que debían estar prohibidas por la policía». Pues bien, cuando se comete una de estas infamias musicales se produce la impresión cómica por la aparición inesperada de una nueva melodía que nace precisamente cuando creíamos que la primera iba a continuar su curso natural ya conocido. Es fácil observar también que el efecto que estas piezas causan en los oyentes es más intenso cuando las melodías ligadas son de carácter más opuesto, como cuando se pasa de una melodía triste a una alegre, de una reposada a una viva y ligera o de un trozo de música seria a una tonadilla. En la gran ópera puede también encontrarse efectos cómicos cuando el tono de la música no se acomoda a la situación que se presenta junto con ella; pero en tal caso lo cómico no es en realidad estrictamente musical, es decir no resulta de la música misma sino que deriva de su mezcla con un hecho o situación que no resulta comentado en el tomo correspondiente.

* * *

Todas las consideraciones que han quedado expuestas permiten llegar a la conclusión de que «Rocesin» posee un temperamento que le permite hallar fácilmente los secretos resortes de la comicidad. Maneja con acierto la ironía, las trasposiciones ya de lo moral a lo físico ya de lo intelectual a lo material, o a la inversa; y en general, se muestra hábil en el empleo de los medios destinados a producir un efecto cómico. Su comicidad fluye espontáneamente de sus narraciones. Sin embargo no sería posible desconocer que no todos los trabajos del libro son del mismo valor. Hay, sin duda, diversos artículos de un interés demasiado reducido; y alusiones a hechos que ya no interesan o están definitivamente olvidados; lo que puede explicarse por la circunstancia de estar formada la obra en gran parte por artículos hechos para los diarios. La natural precipitación con que han debido ser escritos, y tal vez la idea del medio a que iban destinados—al lector un poco distraído de los periódicos—han hecho que algunas veces «Rocesin» no se defendiera lo suficiente de su facilidad para escribir, eliminando expresiones que, si bien son cómicas por naturaleza, han llegado a perder gran parte de su comicidad a consecuencia de su empleo frecuente. La comicidad parece desvirtuarse en las frases más rápidamente que cualquiera otra cualidad. Pero, juzgando a «Rocesin» por lo que puede dar una idea de su capacidad de escritor cómico, o sea por su producción de mayor valor, es indudable que habrá de tenersele por un espíritu de verdaderas condiciones intelectuales para obtener éxitos en el difícil manejo de la comicidad.

Atenea



ON la publicación de este décimo número, Atenea cumple su primer año de existencia.

En este lapso, la Universidad de Concepción y la Comisión Directora de la revista,—encargada ésta de cumplir en uno de sus aspectos los designios de aquélla,—se han afanado en realizar los propósitos que dieron vida a nuestra publicación y el programa que ésta se trazara en su número inicial.

No se nos escapa que el resultado de nuestra labor no logra medirse por la amplitud de nuestras intenciones. Pero la pródiga y benevolente acogida del público, el juicio halagador de la crítica nacional y aun de la extranjera, las alentadoras palabras con que algunas amables personas capacitadas especialmente para hacerlo, han querido referirse a nuestros trabajos, nos dan oportunidad para creer que la publicación de Atenea satisface una necesidad positiva de la gente culta de Chile y algún significado alcanza dentro del perfeccionamiento y elevación de la cultura chilena.

Largo, de mucho aliento es el camino que nos queda por hacer hasta alcanzar ese punto en que nuestra revista venga a constituirse en índice de las más puras y más numerosas direcciones espirituales de la cultura universitaria moderna; pero no es esta difícil perspectiva lo que pueda hacernos perder de vista el logro de aquel fin, que, en último término, serviría siempre a la orientación permanente y esencial de nuestro trabajo.

A todos aquéllos que contribuyeron a la mejor realización de estos propósitos en este primer período,—lectores, colaboradores, críticos,—nuestro más cordial agradecimiento. En ellos fiamos el total cumplimiento de nuestros fines.

Debido a la forma de organización que se dió a la revista, su publicación se suspenderá en los dos primeros meses del año, para continuar el 1.º de Abril de 1925.

La Universidad de Concepción, aun cuando no cuenta hoy con la holgura necesaria para desenvolver con amplitud su actividad educacional y cultural, ha estimado que debía señalarse una nueva prueba de constancia y de esfuerzo tenaz, en el mantenimiento de Atenea.

Así, pues, durante 1925, la Universidad de Concepción mantendrá esta revista, acogida con tan noble interés por el público culto. La mantiene la Universidad, porque mediante esta publicación de Ciencias, Letras y Bellas Artes, realiza una de las direcciones fundamentales de su finalidad, en la forma como ésta es por ella comprendida: una constante preocupación en difundir ampliamente los más recientes resultados de la cultura científica y artística en sus aplicaciones prácticas y en su sentido especulativo, y una sollicitación permanente y libre a todas las manifestaciones del pensamiento, que deben expresarse sin más norma o limitación

que las naturalmente impuestas por «el método y la técnica inherentes a estos órdenes de actividades».

Tal es el programa de esta publicación de cultura general, no destinada a los especialistas ni a los profesionales de ciencias o artes particulares, sino a aquel público más numeroso a quien interesa conocer y aprehender los datos generales de la cultura moderna. Tal es la dirección que hemos querido señalarnos, y tal la orientación que ha de seguir marcada a nuestra labor futura.

Año 1924

Volúmenes I y II

ÍNDICE DE AUTORES

	Vol. Núm. Pág.		Vol. Núm. Pág.
A. G.—Homero y el pensamiento moderno.....	I 4 340	Cruz Ocampo, Luis D.—	
Alessandri, Arturo.—Actua- lidades económicas.....	I 2 149	«Hacia la solidaridad ame- ricana», por Samuel G.	
Alone.—La Voluntad.....	I 1 36	Inman.....	I 2 124
Un grande escritor desco- nocido en Chile. André		«Nuestros Poetas», por	
Maurois.....	I 2 162	Armando Donoso.....	I 3 218
Un prodigio literario.....	II 8 183	No más Doctrina de Mon- roe.....	I 5 433
A. V.—México y el Indola- tinismo.....	I 4 328	En torno al feminismo.....	II 6 19
A. V. C.—Augusto Orrego		Francisco Donoso; «My- rrha».....	II 7 155
Luco; «Notas de Viaje»..	II 7 159	Carlos Préndez Saldías;	
Auclair, Marcelle.—Le Dia- logue Éternel.....	II 9 278	«Amaneció nevando».....	II 7 164
		«Un Juez Rural», por Pe- dro Prado.....	II 9 294
Barnes, J. S.—Bases del		«La Biblioterapia», por	
Facismo.....	II 9 247	Rocesin.....	II 10 373
Barrios, Eduardo.—La satu- ración literaria.....	I 1 48	Charlín, Carlos.—El progra- ma espiritual de un univer- sitario.....	I 1 23
Barros, Juan.—L'lesia.....	I 3 227	Louis Pasteur.....	I 4 269
Binvignat, Fernando.—Hoy		La silueta de un maestro.	
abandonaremos esta casa.	I 4 306	El doctor D. García Gue- rrero.....	II 10 321
Bosques, Gilberto.—La Es- cuela de Rabindranath			
Tagore; Shantiniketán....	II 9 307	Diehl, Charles.—La vida y el alma venecianas.....	II 9 265
Caso, Antonio.—Los Esta- dos Unidos, el Extremo		Donoso, Armando.—La sa- ludable advertencia de las elecciones en Francia.....	I 3 255
Oriente y las Repúblicas		Tótila Albert, un escultor	
Hispano-Americanas.....	II 10 374	original.....	II 6 26
Cifuentes Sepúlveda, Joa- quín.—Novia.....	I 5 389	Dujardin, Edouard.—La vi- viente continuidad del sim- bolismo.....	II 7 115
Clares P., Ramón.—Poemas del fuego.....	II 8 230		
Cruchaga Santa María, An- gel.—El Viaje.....	I 1 41	E. M.—Pío Baroja y los la- tino-americanos.....	I 1 63
Oraciones.....	II 8 233		

Vol. Núm. Pág.	Vol. Núm. Pág.
Tutankamón y el resurgimiento nacionalista del Egipto..... I 3 257	Un estudio sobre el feminismo en Chile..... I 5 376
Romain Rolland; Mahatma Gandhi..... I 4 320	Labarca L., Eugenio.—Poesías uruguayas..... I 1 60
Imperialismo romano e Imperialismo americano..... I 5 415	Mujeres de letras argentinas..... I 3 248
«Tendencias actuales de la educación norte-americana», por M. Salas Marchán..... I 5 436	Literatura femenina chilena II 10 357
Eugenio Orrego Vicuña; «El espíritu constitucional de la Administración O'Higgins»..... II 7 153	Latorre, Mariano.—Vacandiana..... I 2 136
Pedro Padro; «Un Juez Rural»..... II 7 158	El angelito..... I 5 394
«Iglesia y Estado», por Roberto Peragallo..... II 9 304	El último cucurucho..... II 9 257
Egipto y Gran Bretaña... II 10 362	Magallanes Moure, Manuel.—Nueva canción de primavera..... I 4 300
Espinoza, Roberto. — ¿Por qué baja el cambio internacional de Chile?..... I 2 152	Marín Vicuña, Santiago.—En Wáshington..... II 8 221
Frank, Waldo.—Mensaje a los escritores mexicanos.. II 7 150	Marshall, Enrique L.—Unamuno y el sentimiento de la inmortalidad..... I 1 6
Gana, Federico.—Manchas de color..... I 5 387	Maurois, André.—Ariel o la vida de Shelley..... I 3 232
Manchas de color..... II 9 284	Continuación..... I 4 345
González, Eugenio.—Ceniza del tiempo..... I 3 172	Continuación..... I 5 437
Hermansen, Róbinson.—El progreso según Spencer y la Asociación profesional. II 10 330	Conclusión..... II 6 53
Herrera Arrau, Alberto.—Notas sobre Montaigne... I 2 75	Mendelssohn, prof.—Nuevas investigaciones sobre la formación y el aprovechamiento de los carbones I 5 419
Hoppenot, Henri.—Paul Claudel, Marcel Proust y Paul Valéry..... II 10 340	Los fermentos del organismo..... I 5 421
Keller, Carlos.—Apuntes sobre arquitectura colonial.. I 2 117	Meza Fuentes, Roberto.—El diálogo de los amantes... I 3 207
La Economía y las ciencias..... I 4 333	Baladas..... II 7 145
«Historia de las doctrinas económicas en América y en especial en Chile», por Guillermo Subercaseaux.. II 10 366	Mistral, Gabriela.—La casa del Señor..... II 6 39
Labarca H., Amanda.—Meditaciones..... I 3 169	Molina, Enrique.—Psicología de los libros..... I 1 53
	Impresiones sureñas..... I 2 93
	J. M. Guyau, el filósofo-poeta..... I 4 265
	La estética de Guyau..... I 5 361
	La filosofía de Guyau..... II 7 94
	La moral de Guyau..... II 8 167
	La religión según Guyau.. II 10 311
	Montebruno López, Julio.—Discurso pronunciado en la celebración del centenario del Liceo de Concepción..... II 6 48
	Monvel, María.—Bilitis..... II 7 148
	Moore, Eduardo.—Causas

	Vol.	Núm.	Pág.		Vol.	Núm.	Pág.
que producen la degeneración de la raza.....	I	3	184	Anatole France.....	II	8	242
La mujer de ciencia.....	II	6	3	Vasconcelos, José.—Mensaje a Norte-América.....	II	8	236
Educación sexual.....	II	8	203	Una biblioteca y una sala de banderas de la América latina.....	II	9	301
Neruda, Pablo.—El hondero entusiasta.....	II	4	302	Vega, Daniel de la.—Los huéspedes.....	II	9	280
Poesía del volantín.....	II	10	326	Verdugo, Ignacio.—Balada del camino.....	I	3	180
Núñez, Félix Armando.—Canciones de la soledad invencible.....	I	1	45	El tesoro.....	II	6	45
Rabindranath Tagore.....	II	9	286	Vicuña Cifuentes, Julio.—Algo sobre Camoens.....	I	5	353
Obregón, Alvaro.—Discurso pronunciado por el Presidente de los Estados Unidos Mexicanos ante la Misión Industrial americana.....	II	10	371	Vicuña Pérez, Alejandro.—El problema sexual.....	II	7	128
Oroz, Rodolfo.—La enseñanza de la filosofía en nuestros días.....	II	6	42	Voivenel, Pablo.—El crepúsculo del espíritu.....	I	4	286
Picón Salas, Mariano.—Prosas sin finalidad.....	I	3	225	Wörner Moncada, Raúl.—Motivos del Juan Cristóbal.....	II	8	232
La literatura en Venezuela	I	5	404	Zapata Lillo, Francisco.—Paul Hazard.....	I	4	308
Pino Saavedra.—Palabras desoladas.....	I	5	391	...Actividades universitarias.	I	3	259
Prado, Pedro.—Lemuria....	I	2	107	...Atenea.....	I	1	3
El cementerio parroquial..	I	4	316	...Atenea.....	II	10	378
Préndez Saldías, Carlos.—La canción del río.....	I	3	182	...Centenario del Liceo de Concepción.....	II	6	52
Reyes, Salvador.—Expedición.....	II	10	328	...El Círculo de lecturas de la Universidad de Concepción.....	I	5	432
Ross, Agustín.—La moneda y el cambio.....	I	2	156	...El movimiento del 5 de Septiembre.....	II	7	91
Sierra, Lucas.—La Universidad de Concepción y la enseñanza de la anatomía viva.....	I	3	176	...Escuela Dental de la Universidad de Concepción..	I	4	338
Smith, Logan Pearsall.—Poemas en prosa.....	II	7	139	...Inauguración de la Escuela de Medicina.....	I	2	165
Simón, Raúl.—Contribución al estudio de las causas de depreciación y oscilación de la moneda en Chile....	II	8	192	...Labor educacional chilena en Arica.....	I	1	66
Torres Rioseco, A.—Motivos.....	II	7	143	...La Universidad de Concepción.....	I	1	67
Valenzuela, Abraham.—				...Libros nuevos.....	I	2	162
				...Libros nuevos.....	II	9	309
				...Observaciones acerca del problema educacional de Chile.....	I	2	142
				...Para los latino-americanos.....	I	3	251
				...Sobre el Ku-Klux-Klan....	I	5	423
				...Un juicio de Paul Hazard sobre nuestra Revista.....	II	6	51

ÍNDICE DE MATERIAS

Vol. Núm. Pág.

Vol. Núm. Pág.

Actualidades económicas, (Arturo Alessandri).....	I	2	149
«Administración O'Higgins, el espíritu constitucional de la», (E. M.).....	II	7	153
Albert, Tótila; un escultor ori- ginal, (Armando Donoso). II	6	26	
«Amaneció Nevando», (Luis D. Cruz Ocampo).....	II	7	164
América latina, una bibliote- ca y una sala de banderas de la, (José Vasconcelos) II	9	301	
Anatomía viva, la Universi- dad de Concepción y la enseñanza de la, (Lucas Sierra).....	I	3	176
Angelito, el, (Mariano Lato- rre).....	I	5	394
Ariel o la vida de Shelley, (André Maurois).....	I	3	232
Continuación.....	I	4	345
Continuación.....	I	5	437
Conclusión.....	II	6	53
Arquitectura colonial, apun- tes sobre, (Carlos Keller). I	2	117	
Asociación profesional, el progreso según Spencer y la, (Robinson Hermansen) II	10	330	
Atenea.....	I	1	3
Atenea.....	II	10	378
Balada del camino, (Ignacio Verdugo).....	I	3	180
Baladas, (Roberto Meza F.). II	7	145	
Baroja y los latino-america- nos, Pío, (E. M.).....	I	1	63
Biblioteca y una sala de ban- deras de la América lati- na, una, (José Vasconce- los).....	II	9	301
«Biblioterapia, La», Rocésin (Luis D. Cruz Ocampo)...	II	10	373
Bilitis, (María Monvel).....	II	7	148
Cambio internacional de Chile, por qué baja el?, (Roberto Espinoza).....	I	2	152
Camoens, algo sobre, (Julio Vicuña Cifuentes).....	I	5	353
Canción del río, la, (Carlos Préndez Saldías).....	I	3	182

Canciones de la soledad in- vencible, (Félix Armando Núñez).....	I	1	45
Carbones, nuevas investiga- ciones sobre la formación y el aprovechamiento de los, (prof. Mendelssohn)...	I	5	419
Casa del Señor, la, (Gabrie- la Mistral).....	II	6	39
Cementerio parroquial, el, (Pedro Prado).....	I	4	316
Ceniza del tiempo, (Eugenio González).....	I	3	172
Centenario del Liceo de Concepción.....	II	6	52
Centenario del Liceo de Concepción, discurso pro- nunciado en la celebración del, (Julio Montebruno López).....	II	6	48
Círculo de lecturas de la Universidad de Concep- ción, el.....	I	5	432
Claudé, Marcel Proust y Paul Valéry, (Henri Hop- penot).....	II	10	340
Crepúsculo del espíritu, el, (Pablo Voivenel).....	I	4	286
Cucurucho, el último, (Ma- riano Latorre).....	II	9	257
Degeneración de la raza, causas que producen la, (Eduardo Moore).....	I	3	184
Diálogo de los amantes, el, (Roberto Meza Fuentes)...	I	3	207
Dialogue Éternel, Le, (Mar- celle Auclair).....	II	9	278
Discurso pronunciado por el Presidente de los Estados Unidos mexicanos ante la Misión Industrial ameri- cana, (Alvaro Obregón)...	II	10	371
Doctrina de Monroe, no más, (Luis D. Cruz Ocampo)...	I	5	433
«Doctrinas económicas en América y en especial en Chile, historia de las», (Carlos Keller).....	II	10	366
Donoso Armando, «Nues-			

Vol. Núm. Pág.

Vol. Núm. Pág.

tros Poetas», (Luis D. Cruz Ocampo).....	I	3	218
Donoso Francisco, «Myrrha», (Luis D. Cruz Ocampo).....	II	7	155
Economía y las ciencias, la, (Carlos Keller).....	I	4	333
Económicas, Actualidades, (Arturo Alessandri).....	I	2	149
«Educación norte-americana, tendencias actuales de la», (E. M.),	I	5	436
Educación sexual, (Eduardo Moore).....	II	8	203
Educacional de Chile, observaciones acerca del problema.....	I	2	142
Egipto y Gran Bretaña, (E. M.).....	II	10	362
Elecciones en Francia, la saludable advertencia de las, (Armando Donoso).....	I	3	255
Escritor desconocido en Chile, un grande; André Maurois, (Alone).....	I	2	162
Escultor original, Tótila Albert, un, (Armando Donoso).....	II	6	26
Escuela de Medicina, Inauguración de la.....	I	2	165
Escuela Dental de la Universidad de Concepción.....	I	4	338
Espíritu, el crepúsculo del, (Pablo Voivenel).....	I	4	286
Estados Unidos, el Extremo Oriente y las Repúblicas Hispano-americanas, los, (Antonio Caso).....	II	10	374
Expedición, (Salvador Reyes).....	II	10	328
Facismo, bases del, (J. S. Barnes).....	II	9	247
Feminismo en Chile, un estudio sobre el, (Amanda Labarca).....	I	5	376
Feminismo, en torno al, (Luis D. Cruz Ocampo).....	II	6	19
Fermentos del organismo, los, (prof. Mendelssohn)...	I	5	421
Filosofía en nuestros días,			

enseñanza de la, (Rodolfo Oroz).....	II	6	42
France, Anatole, (Abraham Valenzuela).....	II	8	242
García Guerrero, el doctor; la silueta de un maestro, (Carlos Charlin).....	II	10	321
Guyau, J. M.; el filósofo-poeta, (Enrique Molina)...	I	4	265
Guyau, la estética de, (Enrique Molina).....	I	5	361
Guyau, la filosofía de, (Enrique Molina).....	II	7	94
Guyau, la moral de, (Enrique Molina).....	II	8	167
Guyau, la religión según, (Enrique Molina).....	II	10	311
Hazard, Paul, (Francisco Zapata Lillo).....	I	4	308
Homero y el pensamiento moderno, (A. G.).....	I	4	340
Hondero entusiasta, el, (Pablo Neruda).....	I	4	302
Hoy abandonaremos esta casa... (Fernando Binvignat).....	I	4	306
Huéspedes, los, (Daniel de la Vega).....	II	9	280
«Iglesia y Estado», por Roberto Peragallo, (E. M.)..	II	9	304
Imperialismo romano e imperialismo americano, (E. M.)	I	5	415
Impresiones sureñas, (Enrique Molina).....	I	2	93
«Juez rural, un»; por Pedro Prado, (E. M.).....	II	7	158
«Juez rural, un»; por Pedro Prado, (Luis D. Cruz Ocampo).....	II	9	294
Juicio de Paul Hazard, sobre nuestra revista, un.....	II	6	51
Ku-Klux-Klan, sobre el.....	I	5	423
«Labor educacional chilena en Arica»	I	1	56
Latino-americanos, para los.	I	3	251
Lemuria, (Pedro Prado).....	I	2	107
Libros nuevos.....	I	2	162

Vol. Núm. Pág.	Vol. Núm. Pág.
Libros nuevos..... II 9 309	«Myrrha», por Francisco Donoso, (Luis D. Cruz Ocampo)..... II 7 155
Libros, psicología de los, (Enrique Molina)..... I 1 53	«Notas de viaje», por Augusto Orrego Luco, (A. V. C.)..... II 7 159
L'lesia, (Juan Barros)..... I 3 227	Novia, (Joaquín Cifuentes Sepúlveda)..... I 5 389
Literatura femenina chilena, (Eugenio Labarca)..... II 10 357	«Nuestros Poetas», por Armando Donoso, (Luis D. Cruz Ocampo)..... I 3 218
Literatura en Venezuela, la, (Mariano Picón Salas).... I 5 404	Nueva canción de primavera, (Manuel Magallanes Moure)..... I 4 300
Maestro, la silueta de un; el doctor D. García Guerrero, (Carlos Charlin)..... II 10 321	Oraciones, (Angel Cruchaga Santa María)..... II 8 233
«Mahatma Gandhi», por Romain Rolland, (E. M.).... I 4 320	Orrego Luco, Augusto, «Notas de Viaje», (A. V. C.).. II 7 159
Manchas de color, (Federico Gana)..... I 5 387	Orrego Vicuña, Eugenio, «El espíritu constitucional de la Administración O'Higgins, (E. M.)..... II 7 153
Manchas de color, (Federico Gana)..... II 9 284	Palabras desoladas, (Pino Saavedra)..... I 5 391
Mauvois, André; un grande escritor desconocido en Chile, (Alone)..... I 2 162	Pasteur, Louis, (Carlos Charlin)..... I 4 269
Meditaciones, (Amanda Labarca)..... I 3 169	Peragallo, Roberto, «Iglesia y Estado», (E. M.)..... II 9 304
Mensaje a los escritores mexicanos, (Waldo Frank) II 7 150	Pío Baroja y los latino-americanos, (E. M.)..... I 1 63
Mensaje a Norte-América, (José Vasconcelos)..... II 8 236	Poemas del fuego, (Ramón Clares P.)..... II 8 230
México y el indolatinismo, (A. V.)..... I 4 328	Poemas en prosa, (Logan Pearsall Smith)..... II 7 139
Moneda y el cambio, la, (Agustín Ross)..... I 2 156	Poesía del volantín, (Pablo Neruda)..... II 10 326
Moneda en Chile, contribución al estudio de las causas de depreciación y oscilación de la, (Raúl Simón)..... II 8 192	Poetisas uruguayas, (Eugenio Labarca)..... I 1 60
Monroe, no más doctrina de, (Luis D. Cruz Ocampo)... I 5 433	Prado, Pedro, «Un Juez rural», (E. M.)..... II 7 158
Montaigne, notas sobre, (Alberto Herrera Arrau)..... I 2 75	Prado, Pedro, «Un Juez rural», (Luis D. Cruz Ocampo)..... II 9 294
Moral de Guyau, la, (Enrique Molina)..... II 8 167	Préndez Saldías, Carlos, «Amaneció nevando», (Luis D. Cruz Ocampo)... II 7 164
Motivos del Juan Cristóbal, (Raúl Wörner Moncada). II 8 232	Problema sexual, el, (Alejandro Vicuña Pérez)..... II 7 128
Motivos, (A. Torres Rioseco)..... II 7 143	Prodigio literario, un, (Alone)..... II 8 183
Movimiento del 5 de Septiembre, el..... II 7 91	
Mujer de ciencia, la, (Eduardo Moore)..... II 6 3	
Mujeres de letras argentinas, (Eugenio Labarca)..... I 3 248	

- Programa espiritual de un universitario, el. (Carlos Charlín C.)..... I 1 23
- Progreso según Spencer y la Asociación profesional, el. (Róbinson Hermansen)... II 10 330
- Proust, Paul Valéry y Paul Claudel, (Henri Hoppenot) II 10 340
- Prosas sin finalidad, (Mariano Picón Salas)..... I 3 225
- Psicología de los libros, (Enrique Molina)..... I 1 53
- Religión según Guyau, la. (Enrique Molina)..... II 10 311
- Rocessin, «La Biblioterapia», (Luis D. Cruz Ocampo)... II 10 373
- Rolland, Romain; «Mahatma Gandhi», (E. M.)..... I 4 320
- Saturación literaria, la. (Eduardo Barrios)..... I 1 48
- Septiembre, el movimiento del 5 de..... II 7 91
- Sexual, educación, (Eduardo Moore)..... II 8 203
- Sexual, el problema, (Alejandro Vicuña Pérez)..... II 7 128
- Simbolismo, la viviente continuidad del, (Edouard Dujardin)..... II 7 115
- Solidaridad americana, hacia la, por Samuel G. Inman, (Luis D. Cruz Ocampo)... I 2 124
- Spencer, el progreso según, y la Asociación profesional, (Róbinson Hermansen) II 10 330
- Subercaseaux, Guillermo, «Historia de las doctrinas económicas en América y en especial en Chile», (Carlos Keller)..... II 10 366
- Tagore, Rabindranath, (Félix Armando Núñez)..... II 9 286
- Tagore, Rabindranath; la escuela de: Shantiniketán, (Gilberto Bosques)..... II 9 307
- Tesoro, el, (Ignacio Verdugo)..... II 6 45
- Tutankamón y el resurgimiento nacionalista del Egipto (E. M.)..... I 3 257
- Unamuno y el sentimiento de la inmortalidad, (Enrique Marshall)..... I 1 6
- Universidad de Concepción, la..... I 1 67
- Universidad de Concepción y la enseñanza de la Anatomía viva, la, (Lucas Sierra)..... I 3 176
- Universitarias, actividades... I 3 259
- Universitario, el programa espiritual de un, (Carlos Charlín C.)..... I 1 23
- Vaca indiana, (Mariano Latorre)..... I 2 136
- Valéry, Marcel Proust y Paul Claudel, (Henri Hoppenot) II 10 340
- Venecianas, la vida y el alma, (Charles Diehl)..... II 9 265
- Venezuela, la literatura en, (Mariano Picón Salas).... I 5 404
- Viaje, el, (Angel Cruchaga Santa María)..... I 1 41
- Voluntad, la, (Alone)..... I 1 36
- Washington, en, (Santiago Marín Vicuña)..... II 8 221

